

AÑO I. — N.º 1.

YU



En este número:

**La apasionante
novela de una
mujer de mundo**

En la página 7

0.60



SEÑORITA:

COMO QUIEREN LOS HOMBRES QUE UD. SEA CONSEJOS DE DON JUAN

EN la compleja y agitada existencia de la vida moderna, es muy frecuente oír expresiones de queja en muchos labios femeninos acerca de la incomprensión que experimentan en el sexo opuesto.

Estas quejas, que a veces son decepciones, y a veces el lamento desgarrador de un espíritu tronchado en los mismos comienzos de la vida amorosa, nos mueven a iniciar estas crónicas, seguros de que, para muchas, serán un saludable consejo y para otras, una referencia útil a sus propias concepciones.

Lo primero que un hombre busca, después de haber sido impresionado objetivamente por una dama, es su silueta. En el subconsciente de todos existe una especie de juicio sobre la armonía, es decir, la proporción. Muchas veces no se sabe definir con palabras lo que se desea o el porqué de un rechazo; y es que sin darnos cuenta, actúa y domina nuestros actos este sentido agudizado por las lecturas o las visiones cinematográficas. ¿Quién no ha experimentado una emoción al ver esas ideales siluetas que se alejan en las películas?

¿Qué tal figura haré con esta chica? Es el pensamiento que asalta al iniciar un flirt. Y, estimadas lectoras, esta idea suele originar, cuando no es satisfactoriamente resuelta la pregunta, muchas indecisiones que terminan fatalmente en rompimientos definitivos.

A ningún hombre le gusta lucir con una compañera que, o parece muy gorda, o se ve tan espigada como un álamo. Siluetas así, vistas a la distancia, son una grotesca parodia

del proverbio "Cada oveja con su pareja". Porque no tan sólo se precisa que la pareja sea de la misma especie, sino que debe formarse ese complemento armónico que hace exclamar: ¡Qué bien se ven!

El primer cuidado de toda mujer debe ser buscar su silueta. Estudiar su cuerpo para vestirlo de acuerdo con sus imperfecciones a fin de que éstas no resalten y al mismo tiempo, seleccionar en el extenso arsenal de la moda, lo que sea discreto, lo que en todo momento esté bien. Me imagino, lectoras, que no todas seréis favorecidas de la fortuna, porque desgraciadamente la inmensa mayoría no dispone de los medios para recurrir a las costosas tenidas que epatan a las relaciones. Y más vale — ya que de agradar se trata, para alcanzar la conquista definitiva — ser discretas en el vestir, porque así es más difícil pecar de mal gusto que buscando atavíos llamativos, que sólo atraen la crítica.

Un hombre se siente halagado por los elogios que recibe, cuando su compañera es elegante y forma con él una buena pareja. Una mujer que ha conseguido esto, tiene el camino abierto para interesar vivamente al hombre que ha escogido.

El sentimentalismo, los romances amorosos y todo ese idilio con el cual soñamos en una época, pertenecen al tiempo pasado si no se cumplen los requisitos indispensables que exige el creciente torbellino de la vida actual.

DON JUAN.

AÑO I N.º 1

Redacción: Bellavista 069.
Casilla 84-D. Teléfono 82427

YUJU

APARECE
LOS MARTES
PRECIO: \$ 0.60

SANTIAGO DE CHILE, 28 DE MAYO DE 1935.

EN LA LINEA

Respondiendo a una sentida necesidad del público de tener una revista a precio económico, lanzamos hoy el primer número de "YUJU" que estamos ciertos contará con toda la simpatía y buena acogida de los lectores.

El ritmo actual de la vida moderna requiere publicaciones de la índole de la nuestra, en las que se alternan los conocimientos útiles, los cuentos cuyos argumentos estén a tono con el momento y las seriales apasionantes de hechos que sean vividos y que por lo mismo, adquieren el máximo de resonancia en el espíritu del lector.

Consecuentes con este temperamento, presentamos un material de lectura en el que predominan los hechos verídicos de la vida real, novelados para mayor solaz de los lectores.

Queremos que el público femenino encuentre una solución a sus problemas económicos en lo que se refiere al vestuario y a muchos detalles del hogar, en nuestros modelos exclusivos de trajes y abrigos sencillos y nuestros cursos de corte y cocina, aparte de las otras secciones que serán siempre consejos útiles y prácticos.

Estamos, pues, en la línea, dispuestos a luchar lealmente por el favor y el servicio del público, considerando que siempre el presente deberá ser inferior al mañana.

SUMARIO

SUENO DE AMOR.— Precioso cuento de Binet Balmer, en el cual se estudia el caso psicológico de una mujer que ve a su amado enamorarse de su hermana menor, buscando en ella la prolongación de los encantos de su primer amor.

LA NOVELA DE UNA MUJER DE MUNDO.— Presentamos a nuestros lectores la apasionante historia de una mujer mundana que, después de hacer su vida, ha escrito sus memorias en forma novelada.

LA CIRUGIA AL SERVICIO DE LA BELLEZA.— Los adelantos de la cirugía estética son cada día mayores y en este artículo se analizan sus grandes posibilidades, para llegar a la conclusión de que en poco tiempo más, ser feo equivaldrá a ser sucio.

LAS INSCRIPCIONES AMOROSAS DEL SANTA LUCIA.— En ese paseo todo Santiago ha dejado escrito sus «recuerdos» en los árboles y en las piedras. Aquí vemos algunos verdaderamente interesantes.

10 AÑOS DE PRESIDIO.— ¿Puede una mu-

jer ver impasible que se condene al hombre que se ha sacrificado por ella? Este es el tema que sabe desarrollarlo admirablemente Stephen Phillips.

MEMORIAS DEL MAS AUDAZ DE LOS AVENTUREROS.— Monje budista. Judío. Protestante. Misionero anglicano. Diputado en la Cámara de los Comunes. Industrial petrolero en Rumania. Espía. Conspirador alemán. Ciudadano austriaco, húngaro, inglés, alemán, chino... Un hombre fuera de la ley. Este es a grandes rasgos el personaje cuya historia, contada por él mismo, comenzamos a publicar hoy.

ADEMAS;

Señorita: cómo quieren los hombres que usted sea. (Consejos de D. Juan).
Curso de corte y confección.
Curso de cocina práctica y barata.
Los mejores tejidos.

Seis modelos de «YUJU» en trajes y abrigos que se caracterizan por su sencillez y elegancia. Dos de ellos con sus moldes respectivos.

SUEÑO DE AMOR



«Pero fui en este negro país del carbón una flor suntuosa que lloraba por tierras de sol y campos de flores».

AL morir mi amigo en una lejana colonia, me dejó una cajita llena de cartas: "Si me llegase a ocurrir una desgracia, te ruego que clasifiques esas cartas y que remitas a todas estas mujeres las epistolas amorosas que con tanto cariño he conservado. Al volverlas a leer he revivido un poco de mi pasado".

Las cartas estaban cuidadosamente ordenadas, por paquetes, con sus correspondientes direcciones. He cumplido el encargo, nada fácil por cierto. He visto rostros que se negaban a comprenderme y que poco a poco se iban dulcificando hasta acabar en el llanto. Estoy seguro que durante toda esta semana, todas estas mujeres habrán pensado en él.

En el fondo de la caja, había una larga carta sencillamente doblada, de letra pequeña y metida, en la cual mi amigo había escrito algunas palabras, que después daré a conocer, y que no indicaba de modo alguno qué destino debía yo dar a la epístola, la más conmovedora de todas ellas. Y hoy la publico con la esperanza de que, al leerla, Dios sabe dónde, se conmoverán las dos mujeres que en ella figuran y que es imposible reconocer.

"Amor mío:

Perdóname que te dé este disgusto que mi dolor no puede evitarte. Estoy desesperada. Me estoy muriendo de pena. ¡Tenía tantos deseos de hablarte de ello!... Pero me habrías contestado, no me habrías dejado llegar hasta el fin, me habría convencido por lo pronto, y después habría vuelto a comenzar todo otra vez. ¡No! no me engaño. ¡No has tenido tú la menor culpa ni ella tampoco! ¡Ocurrió lo que debía ocurrir! Es tan natural. ¡Pero esto no puede ser! Acuérdate. Cuando viniste a este pueblo, hace quince meses, uno y otro nos sentimos atraídos. Será la última vez que yo enamore a alguien y quizás sea la última que tú ames de un modo tan juvenil, tan sincero. "Me parece que tengo veinte años, me decía". Y a mí me parecía que estaba en los treinta. Los dos retrocedíamos diez años de nuestra vida.

Por esto, cedí a tus deseos, pero sin temor, sin remordimiento. ¿Qué podía importarle a mi marido? Para él no existe el amor: sólo la afección fría y calculadora. En el matrimonio no hemos sido más que dos asociados. Cuando sentía celos, lo único que se le ocurría era llamarme romántica y decirme que tenía la cabe-

za llena de pájaros. Desde su adolescencia vive esclavo de la rutina de la fábrica. Es como su padre, y como será nuestro hijo, honrado y obscuro, trabajador sin ambición, metódico sin talento. Muchas veces me he preguntado si le haría sufrir el saber que tenía un amante. Estoy segura de que por haber sabido siempre guardar las apariencias, cree que me merezco los mayores elogios. Ayer mismo me dijo: "Eres una excelente mujer". Merezco el elogio. ¡He estado tantas veces a punto de abandonar esto, y sin embargo, me he quedado! Me he quedado en este pueblo en que no hay más actividad que la subterránea, ni nada pintoresco, como no sean las galerías de las minas. ¡Ah! ¡Qué bien he comprendido los sueños de Mme. Bovary, ¿te acuerdas? Aquellos campos de Italia, que abandoné huérfana, sin dinero, llevando conmigo a esta débil hermanita, de quien no tengo más remedio que hablarte.

de leer, te irás de aquí. Te he querido con pasión. No tengas miedo; no te haré sufrir con las lamentaciones y reproches de la amante envejecida al hombre joven. Después de todo, no siento eso. Estoy acostumbrada a resignarme. Mi porvenir fué siempre tan parecido, que ya no le interrogo siquiera. En el fondo de mi conciencia yo no cesaba de decirme: "Llegará un día en que me abandonará para casarse"... ¿Y querrás creer esta monstruosidad? Me conformaba con ir envejeciendo junto a tu hogar. Mi mayor deseo consistía en morirme antes de que eso llegara. Durante nuestros paseos, me fijaba en las otras fábricas y calculaba las fortunas de las hijas de nuestros rivales. Recuerda cuántas bromas te he dado con esa rusa que heredará millones... Algunas noches mi marido y yo hemos hablado de ello. Y él me decía: "Estaría muy bien". Y yo pensaba que estaría muy dentro de un número indeter-



«Ella luchaba por alejarse: pero se entornaban sus ojos y tú, muy pálido, la oprimías contra tu corazón...»

¿Ves, amor mío? Desde que cumplí los diez y seis años siento el amor maternal. Me casé sin amor para que la pequeña tuviese asegurado el pan. Nuestro padre nos dejó bajo la tutela de ese primo gruñón, que fué quien me presentó a mi marido. Yo acepté. Me vendí por la niña y no puedes figurarte qué hermosa era yo entonces.

Tan hermosa como lo es ahora ella, con un no sé qué de serenidad, porque yo no tenía quien me amparase. Así, yo no tenía esa sonrisa comedida, primaveral.

Pero fuí, en este negro país de carbón, una flor suntuosa, que lloraba por tierras de sol y campos de flores... No quiero hacerte creer que he sido una heroína; pero para ti, que viniste cuando el sol de mis ojos declinaba, he sentido toda la pasión; todo el ardor que oprimía mi corazón.

Es mi confesión. Cuando la hayas concluido

minado de años. ¡Era feliz! Yo me hacía la ilusión de que sentías por la pequeña el mismo cariño que yo. A mi marido le perturbaba a causa de la exaltación que ve en ella, la misma que yo tuve y que supe reprimir. Yo te decía: "Es mi hija" y me complacía verte jugar con ella como si fueseis dos criaturas.

Tiene todo mi ardor. Es italiana hasta en sus silencios, que no son más que las pausas de su exaltación. Es el vivo retrato de nuestra madre, sus mismos ojos, su mismo pelo. Es obra mía, tanto su carácter como su alma, que son deliciosos.

Y tú, amor mío, te has enamorado de ella. Aquella tarde de abril en que estabais jugando en el campo, cuando la oprimiste con fuerza, tu rostro adquirió esa expresión, que tan bien conozco, de los momentos sublimes. Os hallabais en pie junto a las lilas. Ella luchaba

por alejarse; pero se entornaban sus ojos y tú, muy pálido, la oprímias contra tu corazón. Desde aquel momento para mí se convirtió en mujer. Y para ti también.

Estuve a punto de gritar.

Aquella noche, ella no habló y tú no te atreviste a mirar; pero yo no cesé de hablarte de su hermosura. Me comparaba mentalmente con ella. Fui lo mismo que ella. Es mi juventud. Tú no cesabas de mirarme y me decías y no cesabas de repetirme: "Te amo", pero ya no mirabas más que a la imagen de mi juventud. ¡Y así, de repente me sentí tan vieja! Y me odié a mí misma al odiarla a ella, mi juventud viviente. Somos iguales, iguales. Yo estoy marchita y ella empieza a vivir. No me has admirado a mí sin admirarla a ella. Me tomaste a mí y era ella a quien tenías en la imaginación. ¡No lo niegues! Tú no eres malo. Se me parece demasiado, para que al amarme no la llegases a preferir. Esperaba tu cansancio,

tu abandono. Pero te has cansado de mí y me abandonas por culpa de mí misma, que renazco en otra. No te detesto; pero me detesto a mí misma.

Déjame, déjame, puesto que no somos más que una misma mujer. No quiero perderos a los dos. Tú no me amas ya, márchate; pero no persistas en amarme en ella. Ella nada sabe. Te lloraremos juntas. Es preciso que partas, porque mi marido ya no piensa asociarte a la rusa, sino casarte con mi tesoro. Ya le he hablado, se ha puesto encarnada... y yo te digo: márchate. Sé que la harías dichosa; pero, ¿debo inmolarme? Nos has poseído a las dos. Has sido amado por esta mujer que formamos entre las dos el principio y el fin de tu vida de amor. Déjanos llorar una, en brazos de otra".

Aún había algunas frases más íntimas, que no creo necesario publicar.

Y ahora, leed lo que mi amigo había escrito en la carta:

"Esto se acabó. Antes de leer la carta, ignoraba mis sentimientos. Mi ternura por la joven no era ni más ni menos que el complemento de mi amor. Ahora es necesario que me aleje de aquí, los tres no podríamos soportarnos".

Y se alejó cuanto le fué posible. No murió a consecuencia de esto; pero estoy seguro de que, al morir, éste fué su más hermoso recuerdo. Si ellas leen estas líneas, que lo sepan.

B. B.



«Tú no cesabas de mirarme y me decías «Te amo», pero ya no mirabas más que a la imagen de mi juventud...»

La novela de de una mujer de de mundo

H^EME aquí
convertida
de nuevo
en mujer

de mundo y, a fe mía, harto contenta de llevar otra vez esta etiqueta que he estado a punto de perder definitivamente. Ahora que una existencia más tranquila me permite examinar con sangre fría los últimos años, tan llenos de acontecimientos imprevistos, de incidentes tragi-cómicos, me viene el deseo de contar mis aventuras, no porque suponga que mi pequeña personalidad sea susceptible de interesar al lector, sino porque, por haber seguido alternativamente la vida de una burguesa de cortos medios, de una cocotte y de una gran dama de la Tercera República, me doy cuenta de que en el curso de estas transformaciones, tanto bajo un abrigo de piel de conejo como bajo una capa de zibelina, siempre he sido, en el fondo de mi persona, una aventurera. Sí, me ha gustado la aventura, aun cuando ésta se me haya presentado sin haberla buscado. He debido saber desenredarme, y, para una mujer joven y no mal parecida, ya se comprende lo que esto quiere decir. Y si he tenido que ver con muchos hombres, también he encontrado bastantes mujeres para poder, con conocimiento de causa, hablar de ese ser desconcertante entre todos, que se llama la "mujer de mundo".

A menudo oís decir, en los más diversos ambientes: "Es una mujer de mundo", o "Bien se ve que no es una mujer de mundo". Preguntad a los que así hablan qué entienden por eso: cada uno os dará una definición que probablemente no será la vuestra. Para mi peluquero, una mujer de mundo es una cliente que no tutea a la tercera vez que se le hace una permanente; para la frutera, es una dama que no regatea, aunque tenga necesidad de ello; para el Don Juan, que se encuentra en el tranvía, es una linda personita, que no sonríe cuando se le da un pellizco; para la pequeña entretenida, una mujer de mundo es una mujer que duerme sola cuando así lo desea. Y en esto no siempre tiene razón la entretenida.

Por lo que el lector va a leer, verá que a menudo me he encontrado en situaciones en que es bien difícil conservar una cierta dignidad. Entre dos o tres mujeres en camisa, que esperan la elección que hará un hombre, por ejemplo, parece casi imposible distinguir la mujer de mundo de la mujer de la calle. Pues bien, en ese caso nadie se engaña, y todavía no llego a comprender cómo jamás he sido tomada por otra cosa distinta de lo que en realidad era. No hablo así por orgullo, sino simplemente hago constar un hecho.

Diré, desde luego, que el noventa y nueve por ciento de las mujeres llamadas "de mundo" son dignas de la mayor es-



timación, y que aquéllas de que voy a hablar no son más que raras y tristes excepciones. La mayoría de las mujeres de mundo son de una elevación de pensamiento y de sentimiento, que obliga a admirarlas. Viven para su marido, a quien rodean de una reconfortante ternura, para hijos a quienes instruyen y a quienes dan a menudo los más hermosos ejemplos de sacrificio y de bondad. Son ellas las que animan las obras de caridad, ellas las que hacen el bien a su alrededor con tanta discreción, que a veces nadie se da cuenta, ni siquiera entre los que están más cerca. Para unas, la religión es la fuente de una abnegación total, incomprensible para el profano. Muchas, en su existencia organizada según un plan armonioso, dejan a los deportes y a los entretenimientos intelectuales la parte que les corresponde. Todas encuentran la felicidad en el hecho de ser indispensables a cada uno de los miembros de la familia.

Son incontables estas mujeres virtuosas, y, como los pueblos felices, no tienen historia. En estos recuerdos, repito, no nos ocuparemos de ellas, pero es preciso no olvidar su existencia y el inmenso papel que han desempeñado en el transcurso de los siglos.

Las otras... ésas sí que tiene historia, y a veces famosas. Es preciso comprender una cosa, y es que la mujer de mundo es a menudo un ser cuya naturaleza oculta, profunda, es bien diferente de lo que pueden imaginar un marido, una familia, los amigos, los sirvientes. Es un ser a quien la educación, el ambiente, el miedo del qué dirán, obligan a veces a disfrazar su verdadera naturaleza, a ocultar, bajo una máscara banal, que bien pocos logran levantar, curiosidades, manías, vicios hechos más imperiosos por la ociosidad, y más agradables por la necesidad de saciarlos en secreto. Las mujeres que trabajan están obligadas, como los hombres, a simplificarse: su imaginación se escapa menos fácilmente, su cuerpo fatigado tiene menos exigencias. Las profesionales del amor, obsesionadas por la necesidad de asegurar sus exigencias materiales, embrutecidas por su oficio, son también bastante fáciles de definir, a lo menos en sus líneas generales.

Las mujeres que, como yo, han llevado una vida bastante movida, no se interesan, por lo general, sino en los hombres. La mujer toma tan rápidamente la costumbre de depender del macho, de sus placeres, de sus caprichos, de su generosidad, que se dedican a estudiarlo lo mejor posible, para poder luchar mejor contra

él, aprovechar de sus debilidades. ¡Pero los hombres, sobre todo cuando los posee el deseo físico y hace de ellos seres instintivos, se asemejan casi todos!

En cuanto a mí, encuentro que las mujeres, comenzando por vuestra humilde servidora, son infinitamente más complejas, más desorientadoras, más misteriosas, y creo que el lector imparcial, sea cual sea su sexo, será pronto de mi opinión.

Nací el 15 de mayo de 1908. Mi padre era un funcionario de un grado bastante elevado en el Ministerio de Colonias. Hombre sencillo y bueno, siempre había cumplido su deber sin ruido, y murió sin brillo en Verdun. Mi madre, nacida de una vieja familia provinciana, poseía algunas pequeñas rentas que le permitieron no dotarme, según la absurda costumbre burguesa, sino educarme sin demasiadas dificultades hasta mi matrimonio, que precedió por poco a su muerte.

Hasta mi bachillerato, mi vida pasó muy sencillamente: mis estudios y mis lecturas en invierno, el tenis y la natación en verano, bastaban para ocuparla. Mi madre me había puesto en el liceo, incapaz, según lo supongo, de imaginarse los ejemplos que allí podía encontrar, y todavía menos apta para ponerme en guardia contra ciertos peligros. Tantos hombres me han dicho: "¡Qué temperamento, mi pequeña Nicole!", y las exigencias de mi naturaleza me han hecho cometer tantas tonterías, que tristemente tengo que ser de su opinión. Pero hoy día me quedo estupefacta al pensar

«Creo que las mujeres son infinitamente complejas, desorientadoras y misteriosas.»



en la indiferencia sensual que tuve hasta los diez y siete años. Recuerdo solamente haber estado un poco ofuscada, a los quince años, a la orilla del mar, ante las diversiones amorosas de una pareja muy tierna que, en la pieza al lado de la mía, se amaba todas las noches con una vehemencia que el delgado tabique del hotel no me permitía ignorar. Palabras entrecortadas por suspiros llegaban hasta mis orejas enrojecidas por no sé qué vergüenza... En seguida ciertos movimientos, ruidos acuáticos desconcertantes...

Durante el día me esforzaba en descubrir en el rostro de los jóvenes amantes las señales de esa agitación misteriosa, pero mi curiosidad era puramente cerebral, y no me venía la idea de que mi propio cuerpo pudiera entregarse a ejercicios que hacían estremecerse la vieja cama del hotel.

Bastante temprano consulté el diccionario, a escondidas de mi madre, por cierto, y el "Larousse médical" fue para mí una preciosa ayuda. Pero las complicadas precisiones anatómicas que allí encontré no me satisfacían. En el catecismo, las palabras como lujuria, sodomía, incesto, conservaban para mí su inquietante misterio. Pensé en confesarme de haber cometido ciertos pecados desconocidos, esperando que el sacerdote me iluminara. Pero jamás me atrevía a hacerlo. En todo caso, y tal vez éste era el propósito de esa educación religiosa, teníamos un pudor nacido de todas las mentiras, de la hipocresía de que se nos rodeaba en estos problemas, y lo que llamábamos "La obra

de la carne", riéndonos para disimular nuestra angustia, nos parecía algo turbio, sucio, al mismo tiempo hartamente atractivo.

Pasé mi bachillerato, y en seguida fui a la Universidad. Mi madre había terminado por resignarse a dejarme continuar mis estudios, temiendo que, sin dote, no encontrara marido y me viera obligada a seguir un oficio. Las letras me atraían, trabajaba con facilidad, y el placer que experimentaba al discutir durante horas enteras con mis compañeros sobre

«Tanto bajo un abrigo de piel de conejo como bajo una capa de zibelina, siempre he sido, en el fondo de mi persona, una aventurera...»



Platón o sobre la última pieza del Vieux-Colombier me distraía agradablemente de la monotonía de las conversaciones con mi madre. Esta me dejaba en gran libertad, en primer lugar, porque creía a pie juntillas que la virtud es hereditaria y se transmite en las buenas familias como una receta de cocina, y en seguida, porque mi ignorancia de las realidades de la vida, cuidadosamente mantenida, lo supongo, por mi padre, sobrepasaba a todo lo que se puede imaginar.

Mis estudios me absorbían bastante para que no abusara de esa libertad. Una de mis amigas, Lili, estudiaba pintura en Montparnasse. Nos encontrábamos a menudo en el Luxemburgo o en restaurantes baratos en que teníamos por vecinos a estudiantes y pintores. Pero Lili había conocido en la Grande-Chaumière a una sueca alta, enormemente rubia y desdenosa: Selma. Bien pronto las dos fueron inseparables. Esto me produjo profundos celos; Lili me evitaba cada vez más, y resolví tener con ella una explicación. Un día, Lili vino a tomar el té conmigo; estábamos solas en el departamento.

—Escucha, Lili — le dije —, tengo la impresión de que no tienes para conmigo la misma amistad.

Ella protestó débilmente, y continué:

—Si prefieres a Selma a mí, tanto peor para mí; pero no comprendo qué es lo que le encuentras. Jamás pronuncia tres frases seguidas, y sus lánguidos aires de belleza fatal me enervan.

Sus dedos están amarillentos de nicotina, y a veces despiden un espantoso olor a éter.



Lili me tomó por los hombros y aproximó su rostro al mío.

—Quiere decir que no comprendes. No eres más que una niña. Me agradas mil veces más que Selma, que ha rodado ya quién sabe dónde, pero me da algo que tú no puedes, o que no quieres darme.

Me empujó ligeramente, me hizo sentarme, y tomó asiento al lado mío.

—Oye, Nicole. ¿Qué harías si te besara?

Y, sin dejarme tiempo para responder, sus labios se apoderaron de los míos y los mantuvieron presos. Me desprendí de ella, y la miré asombrada. Lili había vuelto la cabeza.

—Los hombres son tan brutales, tan cobardes — dijo como para excusarse —, Tú siempre has sido más prudente que yo, pero después que he anulado mi compromiso con Bertrand (un médico joven, que las maneras un poco montparnasiañas de Lili habían asustado), todos los hombres me repugnan. Y Selma es tan diferente de todos los seres que he conocido hasta ahora. Su frialdad disimula tanto fuego, tanta ciencia del placer... En este momento posa para mí, desnuda sobre un diván azul. Es tan pura de líneas...

Y, como yo no respondiera:

—Nicole — dijo Lili con agustia —, hay momentos en que me asusto a mí misma. ¿Cómo terminará todo esto? ¿Crees que será preciso que renuncie a tener una vida como todas las otras mujeres, un marido, hijos, simplemente porque he encontrado una sueca de gestos raros, de encantos misteriosos, que lentamente me envuelve, me aleja de todo lo demás?...

Yo seguía callada. ¿Qué podía contestar?

—¡Nicole! — gritó ella, por fin — ¿nunca te has sentido atraída por una mujer?

—No — contesté en voz baja.

Y era verdad.

Besé a Lili en una mejilla antes que se fuera, y, cosa curiosa, ahora que conocía su triste secreto, nuestra amistad volvió a ser la misma de antes. Muchas veces hasta salía con Lili, Selma y un compañero mío, y nuestro pequeño grupo era tan alegre como si hubiera estado compuesto de una manera más normal.

Tomando todo en cuenta, Lili me repugnaba menos que dos o tres amigas mías que, después de haber rodado a derecha e izquierda, adoptaban falsos aires de inocencia para arrastrar al matrimonio, única esperanza de las jóvenes de mundo, a hombres ingenuos, deseosos de fundar un hogar. Ocurría también que estas vírgenes a medias llamaban la atención de hombres de más edad, que habían llevado una "vida de soltero" bastante alegre, pero que, por consejo de su médico o de su banquero, buscaban, sin hacerse ilusiones sobre su virtud, y contando con la maternidad para calmarla, una mujer capaz de mantener una casa y de cuidar a un marido. Esta segunda categoría de uniones me chocaba menos que la primera; por lo menos, en ella todo el mundo era franco y sabia, más o menos, a qué atenerse.

Durante el invierno que

CONT. PAG. 24.

«Me entretenía mucho con estos relatos, pues jamás había tomado en serio a Philippe».

LA CIRUGIA AL SERVICIO DE LA BELLEZA

Dentro de veinte años será tan
inconveniente ser feo
como ser sucio

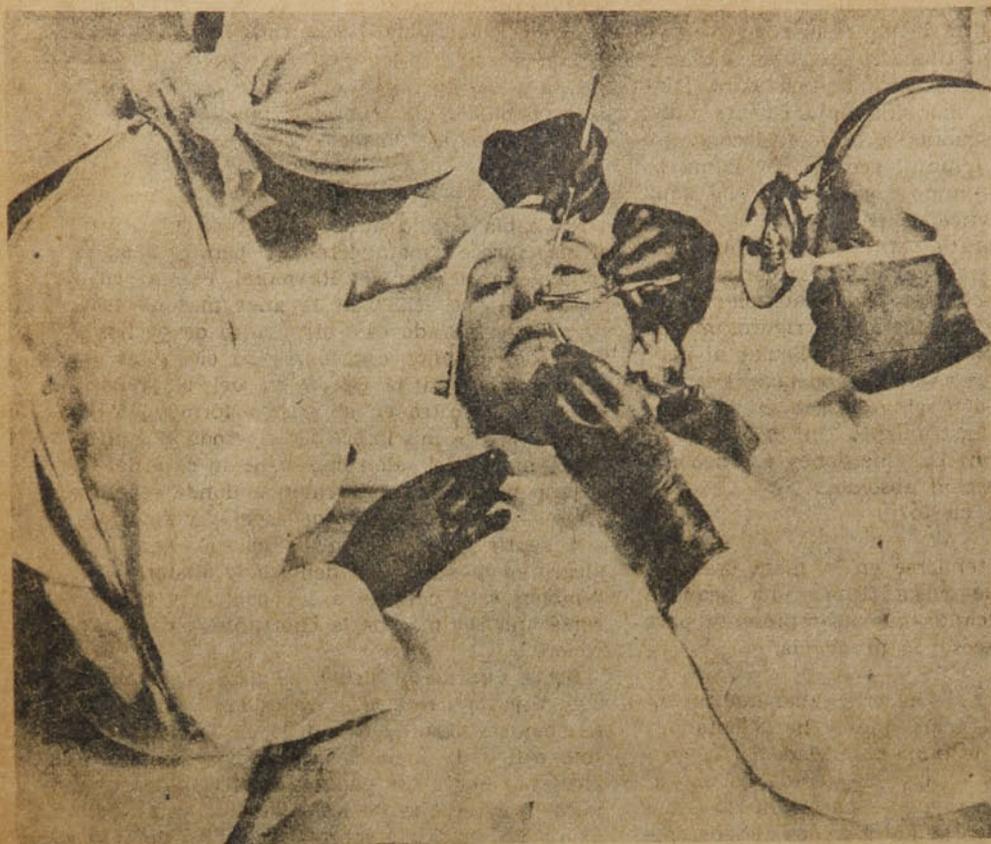
LAS primeras de nuestras mujeres que se atrevieron a insinuar a los cirujanos que les corrigieran algunos defectos de belleza, son evidentemente, las artistas, para quienes "ser joven" no es solamente un capricho sino una trágica necesidad. (Quiero evocar aquí, para aquellos que la han conocido, el ejemplo de ese cantatriz sentimental—media vedette en los anuncios de los music-halls de cuarta categoría — cuyo rostro estaba en tal estado de ruina que se le rehusaban los compromisos. Cada tarde, antes de aparecer en escena se operaba a sí misma, reparando la piel marchita de sus mejillas que fijaba con alfileres, a cada lado de las orejas, en el cuero cabelludo... Durante un año repitió, todas las tardes, esta abominable operación, hasta que un día conoció la cirugía plástica). Son pues, los comediantes, quienes por necesidad, son los primeros en ofrecer su fealdad al bisturi de un especialista; y la crónica hablada, ha divulgado, muy luego, los ecos de ciertas intervenciones misteriosas que habían vuelto la juventud a la vieja bailarina G..., sin que fuera posible adivinarle la menor cicatriz humillante.

Y los burgueses se ponen a soñar con estos ejemplos famosos. En la mañana, consultando su espejo en la hora propicia de levantarse, se habitúan de antemano a la idea de solicitar una simple consulta — ¡oh, nada más! —, a cualquier especialista, y llegado el momento, acallan sus últimos prejuicios y someten el tierno cuello al cuchillo del práctico.

Una vez que la prueba ha pasado, generalmente las operadas se transforman en aliadas del cirujano, quien las ha sacado "airosas" y llegan a ser discretas, pero devotas propagandistas de su arte.

Desde este punto de vista, en los hogares, estas cosas no se miran bien, antes, como después de la transformación, las mujeres han tenido que sufrir las protestas de los más grandes adversarios de la cirugía estética: los maridos. Su oposición arisca se apoya sobre dos tesis: éstos dicen a sus compañeras: "Yo te amo tal como eres y no podría soportar el que tu personalidad se transformase". Los otros piensan por lo bajo: "Como no te amo, es perfectamente inútil el hacer intervenir el bisturi, objeto frío entre todos".





Una operación para conformar una nariz ancha en aguileña.

Las hijas grandes, aquellas que pueden ya pretender a éxitos personales, son ellas también, decididamente hostiles a todo lo que pueda rejuvenecer a sus madres; pero esto es por razones esencialmente femeninas.

Por otra parte, los auxiliares inesperados, los más ardientes partidarios de la cirugía plástica, son los hijos a quienes no les desagrada llevar una mamá linda. Conozco un muchacho de 20 años, que le pedía a un cirujano de transformar a su madre tal como la veía cuando era pequeño... y había tenido el cuidado de llevarle un modelo: una fotografía pintada.

Y, después, están las buenas amigas, curiosas y perspicaces, a quienes se les quiere ocultar su visita a casa del vendedor de juventud. Después de una ausencia de dos días, reaparecen a menudo muy embellecidas con ligeras curaciones en el nacimiento de los cabellos. En este caso la explicación — siempre la misma —, es muy simple: "Imagínate, querida, que he tenido un accidente automovilístico", y la excelente amiga, radiante, no puede ocultar el sonreír burlonamente: "Dame la dirección del chofer que libra tan bellamente de las catástrofes".

Esta también vendrá, a su turno, a tenderse sobre una mesa de operaciones.

Son las mujeres, evidentemente, quienes representan la parte más grande de la "clientela plástica", pero hay mientras tanto algunos hombres que...

Son los artistas que vienen a hacer adaptar su cabeza a las exigencias de su empleo. Entran a casa del cirujano con una figura de viejo poeta y salen con las trazas o los rasgos de un capitán de industria.

He aquí por qué caminos se llega a la cabina misteriosa donde la belleza se opera, la juventud se injerta y la belleza se cose.

En 1931 los especialistas de la recomposición forman congresos oficiales tal como simples botánicos.

En su sala de reunión exponen documentos que son de una elocuencia certera. Son fotografías de senos, prodigiosos, dolorosos, al lado de otras fotografías — éstas reconfortantes — que representan senos jóvenes y agresivos.

"ANTES Y DESPUES"

Estas son las pruebas irrefutables de la calidad del trabajo.

Pero esto no es todo. Después de haber expuesto sus métodos respectivos, que producen cifras enloquecedoras, alineadas, de proyectos, estos señores se separan bajo esta conclusión optimista "En nuestros días una mujer se desprende de 20 años como iba antiguamente al Instituto de Belleza a masajearse la cara. Exactamente con la misma facilidad".

¿Y los riesgos?

Es preciso convenir que en ello no hay ninguno.

Muy justo son algunos "errores" cometidos

de parte de los debutantes, convencidos de afirmar su maestría.

Se está tan seguro de los resultados que algunos cirujanos no titubean en poner en servicio una extraordinaria "máquina para modelar senos". Una máquina enteramente nueva, mis queridas señoras, a la cual el congreso le ha hecho una triunfal acogida. Se llama la "mamiloctomo" — lindo nombre — y he aquí la manera de servirse de ella:

Se toma el aparato por la empuñadura con toda la mano y se coloca el borde cortante de mayor diámetro sobre la región aureolar y de tal manera que el pezón quede rigurosamente contra el "mamiloctomo", perpendicular al plano de la región que va a ser modelada. Después de una cierta presión sobre el seno, es suficiente transmitir al instrumento un ligero movimiento de rotación. Las incisiones así hechas, son de una perfección absoluta...

Simple, ¿no es cierto?

¿Los riesgos?

Pero antes de tenderse en la mesa operatoria, el práctico le ruega firmar una pequeña fórmula, insignificante, que no representa para él más que el exceso de prudencia.

"Señor doctor:

"Tengo el honor de hacerle saber que me he decidido a la operación que le he solicitado y que, para mí es de gran necesidad. En la conversación que usted me ha acordado, me ha prevenido; y la presente es para ponerlo a cubierto de su responsabilidad de los riesgos operatorios y post-operatorios, que aunque raros, son siempre posibles, como en todas las operaciones, aun en las ligeras..."

Y bien entendido, señora, usted agregará espontáneamente esto:

"Estoy persuadida por otra parte, sabiendo su competencia, y los cuidados devotos que usted da a sus operadas, que tengo la más grande probabilidad de tener que felicitarle por la decisión que he tomado".

No había tenido aún la oportunidad de ver el asombroso "mamiloctomo", pero gracias a la cortesía del doctor Raymond Passot, cuyo bisturí ha "rehecho" en 10 años más de 4,000 rostros, restaurado casi otro tanto de pechos y "borrado" muchos centenares de cicatrices, he podido asistir a la operación del rejuvenecimiento del rostro en su última fórmula. Y he jurado revelar mis impresiones a todo el mundo.

Los muros del salón de espera en casa del cirujano plástico — este salón a donde se entra viejo — están cubiertos de espejos y éstos hacen sentir la necesidad de colocar una nota alegre en la atmósfera demasiado austera, pero también esto permite a los pacientes convenecerse una vez más de la oportunidad de su decisión.

Sobre una mesa, bien a la vista, un gran álbum rojo se ofrece a la curiosidad de la gente. Es como el libro de oro de la casa; el catálogo fotográfico de todos los casos tratados por el cirujano. Sobre las páginas de la izquierda figuran los retratos de los pacientes antes de la operación; mirando sobre las páginas de la derecha, se exhiben las mismas caras fotografiadas después, y éstas tienen netamente el aire de ser parientes jóvenes de sus precedentes.

Después de cortar un buen trozo de piel en la frente, el cirujano recoge la piel arrugada, modelando el rostro con la perfección de un escultor.



He aquí la imagen de un septuagenario, de mejillas marchitas, de labios colgantes, cuyos ojos desaparecen bajo los pliegues de una epidermis que parece hecha de pergamino y he aquí el mismo personaje tan viejo media hora antes: no solamente han de recordarlo las arrugas, ni los pliegues y las bolsas que han desaparecido, sino que parece que una vida nueva ha sido inoculada bajo la epidermis mate de la primera figura.

En este libro, que constituye ciertamente, el más poderoso argumento en favor de la cirugía plástica, hay numerosos centenares de casos típicos, cada uno de ellos presentando una particularidad que llama la atención: orejas levantadas, labios adelgazados, narices enderezadas, curvadas, disminuídas, mejillas aplastadas, rostros afilados y otros, acaso, más delicados todavía.

El rejuvenecimiento que es la más misteriosa de las intervenciones quirúrgicas, se practica de ordinario a puerta cerrada, en presencia solamente del paciente, del cirujano y de su asistente. Y fué preciso apelar a la gran amabilidad de Mme. G..., para que yo pudiese asistir, en el secreto de la sala de operaciones, a la "refacción" de un rostro.

En el clásico decorado pasado, en barniz blanco, un escalfador tintineante, al lado del bocal, las compresas; muebles, útiles, lienzos, manos, rostros, todo es antiséptico.

Sobre el sillón operatorio, Mme. G..., bailarina de 40 años, tiende al cirujano una figura devastada por una enfermedad larga y grave: mejillas caídas, piel estirada al maximum, caso muy característico, dijo el práctico.

El doctor, de gran parada blanca, vacía jeringas bajo la piel de la frente: es la formalidad preliminar de la anestesia local "largamente suficiente para todas las operaciones de la cara". Y el bisturí muerde la carne, dos largas

bandas de piel de 4 ctms. de largo por tres de ancho se levantan de cada lado de la frente que parece haber sido atravesada por dos proyectiles enormes.

Es esto lo que representaba el entretenimiento del asistente, y la paciente, que felizmente, no ha podido darse cuenta del piadoso estado en que se encontraba hace un momento, sonríe con complacencia.

No queda más que juntar la carne y coserla: sutura imperceptible en el nacimiento de los cabellos. Y ha terminado.

En el espejo que se le tiende, Mme. G..., constata el milagro: los carrillos han desaparecido, las arrugas se han desvanecido: son 20 años recobrados apenas en 20 minutos. Yo he visto en la cabina del mago, pacientes de todas las edades. Pues bien, no es esto lo más admirable. ¿No hay, pues, una edad para rejuvenecerse?

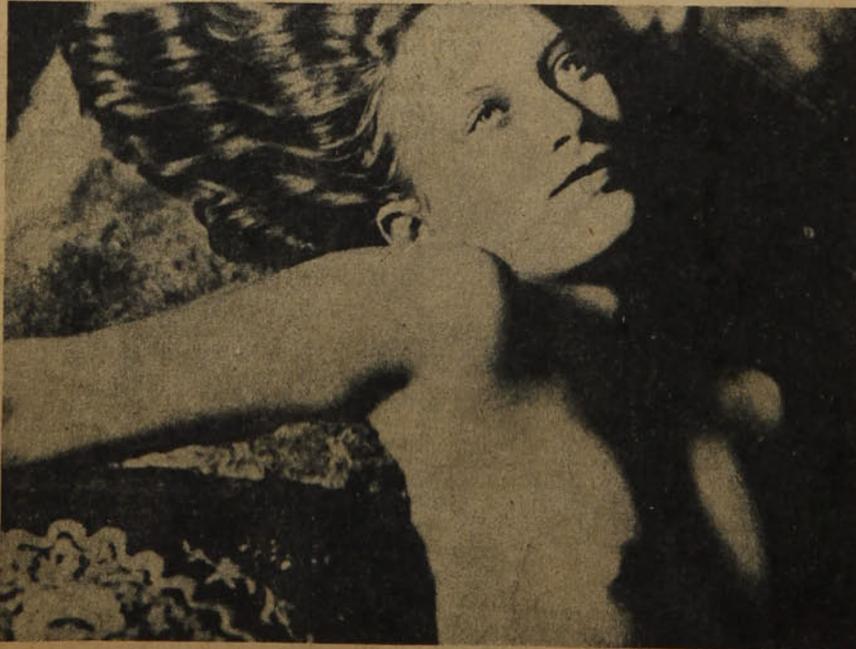
A esta pregunta, el doctor Passot da una respuesta formal: "Hay una edad óptima de 40 a 50 años; mas, justamente en la vejez extrema, la elasticidad de las carnes es tal que da lugar a las más milagrosas intervenciones quirúrgicas".

El doctor Passot me ha invitado para la próxima semana, a asistir a un "desgrasamiento" de una persona de 112 kilos. La aligeraría de 30 libras "de excedente" en media hora. No daría mi lugar ni por la corona de Inglaterra.

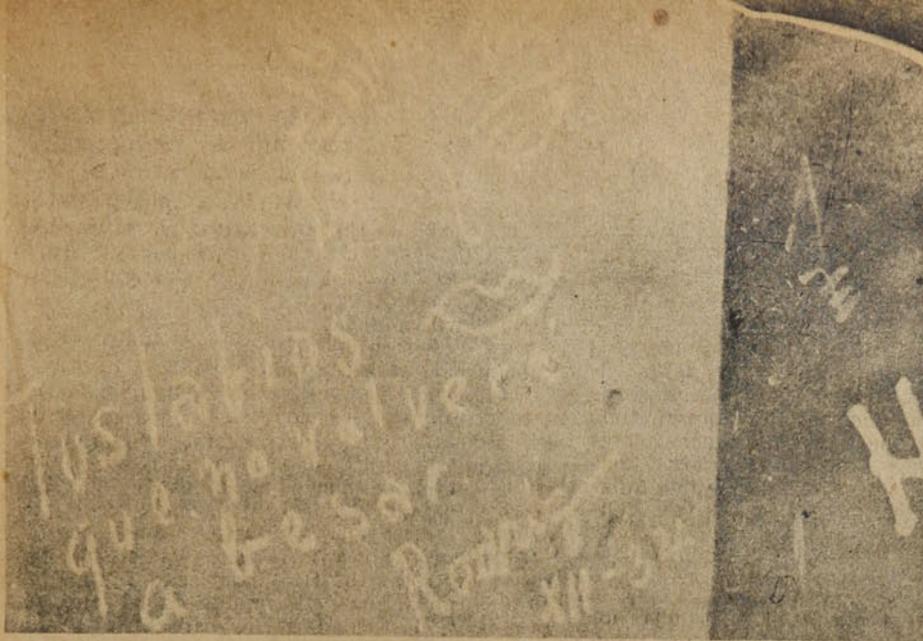
En América, en Nueva York, existe una clínica gratis de cirugía estética, doce horas por día los equipos de técnicos esculpen la estatua de sus contemporáneos pobres y feos. En las salas de operaciones, sobre la blancura de los muros está pintado en letras gigantes: "Dentro de 20 años será tan inconveniente ser feo como ser sucio".

Esta clínica representa para mí lo mejor que se ha hecho en bien de la solidaridad social.

JEAN MASSON.



En pocos años más, ser bellas será un deber de buena educación.



Un poema modernista de rara elocuencia y que acusa en su autor filosofía y originalidad.

Las inscripciones del amorosas del Santa Lucía

por Manuel Cuevas Silva

Fácil es distinguir a los que van a leer la última carta de adiós, en el mismo sitio que otrora escuchara lisonjeras promesas.



SON el alma del paseo y la vida de tantos amores que se perpetúan en la roca, en el mármol y en las hojas carnosas de las agabias—esa planta cordillerana—, más allá de la felicidad y de los sueños que imaginaron sus actores. Comedia divina de todas las tardes que entre suspiros, juramentos y lágrimas, dos seres quiensan que la eternidad y el mundo les pertenece. Y ahí queda el recuerdo grabado como tantos otros, testigo de un abandono de amor, cuando las realidades no pueden acercarse: se lo impide el ambiente, la cómplice penumbra de los árboles y enredaderas que, velo impenetrable de toda prosa, sólo permite la ilusoria vida de las caricias...

Jardín de los enamorados, el cerro atesora la visión de miles y miles de parejas que en cada recodo de sus avenidas y en los solitarios escaños, han prometido más, tal vez, de lo que humanamente se puede pretender. De ahí ciertas inscripciones sugestivas que son contrapeso de tantos anhelos románticos. Vemos destacarse la siguiente, escrita en un tronco de eucalipto: "Amor, por toda la vida seré tuya".—ELVIRA

10-IX-34.

"Elvira. ¡Qué mentira! En otros brazos y no hace un año"...— GASTON

11-III-35.

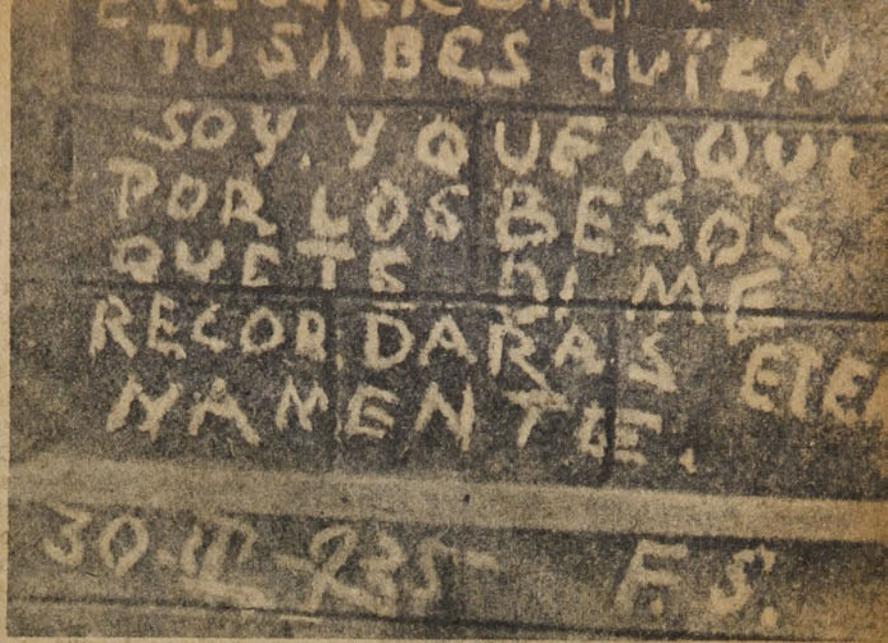
espíritu. Y desde lo alto la imaginación juega con todos los halagos que no pudieron ser realidad y que, sin duda, lo serán un día.

Recorriendo las avenidas del cerro, fácil es distinguir los que van a leer la última carta de adiós o los que esperan en vano una cita que jamás realizarán. Para todos aquellos que sufren frente a la felicidad que pasa, el cerro podría, como buena y moderna Celestina, servirles de intermediario comprensivo y mudo a la vez que muestra en cada banco, en sus árboles y en sus rocas lisas, los testimonios de felicidad y desgracia de todas las parejas santiaguinas.

Para una mujer que mira el horizonte o para un hombre que abatido clava su vista en el suelo, buscando en la lejanía o en la arena que tantas veces hollara su pie, bien fácil les sería, en este ambiente evocador, donde todo respira romance y belleza, donde las flores son ojos abiertos que irradian felicidad, entenderse y seguir juntos la misma senda.

Lo que es extraño e incomprensible, es que este cerro, seno turgente y hermoso de la ciudad, no tenga su poeta que cante en inspiradas estrofas la vida que diariamente se renueva en las caricias de sus miles de enamorados.

M. C. S.



Si la persona aludida lee esta crónica, ¡cuántas escenas pasarán por su imaginación!



Poesía, ambiente que se infiltra insensiblemente en los sentidos y hace ser optimistas de la vida a todos los que cruzan sus senderos.

Parejas que llegan al cerro plenas de ilusión y encanto, para tener, a veces, la vida efímera de las rosas que los rodean.



A NUESTRAS
LECTORAS

MODELOS

Creyendo servir en todo momento a nuestras lectoras, tenemos el agrado de poner a su disposición, en cada número, un servicio de moldes que les facilitará en la confección de sus trajes. Elegiremos siempre los modelos más prácticos y aceptamos toda sugerión relacionada no sólo con ésta, sino con todas las secciones de nuestra revista.

ROSINA.

Para el diario nada más precioso que este trajecito de lana verde musgo adornado por un botón y hebilla de nácar. Tenemos el agrado de ofrecer a nuestras lectoras el **MOLDE** de este vestido que es para la talla 42.

Este encantador abrigo es el modelo ideal para una mujer de escasos recursos. Su corte le permite ser usado durante todo el día, ya sea en la mañana o en una reunión de la tarde. Creyendo servir en la mejor forma a nuestras lectoras, ofrecemos su **MOLDE** que es para la talla 46.

PARA OBTENER LOS MOLDES, es necesario indicar claramente el modelo (1 o 2), enviando el cupón correspondiente que aparece en la página 21 y \$ 1,20 en estampillas, para gastos de franqueo, por cada molde.



1

MOLDE

DE yuju

En el próximo número:

Figurines de abrigo y vestidos de una pieza.

MOLDES DE UN ABRIGO
TRES-CUARTOS Y UN VESTIDO.



2

MOLDE

SEÑORA, ESTA ES LA EPOCA

...para hacerse un abrigo y un vestido de invierno. En cuanto a los abrigos, conveza, desde ahora a su marido, que necesita dos: uno de tweed, para todos los días, y otro de vestir, suntuosamente adornado de piel. El abrigo de tweed resultará mejor, cuanto más varonil sea su estilo, o cuanto más se acerque a las casacas de los militares. El tweed resulta siempre elegante y es una tela fácil de confeccionar. Los abrigos de tweed son amplios y pueden usarse también con cinturón. Ahora se están haciendo tweeds a cuadritos.

¿Colores? Prácticamente, cualquiera que sea sentador. Se llevan de preferencia los colores brillantes, el rojo y el verde, y también, las nuevas combinaciones de café y gris y de gris azulejo. Resulta de un efecto maravilloso con accesorios de color café.

Los abrigos de vestir se hacen, preferentemente, en



negro o en azul marino, abullonados en la cintura y abotonados en el cuello. En cuanto a los abrigos de piel, los que más se llevan, son los tres-cuartos.

...para hacerse un vestido de lana. La lana se pone cada día más de moda, porque un vestido de este material resulta siempre elegante. Algunas mujeres no lo aceptan, sin embargo, para los trajes de puertas adentro. La explicación de esto, es que la lana es a veces tan delgada como la

seda y tan fina. Hay también algunas sedas que parecen lana. Hemos visto últimamente algunas que nos han hecho equivocarnos. Estas sedas son la gran solución, porque con ellas se puede hacer un traje que parece de lana. La última moda combina la lana con el satén, en el corpiño. La falda de lana es muy deportiva y sencilla, justamente la clase de vestido que Ud. necesita para el golf y que le servirá para llevarlo durante todo el día.

ROSINA

Curso práctico de corte y costura

Vista elegante ahorrando dinero

Este curso de corte proporciona la ventaja de poder hacer cualquier modelo, por más complicado que parezca.

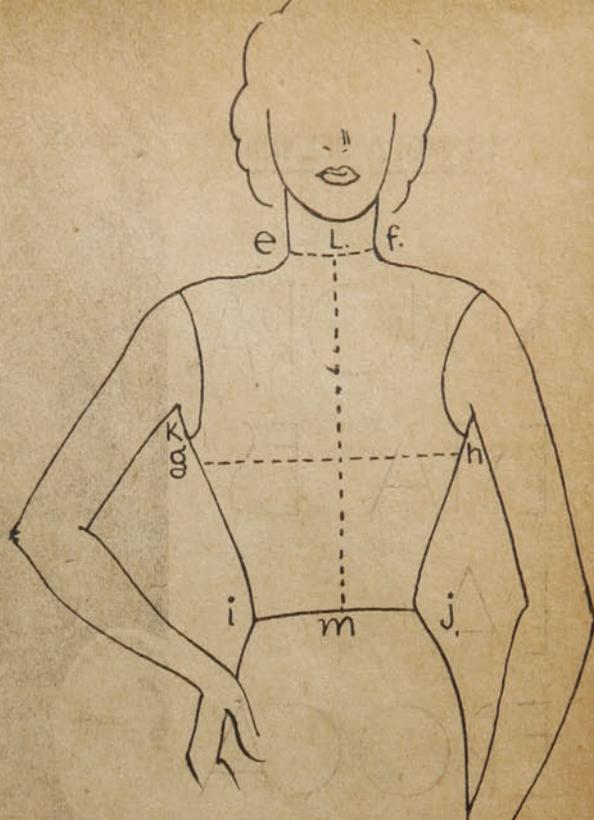
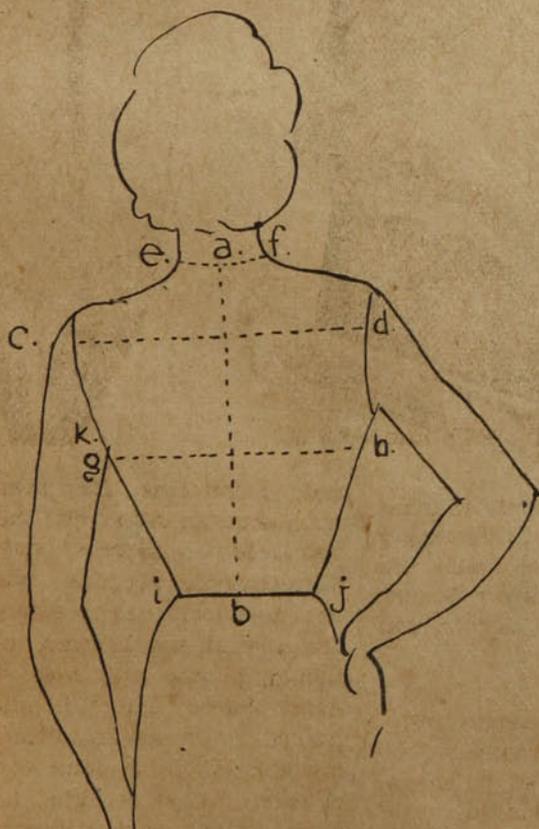
UTILILES INDISPENSABLES PARA EL CURSO DE CORTE

Una regla de centímetros, una huincha para tomar las medidas, un par de tijeras de tamaño regular (más bien grande), lápiz, goma para borrar, un cuaderno para los apuntes y un pliego de papel blanco (del que se vende para envolver).

MODO DE TOMAR LAS MEDIDAS

1.º LARGO DE LA ESPALDA: Se toma desde la base del cuello hasta la cintura. (Línea a-b).

2.º ANCHO DE LA ESPALDA: Se toma desde un brazo al otro, a 10 o 12 cm. del cuello. (Línea c-d).



3.º CONTORNO DE CUELLO: Se toma rodeando el cuello en su base. (Línea e-f. Todo el contorno).

4.º CONTORNO DE BUSTO: Se rodea el busto en su parte más alta. (Línea g-h. Dando vuelta a todo el contorno).

5.º CONTORNO DE CINTURA: Se rodea toda la cintura. (Línea i-j).

6.º ALTO DEL COSTADO: Se toma al costado, desde el nacimiento del brazo hasta la posición normal de la cintura. (Línea k-l).

7.º LARGO DE ADELANTE: Se toma, medio a medio, adelante, desde la base del cuello hasta la cintura. (Línea l-m).

(Continuará en el próximo número)

Explicaciones para utilizar los moldes de YUJU

Los MOLDES que ofrecemos a nuestras lectoras están cortados sólo en la talla que se ofrece.

Cada MOLDE está cortado al justo; por lo que habrá que darle 1 o 2 cm. para cada costura.

En cada pieza del MOLDE vienen ciertos números que habrá que hacer calzar; así, juntar 1 con 1, 2 con 2, 3 con 3, etc.; lo que irá dando la indicación para armar la costura. Cuando dice «doblez» o «tela doblada», hay que poner el género doblado. En cuanto al largo, cada persona deberá tomar el largo de su traje para dar al MOLDE la longitud necesaria.

CUPON

MOLDES DE YUJU

Figurín N.º Nombre

Dirección

Acompañar este cupón con \$ 1.20 en estampillas al hacer el pedido de cualquier molde y dirigirlo a Director de «Yu-Ju», Casilla 84-D., Santiago.

CURSO SENCILLO DE COCINA PRACTICA



Es costumbre que en todas las publicaciones se dé siempre preferencia, en lo que se refiere a cocina, a las recetas costosas y difíciles. ¡No hay para que enseñar lo que es demasiado sabido! Y, sin embargo, cuántas son las futuras dueñas de casa que se desesperan ante la imposibilidad de hacer una vulgar cazuela de cordero.

Es a ustedes, mis dueñas de casa de mañana, y aun de hoy, a quienes van dirigidas estas sencillas recetas de cocina, en la creencia de que apreciarán sus consejos prácticos.

LA COCINERA.

LECCION 1.^a

SOPA DE RIÑÓN DE CORDERO.

(Para 4 personas).

2 riñones de cordero.
150 gramos de carne de posta.

1 cebolla.

Sal y pimienta.

1 cucharada de manteca.

2 cucharadas de harina.

1 1/2 cucharada de arroz.

Perejil.

1 litro de agua.

Los riñones y carne se cortan en pedazos chicos, se sazonan con sal y pimienta y se ponen a freir con cebolla picada finita en la manteca bien caliente, por espacio de 10 minutos. Se agrega el arroz lavado, el perejil picado y el agua hirviendo y se deja hervir a fuego lento hasta que esté bien cocido. El caldo se cuela, la carne se pasa por un tamiz, se mezclan las dos cosas en la olla y se sirve con pan tostado al horno. (Se puede suprimir la harina).

GUISO DE ZANAHORIAS

(Para 4 personas).

6 zanahorias.

1 litro de agua.

1 cebolla.

Lo que comeré hoy:

SOPA DE RIÑÓN DE CORDERO.

GUISO DE ZANAHORIAS.

CREMA DE PLATANOS.

1 decilitro de pan rallado.

1 cucharada de queso.

1 huevo.

Sal y pimienta.

4 papas.

1 cucharada de manteca.

Las zanahorias se raspan, se cortan en pedacitos delgados y se ponen a cocer en el litro de agua hirviendo, con sal. La cebolla se pica finita y se frie en la cucharada de manteca; se agregan las zanahorias destiladas, la sal, la pimienta,

el pan rallado, el queso y el huevo bien batido; se revuelve un rato más y se sirve con las papas cocidas.

CREMA DE PLATANOS

(Para 4 personas).

220 gramos de azúcar.

Un tercio decilitro de agua.

Un tercio decilitro de vainilla.

2 yemas.

4 plátanos.

2 claras.

1 cucharada de azúcar.

De los 220 gramos de azúcar y el agua, se hace un almíbar de poco punto, se agrega la vainilla, se saca y se pone a entibiar; se agregan en seguida las yemas bien batidas y se pone a fuego lento, para que se cuezan sin cortar; se saca del fuego, se agregan los plátanos cortados en rebanadas. Aparte se baten las claras como para merengue; se agrega el azúcar (los 20 grs.), y se sigue batiendo otro poco, se unta una budinera, se vacía la crema y más encima el merengue y se coloca al horno por algunos minutos, a dorar a un horno fuerte.

LA COCINERA.



SEÑORA, UD. NECESITA ESTE MANTELITO



La mesa para la hora del té, cobra un nuevo encanto: bajo cada taza luce el pequeño mantelito redondo o rectangular, en el vulgar saco harinero que usted habrá teñido en casa y que habrá tomado un bonito color verde manzana, rosa o celeste. Sobre la tela aplicará usted el dibujo en blanco o crema, sujetando los bordes con una puntada grande, ¡escudada. ¿Me contará usted si le ha gustado este modelo y si necesita otro, para publicarlo?

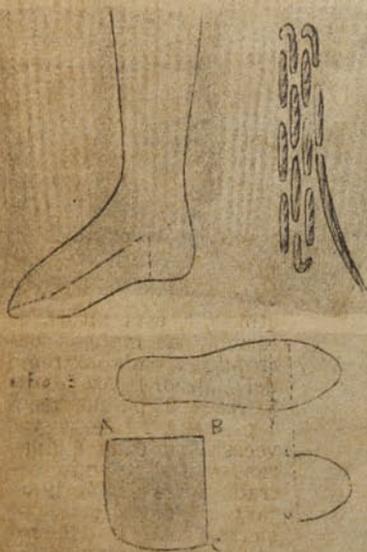
ROSALINDA.



PARA UD... PARA SU HOGAR

PARA QUE LAS MEDIAS DE LOS NIÑOS DUREN MAS.

Las madres saben muy bien que las prendas que más se gastan, son los calcetines de los niños. Para que tengan una duración doble es bueno, cuando es-



tán nuevos, pasar por el revés, tanto en la punta, como en el talón, unas cuantas hebras de fino algodón mercerizado, del mismo tono de la media, puntadas que, de vez en cuando, deben tomar la malla, para que la sostengan cuando se rompa. Las puntadas deben ser largas y contrariarse como en la fig. 1.

Si se trata de medias delgadas, se corta, mediante un patrón que usted misma habrá dibujado, la parte que quiera renovar, en una media vieja, del mismo tono. Y así, ya sea la punta, el talón o la planta se aplican con una puntada fina, casi perdida, sobre la parte costada, siguiendo los contornos de la costura de la media. En seguida se plancha.

LAS MANOS Y LOS TRABAJOS RUDOS.

Antes de empezar los rudos trabajos de la casa, fró-

tese bien las manos con vinagre para evitar que el polvo penetre a la piel.

Ponga también sal común en el agua en que están las papas que va a mondar. En esta forma no se le mancharán los dedos.



LA NOVELA DE UNA MUJER DE...

(CONTINUACION)

precedió a mi matrimonio, Philippe fué mi bailarín oficial en todas las fiestas a que estaba invitada, gracias a las numerosas relaciones que mi madre cultivaba cuidadosamente. Me encantaba el baile, Philippe era un compañero ideal, y, sobre todo, la danza era un derivativo maravilloso para esa sensualidad menos ardiente que en verano, pero que a menudo me dejaba sin dormir en mi estrecho y virginal lecho. Nuestros cuerpos, habituados el uno al otro, parecían perder sus contornos, la música sincopada ritmaba nuestras breves satisfacciones, y cuando un espejo me devolvía la imagen de nuestras siluetas confundidas, temía que se pudiera leer en nuestros rostros el secreto de nuestro placer.

Mi madre, mientras tanto, acogía con modestia los cumplimientos que se le hacían sobre mi talento como bailarina.

Por otra parte, Philippe me trataba como a una verdadera camarada, y me honraba con sus confidencias. Era un "mujeriego" en toda la acepción de la palabra, pero se dedicaba de preferencia a las jóvenes del mundo, cuya conquista — total, muy a menudo — representaba para él el más excitante de los deportes. Menos bonitas, quizás menos expertas que las cottes, tenían para él el doble atractivo de no ser venales y de rodearse de todo un tejido de mentiras, de combinaciones, cuya complicación le encantaba. Me hacía gozar con la historia vodevilésca de las tres hermanas Barbier, a quienes había conocido en Vichy. Tenían respectivamente veinte, diez y nueve y diez y siete años, y Philippe encontró cómicamente seducirlas una tras la otra. Las mayores ya habían tenido aventuras, pero Ginette, la menor, todavía era virgen y

no pudo resistir al deseo de arrebatar a sus hermanas mayores la superioridad que les confería sobre ella el conocimiento del hombre. Los padres de las muchachas eran unos nuevos ricos, y cada una de ellas recibía para sus vestidos una pensión bastante suculenta. ¿Qué habrían dicho los ingenuos padres si hubieran sabido que este dinero servía a sus hijas, tanto para desnudarse como para vestirse? Cuando Philippe las volvió a encontrar en octubre en París, habían arrendado, repartiéndose los gastos, una pieza en que cada una, a su turno, recibía a sus amigos. Philippe encontraba divertido juntarse con ellas alternativamente, y excitaba hasta tal punto sus celos que, durante días enteros, las hermanas no se dirigían la palabra.

Me entretenía mucho con estos relatos, pues jamás había tomado en serio a Philippe. Pero una noche, al preguntarle si las Barbier seguían siendo tan agradables, vi que su frente se ensombrecía.

—Eso va mal — contestó.

—¿Por qué?

—Pues bien, porque he descubierto que la madre me gusta por lo menos tanto como las tres hijas. Le hago sabiamente la corte, y no le disgusto. Pero, ¿sabes por qué se niega?

—No.

—Me ha dicho: "Estaría encantada de ser tuya, mi querido Philippe; pero estaría mucho más feliz si te viera casarte con una de mis hijas".

—¡No está mal! Pero, ¿qué vas a hacer?

—Esperar un poco, y si la madre no cede, enviar al padre una carta anónima, para denunciar la conducta de sus hijas y darles la dirección de su garconniere. Ya es tiempo de poner un poco de orden en esa familia.

Más tarde supe que había realizado ese proyecto.

(CONTINUARA).

Los mejores tejidos

PULL - OVER PARA HOMBRES, TEJIDO A PALILLO

ESTE pull-over se confecciona en dos tonos de lana, una marrón y la otra beige, en los siguientes puntos:

1.º — Punto elástico doble: 2 p. al der., 2 p. al revés, alternando en cada hilera.

2.º — Punto rayado de fantasía: Divisible por 4. Primera hilera: en lana marrón y por el revés del trabajo, se teje 1 p. al revés (orilla) (X), se tejen 2 p. se pasan 2 p. (beige) sobre el palillo, sin tejerlos (X); se termina con 3 p. al revés, uno de los cuales va a formar la orilla.

Segunda hilera: en lana marrón, al derecho del trabajo: 1 p. al derecho, para la orilla (X), 2 p. al der., se pasan los 2 p. siguientes (beige) sobre el palillo, sin tejerlos (X); se termina con 3 p. marrón, uno de los cuales pertenece a la orilla.

Tercera hilera: en lana beige, al revés del tejido; se teje 1 p. al revés (orilla) (X), 2 p. marrón al revés, se tejen los 2 p. siguientes beige al revés y tomándolos por atrás. Junto con tejer el primero de éstos 2 p., se tejen las 2 lanas marrón que hay delante de ese punto (X); se termina con 3 p., uno de los cuales es para la orilla.

Cuarta hilera: en lana beige, sobre el derecho del trabajo: 1 p. al der., para formar la orilla (X) se pasan los 2 p. siguientes sobre el palillo, sin tejerlos y se tejen después 2 p. al der. (X).

Quinta hilera: en lana marrón. Se teje 1 p. al revés para la orilla (X), se teje al revés los 2 p. siguientes tomándolos por atrás. Con el primero de estos 2 p. se coge la lana beige que hay delante del punto. Se pasan los 2 p. siguientes sobre el palillo, sin tejerlos (X). Se vuelve a empezar desde la segunda hilera. Se repiten siempre la segunda, la tercera y la cuarta.

Ejecución: Delantero: se empieza por abajo, sobre 180 p. (48 ctms.) en lana marrón triple, con palillos delgados. Se tejen 22 hileras de punto elástico doble. Se continúa en seguida con los palillos más gruesos. Se hace una hilera al derecho en lana beige y se trabaja después en el punto rayado explicado antes, aumentando 1 p. en cada extremo del palillo, cada 2 ctms. más o menos, de modo que a los 35 ctms. de alto total, el trabajo tenga un ancho de 210 p. (56



ctms.) A esta altura se forman las mangas, cerrando a cada extremo del palillo 1 vez 10 p., 3 veces 2 p., 30 veces 1 p., cada 2 hileras, y 6 veces 1 p. cada 6 hileras (o sea, se han cerrado 52 p. en 104 hileras). A los 37 ctms. se cierran los 4 p. del medio de la hilera y se teje 1 lado solamente, cerrando al lado del escote, 17 veces 1 p. cada 2 hileras y 2 veces 1 p. cada 4 hileras. Una vez terminadas las disminuciones del rebaje, deben quedar solamente

te 32 p. sobre los que se trabaja sin aumentar ni disminuir hasta que el pull-over tenga 57 ctms. de alto total. Para formar el hombro se cierran en 4 veces los 32 p. que han quedado. El otro lado se termina del mismo modo, tomando la explicación a la inversa.

Espalda: Se urden 160 p. y se hacen las 32 hileras de punto elástico doble, en lana marrón. Se continúa en el punto a rayas, aumentando 1 p. en cada extremo del palillo, cada 2 ctms. más o menos, de modo que al llegar al rebaje (a los 35 ctms. de alto) el trabajo tenga 190 p. de ancho (50 ctms.) El rebaje se forma cerrando a cada extremo del palillo 1 vez 6 p. y 26 veces 1 p. cada 6 hileras (o sea, se han cerrado 37 p. en 84 hileras para cada rebaje). Se sigue tejiendo sin aumentar ni disminuir, hasta que el pull-over tenga 56 ctms. de alto total. Para formar los hombros, se cierran 36 p. en 4 veces a cada extremo del palillo, y los 44 p. que quedan entre los hombros se cierran derechos. Se unen las piezas con costuras. Para bordear las boca-mangas se tejen dos piezas en punto elástico doble, en lana marrón, sobre 250 p. en 16 hileras. Para el cuello se teje una pieza igual, sobre 248 p. y en 16 hileras también. — ROSALINDA.

En nuestro próximo número:
UNA LINDA MAÑANITA EN PUNTO CALADO.

ENTRE NOSOTRAS

El otoño hace nacer en nosotras la melancolía. Cada mañana, al despertar, consultamos el cielo para saber si va a concedernos un poco de sol: es la esperanza. La niebla, las hojas que caen nos hacen sentir más nuestras decepciones y nuestras penas. El otoño parece darles toda su acuidad. No cabe duda que bajo un cielo luminoso somos más felices.

Llega el otoño y se terminan los paseos. Se sale poco de casa. Es tal vez la revancha de la dulce vivienda que hemos querido lo más bonita posible, lo más acogedora y confortable, y que abandonamos tan deliberadamente en cuanto nos llama el buen tiempo.

Durante varios meses las mujeres van a interesarse nuevamente por su pieza o por la que las acoge más a menudo. Privadas de todo entretenimiento, no encontrarán cómo matar el tiempo. ¿Leer, coser, tejer, escribir? Sí. Sería un acertado retorno a esa existencia sentimental y espiritual que tanto reconfortaba a las mujeres de otros tiempos. Hoy día hemos olvidado la reflexión.

Si un día se ve usted en la obligación de permanecer en casa, observe a su alrededor. El dormitorio de una mujer es, en cierto modo, el cofre de su alma. Es ahí donde ella ha sufrido y ha llorado. Es ahí donde, en sus horas de insomnio, ha buscado la esperanza o la confianza, sus ojos abiertos a la noche. Es allí donde las mujeres ocultan sus secretos, sus papeles, sus joyas. Es allí donde se sienten humilladas por la enfermedad y gloriosas por la convalecencia. Si las mujeres quisieran, encontrarían en esta piadosa reflexión que tan a menudo les aconsejamos, mucha calma y, si no la serenidad, por lo menos la dulce filosofía de comprender mejor los días que se encadenan, malos, algunas veces y buenos otras. Y, a menudo, encontrarían también su corazón...

MARIA NELLA.



DIEZ AÑOS DE PRESIDIO

MAGDA apretó el gatillo de su revólver. Las manos de Greville resbalaron sobre la pulida superficie de la mesa, y su cuerpo rodó grotescamente sobre la lujosa alfombra, donde quedó extendido, con los brazos abiertos y sus blancos dedos tremantes en una postrera crispación. Magda permaneció inmóvil, con la pequeña arma homicida en su mano enguantada. Estaba tranquila con un absoluto dominio de sí misma.

Greville estaba muerto. Magda lo comprendía en la terrosa palidez de su cara. Y ella lo había matado... No la había asesinado... Asesinado, era una palabra demasiado fea. Ella escuchó. Un completo silencio reinaba. A lo lejos, se oía solamente el rumor apagado del tránsito.

Magda miró el arma que tenía en la mano. Era de Hugo Delmar, sabía el lugar donde la guardaba Hugo; y le había bastado un par de segundos para sacarla de la gaveta donde estaba... Se estremeció. Quizás había procedido con cierta precipitación. Pero, al ver que Greville, borracho, con los ojos fulgurantes de pasión, se aprestaba a lanzarse sobre ella, había disparado, sin poder evitarlo... Además... ¿con qué derecho la perseguía aquel bruto hasta allí, hasta la casa de Hugo? Claro está que le había aceptado algunos regalos... Joyas... vestidos... hasta dinero...



Hizo una mueca despectiva. Después de todo... ¿para qué estaban en el mundo los hombres, sino para rendir homenaje a las mujeres bonitas? Sobre todo, los hombres como Greville y como Hugo Delmar...

Algo extraño brilló en sus ojos. Nadie los había visto entrar, ni a ella ni a Greville. Hugo había dejado en libertad aque-

lla noche a su criado, como lo hacía siempre que esperaba la visita de Magda.

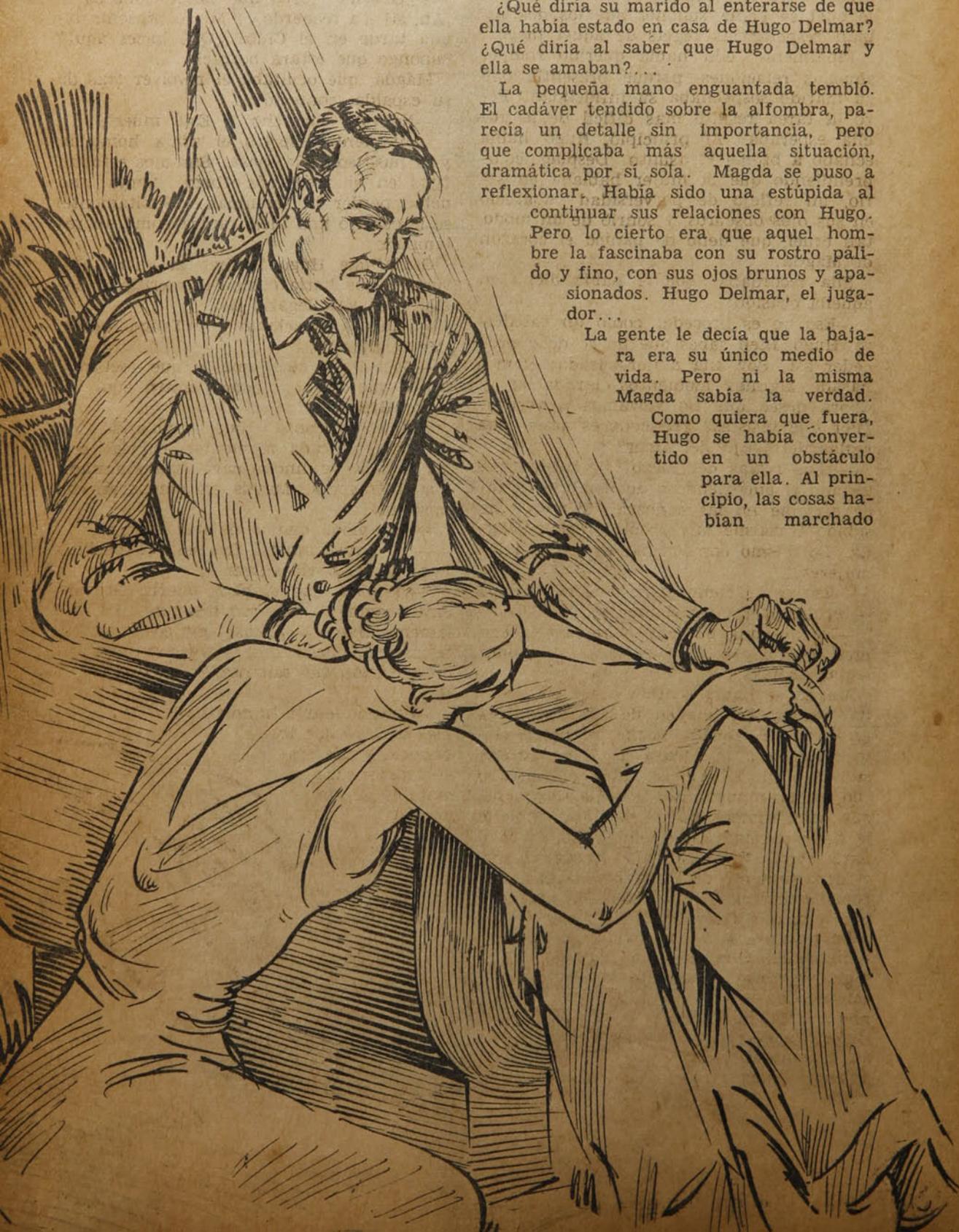
De pronto, Magda recordó a su marido, el único hombre a quién temía realmente... Carlos Grey, el hombre de la voluntad de hierro. Y comprendió que no la asustaba su crimen, ni sus posibles consecuencias. Solamente a Carlos le tenía un miedo pánico.

¿Qué diría su marido al enterarse de que ella había estado en casa de Hugo Delmar? ¿Qué diría al saber que Hugo Delmar y ella se amaban?...

La pequeña mano enguantada tembló. El cadáver tendido sobre la alfombra, parecía un detalle sin importancia, pero que complicaba más aquella situación, dramática por sí sola. Magda se puso a reflexionar. Había sido una estúpida al continuar sus relaciones con Hugo. Pero lo cierto era que aquel hombre la fascinaba con su rostro pálido y fino, con sus ojos brunos y apasionados. Hugo Delmar, el jugador...

La gente le decía que la baja-
ra era su único medio de
vida. Pero ni la misma
Magda sabía la verdad.

Como quiera que fuera,
Hugo se había conver-
tido en un obstáculo
para ella. Al prin-
cipio, las cosas ha-
bían marchado



bien. Sólo había intentado pasar el rato con él, como lo había hecho antes con otros. Pero, un poco tarde había descubierto que Hugo era distinto a los otros hombres. Era menos escrupuloso. Tal vez, porque la conocía mejor que los demás. Quizás, porque estaba acostumbrado al juego del amor como al de las cartas. De todas maneras, se había metido en un juego peligroso. Pero él y Magda se entendían, por lo cual se podía suponer que los dos sabían respetar las reglas de aquel juego.

Finalmente, ella había querido romper aquellas relaciones, porque presentía que su marido sospechaba su infidelidad. Pero la tarea resultó más difícil de lo que ella esperaba. Al principio, Hugo había echado a broma el asunto. Después, comprendiendo que la mujer hablaba en serio, un reflejo de perversidad apareció en sus ojos oscuros, y sonrió de un modo, tan cruel, que llenó de pánico el corazón de Magda.

Ella recordaba que le había dicho en aquella ocasión:

—Eso no es proceder como un caballero, Hugo. Bien sabes que no se debe proceder así. Soy una mujer casada. Hemos pasado algunos momentos agradables, y ahora deseo que no volvamos a vernos. ¿Por qué insistes? ¿Desconoces acaso las reglas del juego del amor?

—¿Las reglas del juego? — había contestado él encogiéndose de hombros. Puede ser que no las conozca. Siempre he sabido trazarme mis propias reglas, Magda. Lo mismo con los naipes que con las mujeres...

—Eso es... como si se hiciera trampa — protestó ella, airadamente.

—De ninguna manera — replicó él, con una sonrisa. — Es tan sólo... imponer reglas propias...

Magda se había sentido presa en aquella trampa. La imagen de su marido la asustaba. Y, aquella noche, se había visto obligada a ir a casa de Hugo, contra su voluntad. Y allí se había encontrado con aquel repugnante Greville, borracho, que daba tumbos por el pasillo. Greville le había preguntado dónde iba, y ella, para evitar un escándalo, había abierto el departamento de Hugo, con la llave especial que él le había dado. Y había dejado entrar a Greville.

De repente se quedó rígida, casi inmóvil. ¿Qué era aquel ruido? Alguien subía lentamente las escaleras. La puerta se abrió, Magda vio a Hugo Delmar en el umbral:
—Hugo que

con una llama de curiosidad en la mirada y la mayor tranquilidad de mundo, se quitaba los guantes. Era Hugo Delmar, el immaculado caballero del tapete verde, que no respetaba las reglas de ningún juego...

—¿Quién es ese que está en el suelo?— preguntó Hugo.

—Pablo Greville.

—¿Greville? Creo que no le conozco...

—¡Ah, sí! Ya recuerdo... Me lo presentaron una tarde en el Club. ¿Qué haces aquí? Supongo que estará borracho...

Magda, que ocultaba el revólver tras de su espalda, contestó:

—No está borracho... Está muerto.

Lentamente, mostró el arma homicida y la puso sobre la mesa. Sus ojos estaban fijos en el rostro de Hugo. Ahora, no debía perder la serenidad. Súbitamente, se le ocurrió una idea, rápida como un relámpago.

Sabía que Hugo Delmar la quería de veras y que haría cualquier sacrificio por ella. Tal vez llegaría a...

—¡Hugo! — exclamó. — ¡Tengo miedo! ¡Me castigarán!

—Siéntate y cuéntame lo que ocurrió. Antes que nada... ¿cómo entró aquí el señor Greville?

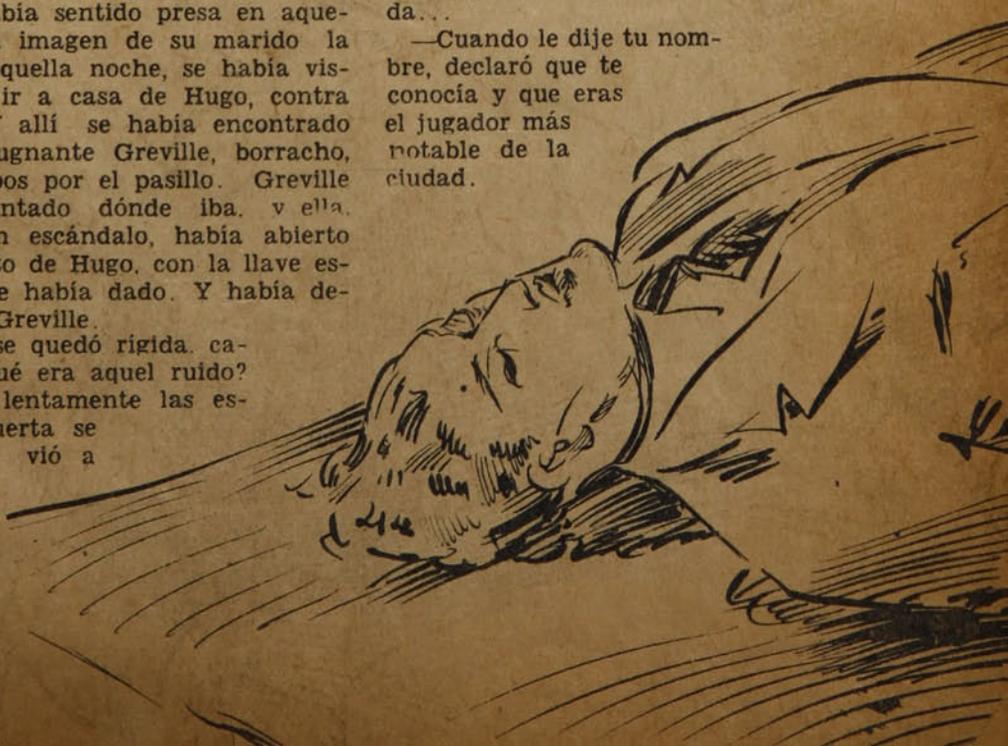
Ella se lo contó todo, temblando de emoción. A cada momento, cubría con las manos su linda cara transformada por la tragedia. Magda era una gran comediente.

—¿De modo que lo dejaste entrar?

—Sí. Hacía mucho frío en el pasillo. Pero nadie lo vio entrar...

—¿Y para qué diablos quería Greville entrar aquí? — observó tranquilamente Hugo. — ¿Acaso me conocía personalmente? Nuestra presentación fué tan rápida...

—Cuando le dije tu nombre, declaró que te conocía y que eras el jugador más notable de la ciudad.



—¡Qué amable! — comentó Delmar, sonriendo cínicamente. — ¿Y qué sucedió después?

—Insistió en verte. Quería jugar a los naipes contigo esta misma noche. Y estaba bastante borracho.

—Dices que quería jugar conmigo... — dijo Delmar, lanzando una bocanada de humo. — Y, naturalmente, después quiso molestarte...

—Sí. Insistí en que se marchara, pero se negó a ello. Entonces trató de besarme, saqué ese revólver y... ¿Qué debo hacer ahora, Hugo?

El miraba atentamente las manecillas del reloj mural.

—¿Cuánto tiempo hace que se produjo el accidente? Ten cuidado. Es un detalle importante...

Ella se lo dijo. Hugo Delmar permaneció absorto en sus pensamientos durante breves segundos.

—Supongo que habrá venido del Club... ¿verdad?

—Creo que sí, Hugo... ¿Por qué?

—Sus consocios podrán testimoniar que estaba en condiciones lamentables...

De pronto, Magda cayó de rodillas ante Hugo, y sus manos se agarraron a sus piernas con frenesí.

—¡Oh, Hugo! Yo no podré afrontar esa situación. ¡No puedo! — ¿Comprendes? No se trata del crimen..., sino de que he estado aquí..., en tu departamento, por muerte en defensa propia.

Oprimió en sus brazos a la mujer temblorosa y acarició sus cabellos rubios. Luego besó sus labios deliciosos que ella le ofreció en un gesto implorante.

—Te quiero tanto, Hugo — murmuró Magda, apasionadamente.

El la acompañó por los escaleras: le abrió la puerta de la calle. Y sus labios volvieron a unirse en un prolongado beso.

—Hugo... Querido mío...

El la miró alejarse, el rostro ardiente todavía de excitación. Bien sabía Delmar que no tenía probabilidades de salvarse si se confesaba autor del crimen.

¡Pero, sucediese lo que sucediere, Hugo Delmar era un hombre!

Volvió a subir las escaleras apresuradamente, puso dos copas y la botella de whisky sobre la mesa, cogió un paquete de naipes y arrimó dos sillas.

Con los labios apretados, comenzó a jugar, en silencio... Primeramente, se dió cartas a sí mismo. Luego distribuyó frente a él las que Pablo Greville hubiera ló-

gicamente jugado. Un acaloramiento durante la partida de póker, era algo que los jueces comprenderían perfectamente... quizás, con cierta simpatía.

Hugo Delmar había urdido ya su fábula.

Un error en el juego... Greville, borracho, violentándose demasiado... Unas palabras injuriosas...

Y el revólver, cargado, que se hallaba en una gaveta abierta, al alcance de Greville... Este, que lo cogía súbitamente... Y Delmar, en seguida, tratando de quitárselo... Luego, la lucha por la posesión del arma, la cual se dispara de pronto...

La fábula era muy floja. Delmar lo sabía... Quizás demasiado floja.

Pero era lo único que podía inventar en aquel momento, la única historia que podía salvar a Magda del escándalo que lógicamente produciría el juicio criminal...

Sólo vaciló un momento.

Luego, se dirigió al teléfono, con paso firme.

—Pues bien... Ha concluido uno de los más extraños juicios criminales que he conocido en mi vida — comentó Carlos Grey, dejando a un lado el periódico que estaba leyendo. — ¿Has leído el fallo, Magda?

Magda estaba decorando un pastel de crema y sonrió cariñosamente a su marido.

—No, querido. Ya sabes que esos procesos me dan escalofríos — contestó con risa infantil y cristalina —. Pero... ¿cómo terminó?

Hugo Delmar ha sido condenado a diez años de presidio. Y ha tenido la suerte de que no lo ahorcasen...

Magda concluyó su pastel de crema.

¡Diez años! Eso significaba diez años de tranquilidad, al menos para ella, que era lo que buscaba.

—El jurado debió estar loco al aceptar una excusa tan inconsistente — agregó Grey —. Pues la misma policía, desde el principio del proceso, pudo probar, sin lugar a dudas, que Pablo Greville no había jugado nunca una partida de naipes, y que siempre había tenido un terror supersticioso a las cartas...

—Lo sé — dijo Magda, sonriendo angelicalmente. — Greville me lo había dicho desde hace mucho tiempo. ¿Cómo se le habrá ocurrido a Hugo inventar una fábula tan absurda? ¡Qué jurado tan crédulo y tan estúpido!

MEMORIAS DEL MAS AUDAZ DE LOS AVENTUREROS

EN una provincia lejana de la China sumida en el caos y la guerra, en la calma de un monasterio budista, vive retirado un europeo misterioso, «Vivia», quizás sería mejor dicho, porque muy probablemente en este mismo momento ya se encuentra donde truenan los cañones, donde se tejen y se deshacen las intrigas, donde se pone en venta la paz o la guerra; posiblemente esté en la Abisinia amenazada, posiblemente juegue su papel en las maniobras sutiles de la diplomacia y de los gobiernos, quizás se encuentre al lado de un general chino o japonés, sirviendo y traicionando aternativamente o a la vez, agente doble o triple como al parecer muchas veces lo ha sido durante el curso de su vida prodigiosa de aventurero internacional.

O a lo mejor, como lo expresa en los últimos capítulos de su autobiografía interesantísima cuya publicación principia "Yuju" ahora, está efectivamente retirado de las cosas de nuestro mundo y refugiado en su monasterio, observa sin participar en el desorden enorme del mundo.

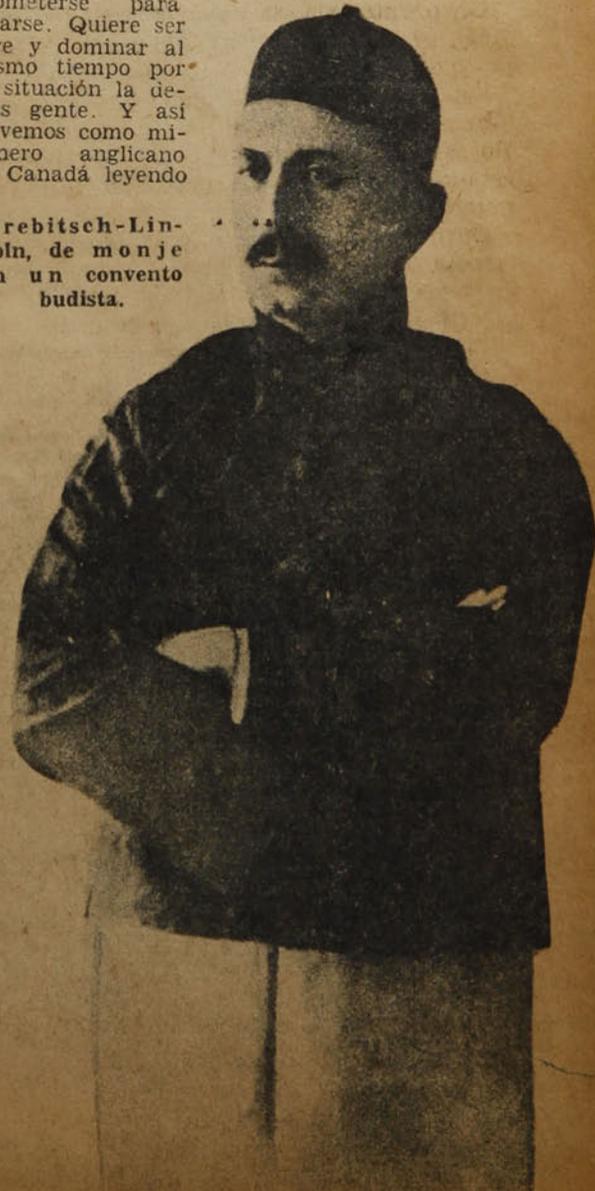
¿Quién sabe dónde está Timoteo Trebitsch-Lincoln, el aventurero más grande y seguramente el más complejo de nuestros tiempos? En China o en cualquiera otra parte del mundo, pero siempre allí donde hay inquietud y la hora es alarmante y dramática.

Se llama Trebitsch y es hijo de una familia judía húngara, nació en un pequeño pueblo a las orillas del Danubio, al sur de Budapest. Sin embargo su espíritu no quedó ni húngaro, ni judío... Nunca permaneció siendo la misma persona por largo tiempo... ¿Qué es lo que no ha sido? En breve: judío, protestante, misionero anglicano en Canadá, diputado liberal de la Cámara de Comunes de Inglaterra, industrial petrolero en Rumania, espía sospechoso en Gran Bretaña, se fué a los Estados Unidos después de la guerra, fué arrestado y encarcelado en Nueva York, empleado del contraespionaje americano, evadió, fué arrestado otra vez, se libertó en Inglaterra, luego pasó tres años en las cárceles inglesas; una vez libre, tiente su suerte en Berlín, prepara con los nacionalistas el primer «putsch» fascista en Alemania, el llamado «Krapp-putsch»; la revuelta fracasa, huye a Austria, sigue conspirando, traiciona a los unos y a los otros, fomenta un odio pasional contra Inglaterra y trata según dice, de aumentarlo en todas partes; «cansado de Europa» parte a la China donde lo esperan nuevas aventuras y donde voluntariamente desaparece... Esta es en breve la carrera de Trebitsch-Lincoln; estas son las etapas de su carrera a través del mundo en busca de aventura y fortuna. Todos los hechos en que se encuentra mezclado Trebitsch-Lincoln, son auténticos, sin embargo la persona que nos los cuenta es una mezcla rara de cinismo, de rabia sincera contra sus enemigos, de conservantismo, tradicionalismo religioso, de vanidad y humor. Su cualidad predominante: su voluntad. Deformando los hechos contados, trata de aparecer a través de sus Memorias

como un verdadero gran político jugando en el tablero de ajedrez del mundo. Pero su vida movida, su manera de proceder inescrupulosa, su vanidad que se hace valer bajo todas las circunstancias y lo obliga a hablar francamente, todo esto nos ayuda a definir con exactitud su verdadera figura: la de un hombre fuera de la ley, de gran clase, de nacionalidad austriaca, húngara, inglesa, alemana o china según exijan las circunstancias...

Gracias a nuestra revista vamos a seguir a Trebitsch-Lincoln a través del mundo. Principiemos en el preciso momento cuando comienzan las peripecias de su carrera. Tiene 24 años, su familia judía ortodoxa lo maldice, ya corrió por el mundo; es estudiante de un seminario protestante de Hamburgo, sale de allí porque lo obligan a comprometerse para casarse. Quiere ser libre y dominar al mismo tiempo por su situación la demás gente. Y así lo vemos como misionero anglicano en Canadá leyendo

Trebitsch-Lincoln, de monje en un convento budista.



los Evangelios a sus antiguos correligionarios, discutiendo el Talmud y la Biblia. Lo vemos como orador célebre cosechando éxitos en las sesiones de los sabios y los salones mundanos. Los círculos más altos los encuentra abiertos.

Abusará de ellos. Su orgullo será su perdición, porque este aventurero excepcional posee un orgullo enorme y en esto es mediocre porque jamás alcanza la suerte y la serenidad del espíritu.

MI VIDA.

Creí en el poder. Creí en la fuerza y sabía que los caminos de la política se abrían delante de mí. Admiraba la democracia inglesa, la más antigua de todas, devoraba todos los discursos pronunciados en la Cámara de Comunes, aprendía todas las alocuciones de memoria, conocía a todos los políticos y sus respectivos programas. Como un niño me hacía ilusiones viéndome llegar a ser miembro del Congreso. Pero eso era absurdo. En Inglaterra se necesita demasiada plata para ser candidato y diputado.

Cuando se murió mi suegro, dejó una suma bastante importante a mi mujer. Inmediatamente me decidí abandonar la iglesia y siempre me acuerdo aún de la forma como se desarrolló nuestra conversación con el vicario a quien nada he dicho de mis futuros proyectos.

—Pero si no soy indiscreto querido colega — me dijo titubeando — ¿irá Ud. a utilizar sus estudios políticos? Quizás un puesto de profesor de colegio o alguna cosa parecida es lo que le servirá para ganarse la vida.

Estaba en la ventana; la nieve caía contra el vidrio. Estaba nevando fuerte... Una ofensiva blanca enorme de invierno.

Me di vuelta hacia el vicario.

—¿Qué día tenemos hoy señor vicario?

El me miró sorprendido.

—10 de diciembre si no me equivoco. Sí, el 10 de diciembre.

—Bien, ¿Me hace Ud. el favor de anotar esta fecha en alguna parte donde no se va a poder perder?

Sonriendo y obedeciendo el vicario apuntó la fecha en un formulario del registro de bautismos.

Yo no estaba sonriendo y gravemente le anuncié:

—En seis años de hoy seré diputado.

El vicario creía que estaba bromeando y me dió su bendición. Cuatro meses antes de la expiración de la fecha señalada era diputado liberal de Darlington.

¿Cómo lo hice?

Me instalé en Hampton en los alrededores de Londres. Empecé por cambiar mi apellido y nombre a Timothy Trebitch (a la manera inglesa) Lincoln. Dos años pasé tratando de establecer contacto con los círculos políticos. En enero 1906 entré en la Temperance Legislation League en la cual se necesitaban oradores elocuentes y cultos y allí tuve la suerte de conocer a Benjamín Rowntree a quien daba en ese entonces clases de alemán y quien hizo

de mí su hombre de confianza. Rowntree era hijo de una familia riquísima y se preocupaba de los problemas sociales. Nosotros dos hemos creado una documentación internacional ascendente a 12,000 tomos.

Ya había penetrado en los círculos liberales. Ya conocí el mundo diplomático, hombres de Estado, industriales importantes, fabricantes de armamentos. Usaban mis conocimientos, dí conferencias en círculos elegidos. En una de estas reuniones un gran industrial de Londres se dirigió directamente a mí:

—Dígame señor Lincoln ¿es Ud. naturalizado?

—No — le respondí — mejor dicho aún no. Ya presenté mi solicitud pero aun no ha sido despachada, pero seguramente se resolverá favorablemente.

—Pero entonces ¿podría Ud. presentar su candidatura en nuestras próximas elecciones?

Esta pregunta cayó como del cielo; yo guardé mi presencia de ánimo y le respondí sonriendo.

—Efectivamente, si algún partido me acoge, podría ser candidato.

—Entonces no hay dificultad. En principio ¿está Ud. dispuesto a presentarse como candidato liberal en alguna comuna de los alrededores de Londres? Se trata de una comuna con una inmensa mayoría conservadora. Ud. es el único que nos la puede conquistar.

Pronto mi candidatura en Darlington fué decidida y se me dió a entender que me pudiera considerar feliz reuniendo apenas unos cuantos votos en un pueblo tan decididamente conservador.

Rowntree puso a mi disposición la suma de 16,000 libras para gastos de elecciones, las que invertí sin demorar en acciones petroleras de Galicia.

La lucha fué dura en Darlington. Tenía reuniones tras reuniones donde defendí decididamente el cambio libre, la libertad económica de Inglaterra y sus Dominios y la alianza con Alemania.

Mi adversario, Pease, quien se olvidó tranquilamente a sus electores, sentado comodamente en su butaca de su Club en Londres, fué llamado urgentemente a Darlington. Sostuve con él un debate en que salí victorioso.

Los conservadores enviaron a Balfour y George Asquith y Churchill para ayudarme.

Tenemos que recordar que yo conseguí mi ciudadanía inglesa el 5 de mayo de 1909.

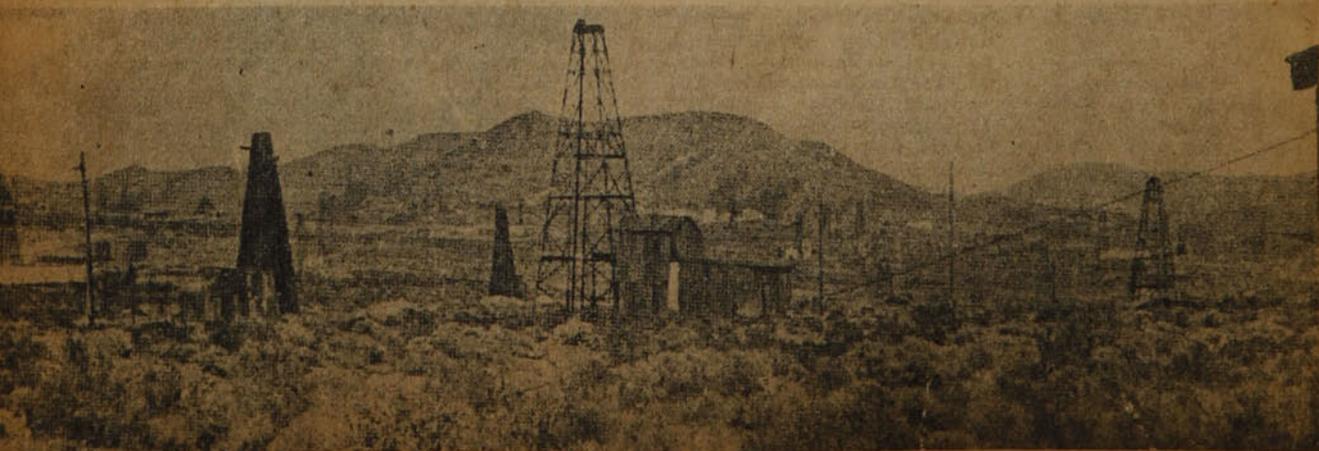
Las elecciones tuvieron lugar el 10 de enero de 1910.

La lucha electoral fué aguda. Al primer escrutinio llegué a obtener una mayoría de 16 votos. Era una mayoría ridícula y los errores posteriores hubieran podido convertirla en derrota. Pease me preguntó cortésmente.

—¿Está de acuerdo, señor Lincoln para pedir un nuevo escrutinio?

Consentí y después del recuento de votos obtuve una mayoría de 21 votos. Entonces Pea-

Me compré a mí mismo un yacimiento petrolífero y concluí varios contratos de taladraje.



se de una manera absolutamente británica me estrechó la mano y me deseó mucho éxito.

Así llegué a ser diputado de la Cámara de Comunes y he tenido intervenciones múltiples especialmente en las cuestiones aduaneras. También llamé la atención pública sobre los peligros de la política inglesa en San Petersburgo, hablaba en favor de Austria, mi patria antigua, lo que me creó muchos enemigos en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

En septiembre amenazaron nuevas elecciones generales. Yo no tuve la plata para presentar nuevamente mi candidatura, mis asuntos estaban en el más completo desorden y sobre todo esas cuestiones petroleras de Galicia. No me presenté a mi distrito electoral y emprendí viaje a Rumania.

COSAS DE RUMANIA.

Gracias a varios especialistas en la materia que logré conocer, pronto sabía bastante de los trabajos petroleros. Hice varias adquisiciones más o menos ventajosas. Me compré a mí mismo un yacimiento y concluí varios contratos de taladraje.

A base de mis experiencias en ese país podría escribir un pequeño Baedeker de Rumania...

Celebré una serie de contratos con las Cías. Steaua Romana y la Astra Romana. Encargué las maquinarias que necesitaba a los Estados Unidos. Pero cuando pensé principiar a trabajar, la administración me impidió obtener autorización de taladrar pozos. Se me explicó que no entendía lo suficiente de la materia y para remediar la situación, mis amigos organizaron un banquete en el mismo campo de operaciones futuras. La comisión numerosa allí reunida discutía entre champaña y caviar... Apenas terminado el almuerzo, encontré la autorización en mi bolsillo, la autorización de la explotación petrolera.

Como las «comisiones» iban multiplicándose me resolví trasladarme a Bucarest y actuar directamente allí para mayor simplificación de mis asuntos.

Aún estaba esperando mis maquinarias cuando estalló la segunda guerra balcánica la que seguramente no me ayudó a resolver mis dificultades. Nadie se preocupó ya. Mis máquinas estaban bloqueadas en Constanza. ¿Qué hacer?

Unas semanas atrás apareció en mis oficinas un joven buen mozo trayéndome una carta del Subsecretario del Ministerio de Comercio. La carta me dio a entender que dicho joven era estudiante de Leyes y yo sería muy amable al poder usar sus servicios por la suma de 250 leis mensuales.

Le concedí 200 leis pero la Subsecretaría insistió en 250. El joven venía regularmente a cobrar los 250 leis mensuales que yo le pagaba.

No aproveché al joven para nada. El cobraba con su sonrisa conquistadora...

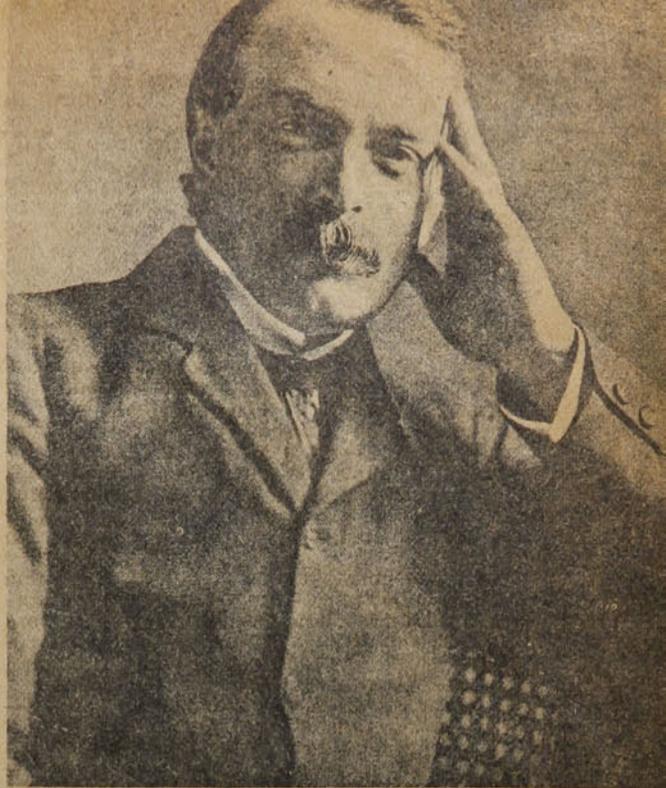
En el fondo no sabía para qué estaba pagando dicho joven, pero conocí al país demasiado para saber que aquello debía de servirme para algo, algún día...

Como ya no tenía esperanzas de que mis maquinarias llegasen a mi poder, pensé en mi joven estudiante. ¡Don! Así se llamaba. Le encargué transmitir una carta a su protector, pidiendo la liquidación rápida de mis asuntos aduaneros y el despacho de las maquinarias en cuestión. El señor Don volvió en una hora trayendo la autorización a la Aduana junto con los saludos cariñosos del señor Subsecretario.

Otro detalle. Un oficial de la Aduana me preguntó un día en la frontera si hacía mis viajes a Londres con frecuencia.

—Sí — le aseguré.

—¿Va la semana próxima?



Los liberales enviaron a Lloyd George, para que apoyara mi candidatura a diputado.

—También.

—¿Podría traerme una maletita de viaje, de cuero?

—Gustosamente.

Así hice. En cada viaje le traía algo y tenía la completa seguridad que nadie abriría mis baúles.

La noticia de doble asesinato de Sarajevo me sorprendió en plena prosperidad. Partí apresuradamente a Inglaterra.

SOSPECHADO DE ESPIONAJE.

La prensa inglesa no disimulaba. El estallido de la guerra era cuestión de horas; en los clubs, los autobuses, los subterráneos, la única conversación giraba alrededor de la pregunta: ¿Inglaterra entrará? No lo creía. Confiaba en que asumiría como siempre el papel del espectador. Esta vez me equivoqué. La entente estaba demasiado ligada entre sí, el círculo demasiado cerrado.

La noticia del ultimátum austriaco llegó a nuestro club seguido con intervalos cortos por la declaración de guerra alemana, francesa e inglesa.

¡Gente extraordinaria esos británicos! Hombres fríos y objetivos en tiempos de paz. Pero ahora los tiempos han cambiado; se desencadenaba una propaganda feroz cargada de odio y desconfianza, todos los alemanes eran bestias sinvergüenzas; los austriacos eran «boches» también... El odio penetraba por doquier, como sable afilado se infiltraba por las puertas y ventanas hasta nuestros clubs exclusivos pacíficos y distinguidos también...

En mi club, en el National Liberal Club no había sino gente culta, en su mayoría personalidades que me conocían y que me apreciaban en tiempos pasados en la Cámara de Comunes. Y esta gente juiciosa y sabia se transformaba lentamente en energúmenos bulliciosos. Me miraban con aire provocativo hablando del Kaiser, de los hunos, de los húngaros que igualmente como los alemanes aún comen carne cruda. A lo que yo respondí: «¿Quizás los

ingleses no comen sus beefsteaks crudos?» Se escandalizaron. En todas partes me encontré con caras de desconfianza y un día al llegar al club, el secretario se aproximó a mí y me solicitó no volver más. Quise abofetearlo, pero se excusó agregando: «Ud. entiende... están enojados con todos los naturalizados...»

Pronto me llamaron al Ministerio de Guerra para preguntarme cortésmente si hablaba el idioma húngaro.

—Es mi idioma materno — respondí.

—¿Se encargaría Ud., a base de un sueldo, de la censura de cartas escritas en húngaro?

—Me encargo de ella sin sueldo.

Trabajaba en el Ministerio de Guerra, pero pronto me convencí que estaban vigilando mi trabajo. Ya no tenían absoluta confianza en mí...

Esa desconfianza me exasperaba cada día más. Se manifestaba no sólo contra mí, sino contra todos los alemanes, austriacos y húngaros (en realidad, yo era las tres cosas).

Mi buena suerte intervino; mi mujer, mi suegra y mis hijos se encontraban en Bruselas al estallar la guerra. Partieron inmediatamente, mi mujer con los niños a Londres. Mi suegra a Hamburgo. Después carecía de noticias de ella. C'est la guerre. Pero a las mujeres no se les puede convencer con tales argumentos. Así fué que mi mujer insistió en que me fuera al Consulado alemán de Rotterdam para pedir noticias de su mamá.

Rotterdam no está lejos hace el viaje. El cónsul me recibió y me prometió conseguir el informe necesitado.

Ya durante mi viaje de vuelta tenía una impresión vaga que me estaban vigilando y al llegar a Londres noté la sombra que me acompañaba por todas partes. Mi viaje a Rotterdam fué la causa, ya que esta ciudad era el punto central del espionaje de ambos bandos.

Lo que esperaba. Llegó. Un día me citaron a la oficina de espionaje del Almirantazgo. Un oficial poco amable me preguntó si conocía al cónsul alemán en Rotterdam y me mencionó un nombre equivocado. Lo rectificó y pareció muy contento.

Me preguntó dónde estaba mi mujer, cuál era la profesión de mi padre, cuánto tiempo pasé últimamente

en Hungría. Mencioné el día de mi salida de allí. «Se equivoca en dos días» — me dijo sonriendo el oficial. Me dejaron ir.

Algún tiempo después me volvieron a llamar al Almirantazgo con instrucciones de llevar mi pasaporte también. No me alarmé, ya que sabía que se estaban renovando los pasaportes vencidos.

Cuando entré en la oficina de un tal capitán Hall, noté a dos agentes que me miraron en forma sospechosa como si estuvieran pre-

No sabía de qué iba a vivir en los Estados Unidos. Al pasar la estatua de la Libertad, estaba decidido a dedicarme al periodismo.

preguntando al capitán si debían arrestarme.

Pero el capitán Hall me dijo simplemente:

—Su pasaporte, por favor...

Tomó mi pasaporte en sus manos, lo miró largamente, sonrió, me volvió a mirar y me dijo sin quitar su mirada de mí: «Válido para tres días más...»

Me devolvió mis documentos y me entabló conversación:

—Ud. está en relaciones estrechas con Alemania y Austria aun, ¿verdad? Y aun sigue escribiendo cartas para allá, ¿cierto?

Después agregó:

—Está bien...

Salí.

En la escalera reflexioné. ¿Qué significaría eso de «válido para tres días más»? ¿Me dejarían aun tres días para huir? Entonces el momento ha llegado. O quizás sugeriría que no tenía posibilidades de escaparme. En este caso, el asunto era aun más urgente...

Apenas tenía suficiente dinero para comprar un pasaje a Nueva York y dejar algo a mi mujer asustada.

Encontrándome al fin en alta mar, respiré libremente.

No sabía de qué iba a vivir en los Estados Unidos. Pero me quedaban aun cinco días para reflexionar. Al pasar la estatua de la Libertad, el símbolo de la Nueva América, estaba decidido a dedicarme al periodismo.

Sólo existe una manera para un periodista de llegar a ser célebre: buscar las sensaciones...

Ya tenía unos artículos sensacionales contra la Entente, sugeridos por mi sed de venganza contra Inglaterra. En ellos demostré y mi demostración no careció de bases, que la Gran Bretaña provocó la guerra mundial sólo y únicamente obediendo a razones materiales y egoístas. Afirmar la responsabilidad unilateral de Alemania era según mi parecer, falsear la historia.

Todo esto fué lo suficiente sensacional para interesar al público norteamericano y pronto pude enviar una suma gruesa a mi mujer, habiendo entretanto atraído el odio mortal de todos los ingleses por mis artículos.

He leído varias veces en los periódicos ingleses que se me haría arrestar en Nueva York y me preguntaba con curiosidad, cómo podrían hacerlo, ya que los Estados Unidos aun se mantenían neutrales.

T. TREBITSCH-LINCOLN.

(Continuará).





Los hindúes escogen la flor de loto para simbolizar la perfección y la sabiduría. Es otro sistema de apreciar la vida. En cambio, aquí vemos una hermosa mujer que mira fijamente, bajo hermosa agabia, con la certidumbre de aceptar el mundo con todos sus atractivos y espinosas enercujadas.

YUJU



— *“es mi confesión. Cuando la hayas concluído de leer, te irás de aquí . . .”*

En este número:

“Un sueño de amor”

Yuju

M. R.
Es propiedad.

Año I. N.º 2



BIBLIOTECA
CHILE
SECCION 7
DIARIOS, PERIODICOS Y
REVISTAS CHILENAS

0.60



Señorita: Cómo quieren los hombres que usted sea

Consejos de Don Juan

DESPUES que una mujer ha buscado su silueta, no significa que confiadamente puede lanzarse a la conquista del novio; existe la otra silueta, no menos importante, la del hombre. Una acentuada desproporción y cualquiera de los dos entrará a calificar una serie de «defectillos» que todos tenemos y que fatalmente se convierten en fuerza disgregadora.

Supongamos cumplido este primer requisito. Veremos a la pareja aislarse, buscar sitios que predispongan a la conversación íntima y... por qué no decirlo, a las caricias. Aquí, en esta segunda etapa, juegan importantísimo rol, dos factores: la conversación y el arreglo de la cara y manos.

¡Qué conversar! He ahí un problema que se le presenta a todos los hombres. Y no se crea que es por falta de cultura o de tema, sino que por un fenómeno fácil de explicar. Todos, cual más, cual menos, trabajan durante el día y a esa hora que con impaciencia se espera y en la cual se va a estar al lado de la mujer con que se ha simpatizado, el cerebro, por las fatigas del día, pide un descanso y sobreviene la angustiosa situación de no encontrar nada que decir. Casi siempre este vacío mental se vence mediante un esfuerzo, pero a todos termina por disgustarle o aburrirles ser ellos los únicos quienes tomen la parte activa de la conversación, para que su compañera se limite a responderles. Otras veces, el desconocimiento de los gustos o aficiones de su interlocutora le impiden explayarse. Y una primera cita que pudo ser todo un encanto, termina por «latare» a ambos y... por alejarlos.

Muchas lectoras se habrán preguntado una infinidad de veces. ¿Por qué la Fulana siendo más fea que yo, tiene más admiradores? La respuesta es muy sencilla: todas aquéllas que se ven cortejadas de preferencia, saben conversar. Ellas mismas ponen el tema y la conversación, la guían a donde les conviene o les parece. Los jóvenes se sienten felices, porque, sin darse cuenta, creen que están haciendo un lucido papel, pues los conceptos y las palabras

les fluyen con facilidad y son, entonces, un poco más atrevidos e insinuantes... o sea, lo que busca toda mujer joven que se aleja del bullicio, para sentir más cerca al que desea conquistar.

Aquéllas que creen que sólo el hombre debe tomar la iniciativa en todo, sufren una gran equivocación y piensan como nuestras abuelas que tenían toda la razón para esa época tranquila y conventual, pero que hoy día ha cambiado radicalmente, para convertirse en un semillero de grandes y pequeños problemas. La tranquilidad sólo la pueden disfrutar — si es que esto sea posible — las mujeres, y ellas deben darse cuenta del momento que vivimos, para saber insinuarse y para llevar inteligentemente todas las fases de las primeras entrevistas. De éstas depende todo el futuro...

Saber maquillarse es un arte difícil que requiere práctica y buen gusto. No es seguir a ciegas lo que tal o cual actriz hace, porque se cae en el grave defecto de perder el carácter y la personalidad natural que dan las facciones. Corregirlas o acentuarlas un poco, según sea el caso, es lo cuerdo. Nada produce más mala impresión que tener ante sí una cara a la que se sabe de antemano no se va a poder rozar sin peligro de quedar pintado. Aparte del desagradable, la imaginación del hombre juega su papel y ve, en su mente, aquel rostro recién levantado con una palidez cerosa de persona enfermiza. Estos pensamientos, la cortesía impide demostrarlos, pero se sienten y nos alejan. En cambio, un retoque de facciones hecho con habilidad, gusta y es elogiado, por lo menos, en los fueros internos de cada uno. Siempre he creído que no tiene objeto un exceso de rouge, cuando la dama ha hecho su conquista. Es una fina gentileza evitarle al amigo o al novio rojeces delatoras en la cara que sólo conducen a malos ratos, cuando por descuido no se tuvo la precaución de limpiarlas. El ideal es que todo fuese natural y para ello nada mejor que el deporte y la gimnasia; pero... es esta una receta que a la mayoría — para su mal — no les agrada seguir.

DON JUAN

SANTIAGO DE CHILE, 4 DE JUNIO DE 1935.

SUMARIO:

UNA MUJER FATAL. — Hay seres predestinados desde su nacimiento, para llevar el placer y el dolor a todos los que giran dentro de su órbita: son las mujeres fatales, a quienes el público las ha bautizado con el nombre de "vampiresas". Este cuento trata de uno de estos casos, que no por ser frecuentes, dejan de poseer su interés.

LA NOVELA DE UNA MUJER DE MUNDO. — Esta serial que iniciamos en nuestro primer número, entra a su faz más interesante, pues la heroína del relato comienza a vislumbrar las posibilidades que tiene ante sí una mujer de mundo.

LA MUJER EN EL SOVIET. — Es una relación imparcial de un periodista francés que fué a Rusia y vió a las mujeres de hoy día, tan distintas en sus apreciaciones de la vida y del amor, en relación al resto del mundo. Es un relato apasionante, por la novedad que nos muestra, acostumbrados como estamos a ver las cosas de Rusia, bajo prismas interesados.

LA MASCARA DE LOS CONQUISTADORES. — Es curioso que casi todas las conquistas de la Ciencia y al mismo tiempo de los países, se hayan ejecutado por hombres que han debido usar máscaras. Esta crónica trata sobre este hecho.

ADEMÁS:

Señorita, cómo quieren los hombres que usted sea (Consejos de Don Juan).

Curso de corte y confección.
Los mejores tejidos.

LA DOMADORA. (Cuento).

JUVENTUD. (Cuento).

EL MAS AUDAZ DE LOS AVENTUREROS.

Seis modelos de "YUJU", en trajes y abrigos, que se caracterizan por su sencillez y elegancia. Dos de ellos con sus moldes respectivos.

¡YUJU!

ROMPIENDO la monotonía de este ambiente, como el grito que fuese el despertar de un entusiasmo, "Yujú" ha recorrido los barrios de la ciudad y las provincias del país, llevando una nota moderna de inquietud y alegría.

Es legendaria la tristeza conventual en nuestras actividades. Todo lo pensamos y ejecutamos en forma grave, como si la vida no tuviese otra cualidad que la de aburrirnos; y fuera de alguna que otra película o de algún libro interesante, nada hace variar este ritmo monótono que se infiltra en nuestro ser, como ácido que corroiera nuestro espíritu.

Es por esto que "Yujú" ha merecido el favor del público y su acogida superó todas nuestras expectativas, agotándose la edición en pocas horas.

Esta demostración viene a convencernos de que existía la necesidad de una publicación como ésta a la que consagraremos todo nuestro entusiasmo.

Queremos que las páginas de "Yujú" sean la expresión de la vida moderna liberada de prejuicios y abierta siempre a todas sus manifestaciones.





UNA MUJER FATAL

POR
DONALD
DAVISON

Un día descubrió a su hija en conversación con uno de los alumnos en un dormitorio vacío...

EL director del colegio, D. W. King, era un hombre severo pero desprovisto de imaginación. Así, el día que descubrió a su hija Winifred, en conversación con uno de los alumnos, Mollis, en un dormitorio vacío, no los castigó al uno y a la otra sino porque en ese momento debían de haber estado en el parque, porque era la hora del juego. Jamás habría podido suponer que Winifred estaba enamorada de Mollis y trataba de conquistarlo.

Era la época de vacaciones, y en este colegio del condado de Kent, en Inglaterra, no quedaban más que unos cuantos alumnos cuyos exámenes habían sido malos, o cuyos padres habitaban lejos. Los de Mollis andaban por las Indias y no debían de volver antes de mucho tiempo.

Winifred tenía entonces quince años. Era rubia, alta, ya formada. Un brillo inquietante pasaba a veces por sus ojos. Nadie habría podido concebir que tuviera un carácter distinto al de toda muchacha inglesa, bonita, habituada a una vida sana, libre de preocupaciones. Ni en su madre, que compartía su vida entre sus cinco hijos y la administración del colegio, ni en su padre, cuya bondad y respeto por la disciplina parecían los rasgos más salientes, se hubiera podido descubrir algún indicio que permitiera prever en la joven una sensualidad ya desarrollada o un carácter un tanto anormal.

Reflexioné en esto más tarde. En aquel mo-

mento, mis dieciséis años no me habían permitido el menor análisis.

Mollis tenía mi edad. Era bastante alto, bronceado — marca imborrable de su infancia en las Indias —, y habría podido pasar por muy hermoso, si no hubiera sido por la fragilidad de sus miembros y su apariencia casi enfermiza. Este conjunto debía haber atraído a Winifred, esa mezcla de belleza y de debilidad y también sus ojos, que los tenía de un amarillo muy claro que parecían anormalmente brillantes.

Bien poco tiempo le hizo falta a Winifred para desencadenar la pasión de este niño, y, una mañana, Mollis, que comenzaba a asustarse, a temer las responsabilidades y a exagerarse el escándalo posible, me confesó que era su amante. De sus declaraciones me fué fácil deducir que ella lo había provocado, que se le había ofrecido, y que en seguida se encarnizaba irritando sus celos. Por otra parte, la veía a menudo con uno de mis mejores amigos, Gilbert, delantero de nuestro equipo de football. Era un buen muchacho, atlético, de ojos azules, pero de una inteligencia menos que mediana. Se creyó amado, y cuando ella le permitió besarla — en la esperanza de que Mollis lo sabría —, se persuadió encantado que era el elegido, el hombre que ella esperaba, y soñó con ella en la noche. El azar quiso que soñara en alta voz y que Mollis fuera despertado con sus angustias. Sus celos se encontraron motivados, y, por esto mismo, decuplicados.

No pensaba yo, sin embargo, que tuviera la impudicia o la debilidad de entregarse a Gilbert. Pero lo hizo. Fué una tarde, en el parque, detrás de esos mismos arbustos en que probablemente había tenido a Mollis en sus brazos, y yo los vi por casualidad. Seguramente le confesó su intimidad con Mollis, porque aquella noche vi llegar a Gilbert con aspecto sombrío, echando una mirada lúgubre hacia la cama del otro.

A pesar de esto, no hubo drama, por lo menos entonces, y momentáneamente me desinteresé del asunto, pues Mollis, que cada vez se encerraba más en sí mismo no me había vuelto a hablar de eso.

Comenzaron de nuevo las clases. Jugábamos partidos de football entre dos equipos: azul y rojo. Stuart Martin era capitán del equipo en que jugábamos los tres, Gilbert como delantero, Mollis como guardavallas, y yo como zaguero.

Desde algún tiempo atrás sentía que algo se estaba urdiendo, algo terrible. Gilbert había debido ser abandonado por Winifred y hacia responsable de ello a Mollis. No perdía ocasión de serle desagradable o de burlarse de su constitución de muchacho hermoso sin fuerzas. El pobre era incapaz de defenderse, pero ni él ni su adversario se habían dado cuenta de la maldad fundamental de la muchacha ni de su extravagante deseo de posesión.

El drama tuvo lugar un sábado. Winifred era, en ese momento, la querida de cuatro de nosotros. Yo lo había adivinado, y estaba estupefacto de su astucia para infringir nuestro horario cotidiano y la rigurosa disciplina a que estábamos sometidos. No me imaginaba cómo había podido encontrar el tiempo para seducirlos, la ocasión de convertirse en amante de ellos, y sin embargo, yo estaba seguro de que ahora lo era de Stuart Martin y de George Vincent, nuestro profesor de alemán y de deportes, un muchacho que tenía apenas diecinueve años y a quien queríamos mucho. Debían de vivir en atroces trances, y yo notaba sus ojos inquietos cuando entraba a una clase Mr. W. D. King.

Aquel sábado jugábamos entre nosotros, equipo azul contra rojo. Yo había tenido la suerte de detener un ataque de los delanteros enemigos y me felicitaba de ello porque Mollis, delante de su red, parecía poco seguro de sí mismo y más ausente que de costumbre. Winifred debía haber encontrado alguna manera de perseguirlo y parecía estar fuera de sí. Temía que cometiera alguna locura.

Trataba de detener un nuevo ataque, cuando me di cuenta de que Mollis no

estaba en el arco. Hice lo que pude en el juego, y en seguida corrí hacia el bosque de junto a la cancha, y salté la barrera que lo separaba.

A unos cuantos metros de allí, un hombre, ensangrentado, estaba tendido boca abajo, inmóvil. De pie ante él, Winifred, medio desnuda y extraviada, y Mollis petrificado y como muerto, no se atrevían a moverse. Me precipité hacia el cuerpo: era Georges Vincent. Vivía. Mollis debió haberle lanzado el hacha que veía a su lado, pero sólo le había atacado el cuero cabelludo, que sangraba abundantemente. Como Vincent, siempre desvanecido, me parecía estar herido levemente, me dirigí a Mollis y le dije que volviera a su puesto y no dijera nada. Se fué, absolutamente entontecido. Miré en seguida a Winifred, todavía tan desvestida e incapaz de moverse, y le dije más o menos lo mismo, agregándole que se quedara un poco tranquila, pues sin eso las cosas se complicarían.

Vincent volvió en sí, y una vez que lo vendé en su pañuelo y el mío, se puso a reír furiosamente. Le prometí que todo quedaría en secreto y le pedí que contara que se había herido él mismo. Se puso en pie y se fué, siempre riéndose, pero pensé que no iría a contar a todo el mundo su aventura y su pequeña novela.

Seis años después, cuando todo esto estaba bien lejos de mí, la encontré una noche en Montparnasse. No la reconocí en seguida, porque, si había crecido poco, su cuerpo se había convertido en el de una hermosa mujer, y había en él color de su rostro, en el peinado, en toda su persona, algo de sonriente y de triste a la vez, que admiraba y desagradaba un tanto. Ella me reconoció sin titubear, y oí que la llamaban Wyne. Como no manifestó deseos de hablarme, continué desentendiéndome, pero, al salir del bar en que nos encontrábamos, vino hacia mí:

—Estoy contenta de verlo. ¿Me puede invitar a almorzar?

Desde luego, no acepté sino para oír hablar un poco de nuestra común infancia, de Mr. W. D. King y de todo aquello. Yo pasaba ante ella por salvaje, de espíritu extraño, y muy independiente. Se interesaba en mí o más bien en que yo me interesara por ella, pero si me hu-

Al cabo de un mes se convirtió en mi querida y ese día lloró en mis brazos, con tanta belleza en los ojos...



bieran dicho que soñaba con amarrarme a su persona, me habría parecido ridículo.

Al cabo de un mes, y aunque no me hubiera preocupado de hacerle la corte, se convirtió en mi querida. Aquel día lloró en mis brazos, con tanta belleza en los ojos y una voz tan infantil, que creí todo lo que me dijo. No sentía por ella pasión alguna, pero me ocupé de ella, que era lo que quería. Durante algunos días todo marchó bien, pero después me encontré de manos a boca, en una agencia de viajes, con Georges Vincent. En unos instantes, el pasado me saltó a la vista. Evité pronunciar el nombre de Winifred, pero él me habló de Mollis y me contó su suicidio, provocado por ella, y que él por su parte la había huido, no sintiéndose ya en seguridad dentro de la atmósfera de sensualidad criminal que propagaba.

Volví a mi casa, absolutamente desconcertado. Wyne me había dejado un recado, pidiéndome que la esperara al día siguiente en un restaurante al que íbamos con frecuencia. Me cuidé de ir, y no volví a mi habitación, para el caso de que ella hubiera venido a buscarme. Pero, al rededor de la medianoche, cuando me encontré en el bar del Océano, ella entró... No la saludé. Era el mejor medio de llamar su atención, pero no había pensado en eso. Me dirigí miradas inquietantes. Como iba acompañada, no contesté, y abandoné el bar.

A la mañana siguiente, a las diez, estaba ella en mi casa. Sin mencionar a Georges Vincent, le conté lo que sabía de su conducta después de mi partida y le reproché sus mentiras, su comedia. Ni siquiera se mostró sorprendida de estos descubrimientos, negó, explicó, acusó, perdonó, con una voz tan llena de tiernas inflexiones y de dulzura, que de nuevo fui víctima de su asombrosa facultad de hacer verosímiles las más grandes mentiras.

Si la despedí, rogándole que no pusiera más los pies en mi casa y advirtiéndole de que pondría a los amigos al corriente de sus aventuras, sólo fué por precaución y por ponerme a salvo de toda catástrofe. Creía, por otra parte, porque sabía que era peligrosa y había notado que varios de mis amigos por lo menos le rendían admiración, ponerlos suficientemente en guardia al contarles lo que había pasado cuando Wyne tenía solamente quince años y había causado la muerte de uno de mis camaradas.

Era esto, a la vez, no darse cuenta del encanto de sirena que sabía desarrollar, y de la ingenuidad de que un sér es capaz cuando ama. Así fué con el primer llegado, que no fué otro que el amigo a quien yo había puesto más en guardia, ya que era uno de los mejores. Se aprovechó de un viaje que hice, y, cuando volví, un compañero me reveló el nuevo drama. ¿Qué objeto era el que perseguía Wyne? ¿Vengarse de mí tomando a uno de mis amigos, que no podía menos que alejarse de mí y tomarme mala voluntad, por poco orgullo que tuviera o si ella le contaba cualquiera perfidia? Así lo pensé. Alguien me dijo que así ella quería conservar conmigo un posible contacto.

Cualquiera que fuera su propósito, se casó con Seymour Delatasse y yo por el momento nada supe, pues partieron en viaje.

Por lo demás, no ví a los nuevos esposos durante varios meses, y, si me había desembarazado de esta espantosa seductora, me sentía penoso de no ver a Seymour, y no podía admitir que, después de muchos años de una completa amistad, me hubiera abandonado por una mujer en la cual a veces habría de medir la diabólica facultad de invención y la natural impureza.

Me imaginaba, no obstante, que los dos ha-

A dos pasos de él, Winifred, medio desnuda, no se atrevía a moverse.

bían de encontrarse nuevamente en mi vida, pero no podía llegar hasta imaginar las circunstancias de ese acontecimiento, que llevaron la marca de Winifred y de su natural perversión.

Al cabo de cuatro meses escuché, en el teléfono, la voz de Seymour. Disfracé la mía:

—Se ha suicidado — decía Seymour.

—¿Quién?

—Wyne.

—¿Cómo?

—Reclama tu presencia, ven luego.

Y me dió la dirección. Corrí allá, creyendo que hacía bien. Pero todo no era más que comedia: veronal ingerido en dosis no precisas, su actitud en el lecho, la sonrisa de mártir.

Desde que pude tranquilizar a Seymour, no pensé más que en la continuación de la historia, buscando qué nuevo drama iba a inventar.

Algún tiempo después, fué a reposar del «accidente» en el campo, y Seymour, preocupado de su trabajo, no pudo acompañarla. Cuando la veía, yo pensaba en que cualquiera cosa que ella hiciera o inventara, cualquiera mentira que le dijera, él continuaría amándola, pensando en ella a cada instante y soportando difícilmente su ausencia.

Winifred, por su parte, aprovechaba su ociosidad, seducía, lloraba y conquistaba. Tuvo la mala idea de conquistar a un joven ingeniero, de educación burguesa, rebosante de principios y que rendía culto al honor. Casi lo volvió loco.

El joven tenía el culto de las convenciones hasta tal punto que la creía virgen, pues ella no había hablado de su marido, y quería casarse con ella. Un día, en circunstancias horribles, se dió cuenta de su error. En el hotel en que vivían, encontró a Wyne en galante conversación con un atleta de paso.

De vuelta en su pieza, no podía creer en ello. Se acusó de haber imaginado la escena; y, en seguida, determinado a arriesgar su amor de una sola vez, entró al cuarto de ella, y, viéndola sola, se arrojó sobre ella. No opuso resistencia alguna: a Winifred le parecía que eso era natural.

—¿Y era ésto? — pensó decepcionado el ingeniero, que creyó encontrar una virgen...

RONALD DAVISON



La novela de una mujer de mundo

EN los bailes conocí a Bertrand F... Este hombre joven, de gestos ya solemnes, era hijo de una amiga de colegio de mi madre, habitante de provincia, que nos había pedido iniciáramos a Bertrand en el mundo, para evitarle malas compañías. Mi madre, que no me habría permitido recibir a un joven en la casa, hizo invitar a Bertrand donde unos amigos que visitaba con frecuencia, los B... Aquella noche, Philippe, retenido en otra parte, no me acompañaba. Bertrand bailó conmigo, y aunque se notaba al provinciano, no era tanto. Me hizo una corte discreta, de joven bien educado a una muchacha en quien ve una compañera futura. Volví a verlo bien a menudo, y, cuando pidió mi mano, sabiendo que, sin dote, me sería muy difícil casarme, acepté, sin amor, convertirme en la señora Bertrand F... Bertrand ganaba suficiente dinero, era dueño de un auto, y esto no dejó de hacer influencia en mí, pues vivíamos en una forma demasiado sencilla para mi gusto. Por lo demás, sabía que el matrimonio — y esto en todos los círculos — es el único pasaporte válido para las muchachas.

La ceremonia fué celebrada en la más estricta intimidad. Lili era una de mis damas de honor, y Philippe escoltaba a la hermana de mi marido. Los dos parecían compadecerme de haber tomado un partido tan resueltamente burgués, y que, según creían, los iba a hacer alejarse de mi existencia. No me imaginaba entonces que continuarían desempeñando en mi vida el papel perturbador que les había señalado el destino.

Obedeciendo a la tradición, que quiere que casi todos los hijos sean engendrados en Italia, partimos en viaje de bodas al Lago Maggiore. La víspera de mi matrimonio, mi madre había venido a besarme en mi cama y me había dicho:

—Pequeña mía, tal vez tu marido te pedirá esta noche cosas que te admirarán... Déjate hacer; tú comprenderás más tarde...

Y estalló en sollozos. Si entonces no hubiera estado regularmente advertida, esas palabras podían haberme inspirado un temor y una repulsión imposibles de dominar.

Bertrand me creía completamente inocente, y como físicamente, más bien me agradaba, y además como desde mi compromiso con un joven tan bien educado estaba sometida a un régimen de castidad rigurosa, me fué difícil ocultarle el placer que me causaban sus caricias, a pesar de lo poco hábiles por la impaciencia. Su gentileza, su temor de herirme, y al mismo tiempo el ardor de un temperamento que no había debido gastar en numerosas aventuras, todo aquello me hizo augurar bien de nuestra unión.

Seis meses más tarde, estaba instalada en un pequeño departamento de la rue de la Pompe, y cumplía

Allí vi mujeres que hacían cosas extraordinarias.



con la misma convicción, mi deber conyugal y mis obligaciones de dueña de casa. Todo para mayor alegría de mi marido. Sin embargo, a veces me ponía a pensar que esta apacible vida no siempre me contentaría, y observaba con curiosidad a las mujeres que estaban a mi alrededor. Las había de todas clases: unas, esposas de ingenieros, compañeros de mi marido; otras, amigas de liceo o relaciones de veraneo, esposas de industriales, de grandes comerciantes, de médicos, de hombres que trabajaban en la "Bolsa", sin que se supiera bien en qué. Según sus medios, tenían dos o tres sirvientes, un auto, grande o pequeño, joyas verdaderas o pieles de imitación, pero poseían un rasgo común: no trabajaban.

Poco tiempo después de mi matrimonio, había sido admitida en la intimidad de tres mujeres: Lise, Jacqueline y Francisca, que, aunque muy diferentes en fortuna y medios, parecían unidas por los lazos de una verdadera amistad, fenómeno raro entre las mujeres. Nos reuníamos unas veces en la casa de cada una, o donde Rumpelmayer, o donde Boissier. Para hacerlas hablar más, me hice tan ingenua como era posible, adivinando que, para "desasnar" o para deslumbrarme no titubearían en contarme secretos que hubieran ocultado a una mujer más avispada, y por lo tanto, más peligrosa.

Las tres hablaban sin ningún recato de su vida física, y contaban acerca de las horas, de las luces que sus maridos consideraban más favorables al amor, y sobre sus predilecciones personales, algunas confidencias cuya crudeza me desconcertaba. Como todas las verdaderas voluptuosas, creo, yo era púdica en palabras, y pronto adiviné que si mis nuevas amigas estaban tan visiblemente obsesionadas por los detalles íntimos de su vida conyugal, era porque ésta no les daba plena satisfacción.

Francisca estaba casada ya hacía tres años, tenía dos hijos, y vivía en el constante temor de una tercera preñez. No me ahorraaba ningún detalle de sus penosos episodios, y agregaba suspirando:

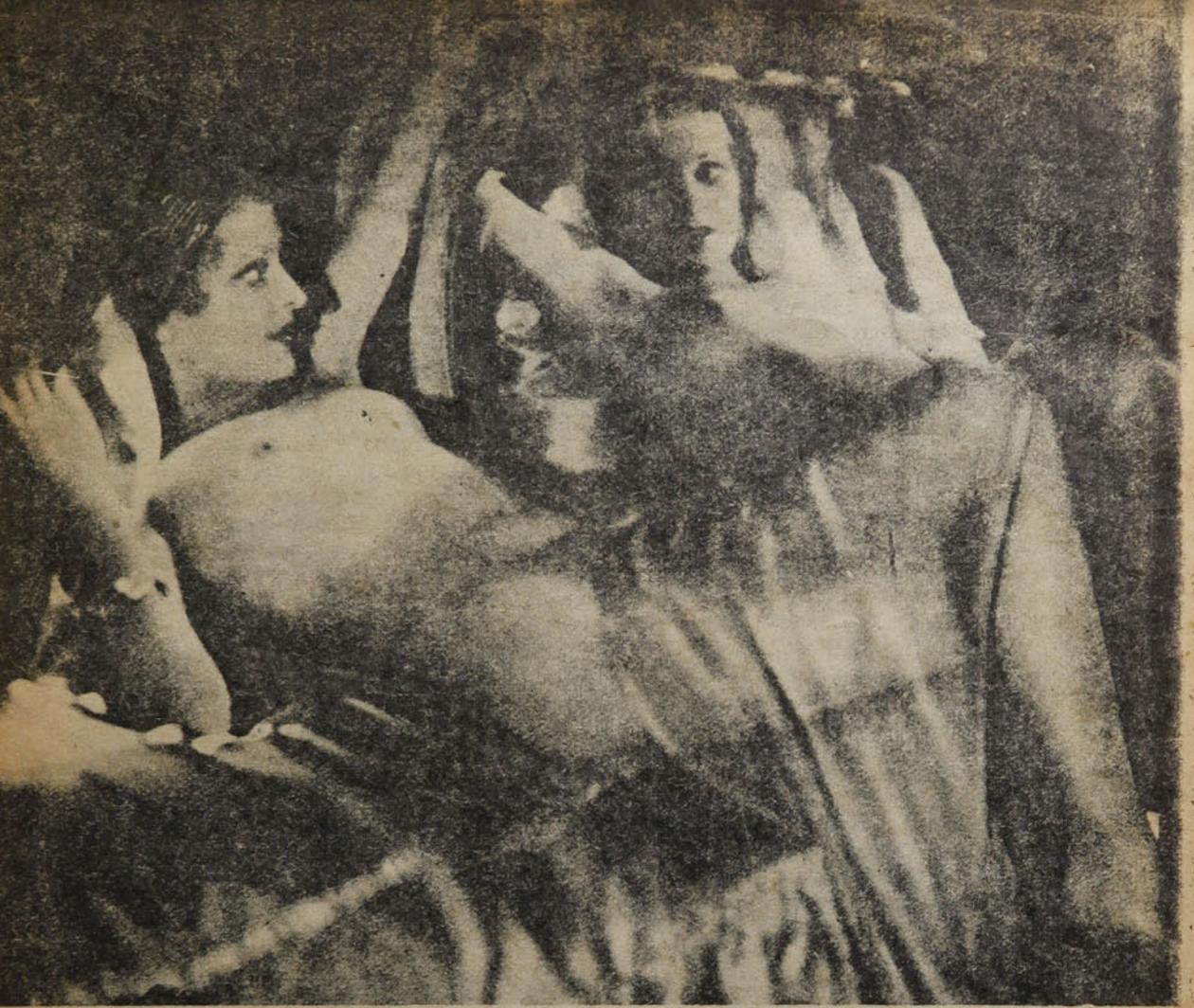
—¡Si a lo menos, como otras, hubiera tenido antes el placer! ¡Pero ni siquiera eso!

El temor de la maternidad le quitaba todo abandono, la dejaba inquieta en el momento en que debía entregarse a las sensaciones presentes. El marido, torpe, jamás le había hecho compartir su placer, que ella encontraba bestial y repugnante.

—Y sin embargo — agregaba —, no me atrevo a negarle nada, por temor de que tome una amante. Paul se lamenta de que sea tan fría, y, como le dije que todas las mujeres eran como yo, me llevó un día a cierta casa especial para demostrarme que eso no era cierto. Allí vi mujeres que hacían cosas extraordinarias... No comprendo cómo eso es posible. Paul había bebido, y a toda costa quería que



Poco tiempo después de mi matrimonio, fui admitida en la intimidad de tres mujeres casadas: Lisa, Jacqueline y Francisca, las que me hablaron sin ningún recato de su vida física.



Lisa había olvidado una de sus prendas íntimas de vestir en una garconiere...

una de esas mujeres me diera una lección; pero me he escapado...

¡Pobre Francisca! Un día telefoneé a Philippe, a quien veía de tarde en tarde, a escondidas de Bertrand, por cierto.

—Ven el jueves, alrededor de las seis — le dije. — Bertrand no volverá hasta muy tarde, y querría hacerte conocer a alguien.

—¿Para un matrimonio? — preguntó riéndose.

—Casi — le contesté.

Llegado ese día, le presenté a Francisca, les ofrecí licores y cigarrillos, y pretextando un quehacer urgente, los dejé solos. Cuando volví, las botellas habían sido vaciadas, el diván estaba en desorden y la mitad de las luces estaban apagadas. Francisca parecía muy animada, con algo de asustada, y Philippe tenía esa sonrisa irónica y un poco cansada que yo bien conocía.

Francisca y Philippe se fueron juntos. Debió ella ser una alumna aplicada y capaz de ciertas iniciativas, porque, un tiempo después, al felicitarla por una nueva sortija que tenía, me dijo.

—Me la ha dado Paul. Considera que ahora me he hecho más mujer, que lo comprendo mejor... Y te diré que ya no tengo miedo de tener hijos. He descubierto que hay medios de amarse harto agradables y de ningún modo peligrosos.

Lise tenía un marido mucho mayor que ella, sin hijos, gastaba mucho y deseaba "gozar la vida". De mis tres amigas, ella era la más reticente. Durante largo tiempo se escapó a mi curiosidad, que adivinaba. Una mañana me telefoneó: eran apenas las nueve.

—Nicole — me dijo con voz angustiada —, ¿tienes todavía uno de esos calzones de jersey que compramos juntas?

—Sí. ¿Por qué?

—León acaba de salir, estará en tu casa en un cuarto de hora, y te pedirá un calzón que le he dicho se me quedó en tu casa olvidado al probarme una combinación de la cual tú debías prestarme el modelo. Haz como que sabes el asunto y dale uno de tus calzones. Después te explicaré.

Instantes después me anunciaron que León estaba en el salón.



cuidar del pago, pues todo estaba arreglado.

Ya que he prometido ser franca, diré que, si bien el carácter exótico de la aventura me tentaba, no fui definitivamente conquistada por el encanto negro. Es la primera y la última vez que he dejado que se me acerque un hombre de color.

Francisca me había hecho sus confidencias... Vivía en un constante temor a la maternidad.

—Buenos días, Nicole. Me ha dicho Lise que pase a buscar un paquete.

—¡Ah, sí!, el calzón que se le quedó aquí. Parece que su esposa no tiene muchos...

Cuando Lise y yo nos encontramos, me contó lo ocurrido. Por casualidad, León la había visto cambiarse ropa y colocarse el calzón. En la noche, por inadvertencia de ella, el marido se había dado cuenta que no lo tenía.

Dos días después, Lise, muy elegante, vino a buscarme. Después de algunas correrías, despidió al chauffeur. Fuimos a un dancing arreglado en forma exótica, en que una orquesta de la Martinica tocaba endiabladas rumbas. Esta música era aprovechada por inmensos negros, inquietantes, para hacer bailar a damas en general un poco maduras y no muy bellas. Nuestra entrada causó sensación. Nuestro aspecto desentonaba en este ambiente.

Apenas nos habíamos sentado, los más hermosos bailarines del establecimiento vinieron a invitarnos. La danza, tal como la comprenden estos negros, es una especie de posesión parcial, que pone los nervios en un estado horrible, si no ha de ser seguida de relaciones amorosas más completas. Veía a Lise como en un ensueño, inconocible por el deseo. Formamos dos parejas, Lise pagó el consumo, dió una propina generosa y salimos los cuatro.

Llegamos a un hotel extraviado, donde Lise parecía ser conocida. Pidió dos piezas. El aire libre había disipado un tanto mi ebriedad sensual, pero la curiosidad y el miedo de aparecer como timorata, me impidieron retirarme, y subí la escalera tratando de imitar el aspecto natural de Lise, quien me dijo que, cuando hubiera terminado, me fuera sin esperarle y sin

esta experiencia, hará comprender al lector que el matrimonio no me había hecho más amorosa que antes de mi marido. Nos entendíamos bien, y eso era todo.

Philippe, de quien Bertrand había estado muy celoso al comienzo de nuestro matrimonio, experimentaba un placer irónico al decirme horrores de mi vida burguesa.

—El día que quieras divorciarte — me decía — estoy a tu disposición para un delito flagrante. Somos viejos amigos, y tendría un gran placer en hacerte este pequeño servicio.

(Continuará).



Cuando volví algunos días más tarde, estaban ellos encantados de la vida....

LA MUJER EN EL SOVIET

POR NADYA DE SOUSA, ENVIADA ESPECIALMENTE POR UNA DE LAS PRINCIPALES REVISTAS FRANCESAS A RUSIA.

El encanto eslavo, los misterios del alma rusa, los atractivos peligrosos de la mujer rusa aun forman temas de piezas teatrales, de películas parlantes y novelas, de conversaciones callejeras y domésticas, treinta años después de la moda de la novela rusa.

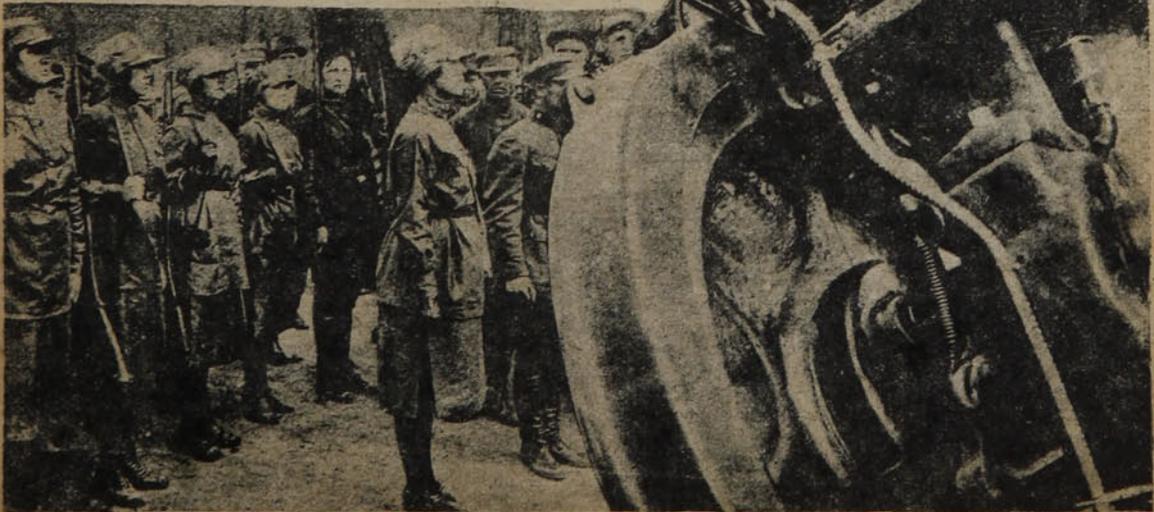
Los hombres hablan de la mujer rusa con una mezcla de curiosidad y escalofrío, las mujeres con el odio con que tratan generalmente a la "extranjera" que significa para ellas una competencia peligrosa, ya que la rusa es 1000% mujer y es la quintaesencia de la extranjera, misteriosa y embustera.

Aconsejo sinceramente a todas las madres que tengan preocupaciones por la virtud de sus hijas, enviarlas a la U. R. S. S. Por toda Europa, en París, Berlín, Viena o Londres, se encuentran muchas rusas desgraciadas y fatales, princesas o hijas de un general de la guardia imperial del Zar y esposas de unos señores bien

En la inmensa cantera que es hoy día la Unión Rusa de los Soviets la mujer, que ha perdido toda su gracia femenina, se ha igualado a los hombres y, como éstos, se ha hecho esclava de la fábrica y del ejército.

que no hacen nada. A veces canta ella romanzas gitanas, tiene imágenes de santos bizantinos por todos los rincones de su pieza de hotel, retratos de la familia imperial por las paredes, un frasco de perfume chanel número 13 sobre la chimenea y en alguna parte miles de chucherías entremezcladas con boletos de todas las casas de préstamos de Europa. A veces es costurera, a veces se le ve en los restaurantes más elegantes sin saber uno si atiende las mesas o es cliente del local. Es elegante, pulida, perfumada y no tiene esa preocupación de nuestras mujeres, tan saludable para el presupuesto al fin del mes, de no vivir fuera de sus marcos económicos y adquirir lo necesario únicamente.

Por lo tanto todo el mundo parece saber que a la verdadera rusa, cualquiera que sea su color político, se le reconoce por sus calidades inconfundibles en cualquier rincón de la tierra; que no paga sus deudas jamás y mira con desprecio la gente que hace sus economías. Esto parece ser la razón porque las francesas llevan medias de hilo y porque los rusos tienen sus ferrocarriles. Sin embargo, una bailarina joven me contó en Moscú que su primer recuerdo de Francia era su lección de geografía en que el profesor le explicó que Francia era un país habitado por gente avara; esto era aún bajo





Librada del fardo de los quehaceres domésticos por el nuevo régimen, la mujer rusa se ha convertido en esclava de la standardización.

el régimen imperial y en los tiempos de los empréstitos franceses a Rusia.

En el inmenso conglomerado que es la Rusia en busca del americanismo, con la fiebre de construcción y la estandarización, hoy, ¿qué pasó con el "encanto eslavo", con el "veneno de la mujer rusa", con sus lágrimas y desesperaciones, con su alma triste y cambiadiza, con su ser aventurero y débil?

LA DESAPARICIÓN DEL ENCANTO ESLAVO

El "encanto eslavo" tanto como el caviar, al parecer es netamente producto de exportación. Es la influencia del "espíritu parisiense sobre la licencia de los rusos. No existe en absoluto en la U. R. S. S. Las mujeres llegaron a ser imitaciones de varones, sencillas, francas, llanas y sin encanto alguno, sin coqueterías, sin deseos de agradar y sin complicaciones. Estudian, trabajan, piensan y viven como sus compañeros y son igualmente libres como ellos.

La aristocracia rusa no es la única clase de atracción desaparecida en el Soviet. En vano buscaría uno el tipo del intelectual revolucionario de antes. ¿Cuál es el lector que jamás ha soñado con las lindas revolucionarias, llevando bombas o panfletos extremistas escondidos en su ropa interior, ídolos de estudiantes y enemigas de los intendentes provinciales, indómitas y altaneras que marchan con una sonrisa conquistadora al poder? La Rusia de hoy es estrictamente conformista; el comercio de las ideas tanto como de las mercaderías es monopolio del Estado, siendo por lo tanto imposible que se forme nuevamente el tipo del revolucionario romántico o aun el del intelectual sin la afluencia libre de corrientes ideológicas. La universidad soviética no da una educación intelectual, sino que enseña el catequismo marxista y forma técnicos especializados nada más.

La época llamada "romántica" de la revolu-



Del «romanticismo» de la revolución tan sólo queda Mme. Kollontai, Ministro diplomático en Suecia.

ción sólo sobrevive en la persona de Mme. Kollontai, ella también, alejada del Soviet, como diplomática en Suecia.

La corriente de excitaciones mórbidas provocada por la mujer rusa en Europa, ya sea la princesa acompañada por su perro barsoi, ya sea la revolucionaria simple, se debe principalmente a la aureola de mártir que se cife alrededor de sus cabezas en nuestras imaginaciones.

La atmósfera de sexualidad, compuesta de sentimentalidad y rivalidades provocadas por visitas de archiduques a la escuela imperial de ballets para elegir allí sus favoritas, ha desaparecido por completo. Sin duda el ejercicio rítmico y la luz de la escena aun sigue dando un halo de erotismo carnal a los ballets en Rusia, pero las autoridades dirigen sabiamente esta atracción hacia los círculos del Cuerpo Diplomático. Pero, aunque los conjuntos de bailes siguen siendo maravillosos, faltan estrellas de primera magnitud, cuyo esplendor valdrió indudablemente por el fondo uniformemente rojo.

El arte como las ideas pertenece al estanco del Estado, las actrices tienen la obligación de

contribuir hacia el éxito del plan quinquenal y las bailarinas deben de imitar máquinas con todo su talento, en vez de cisnes moribundos. Los performances individuales se consideran monstruosidades sociales.

VIRGENES SOVIÉTICAS PARA LOS TURISTAS

Desde el poeta Pushkin hasta Claude Anet. ¡Cuántos retratos encantadores de "jovencitas rusas"! Es una especie extinguida hoy día; el clima del Soviet no favorece su reproducción; cultivan aún como muestras algunas, cuya pureza, como nueva ave fénix, renace de sus cenizas, las veces que llegan nuevas oleadas de turistas extranjeros. La "Virgen del Intourist" (Agencia oficial de turismo soviética) se destina a guiar los viajeros a través del país y encender en ellos la chispa del amor por las cosas soviéticas. Esas chicas pertenecen aún a las clases burguesas de antes de la guerra; han tenido sus profesoras extranjeras, por lo tanto, poseen muchos idiomas y el trato diario con los turistas les da un barniz simpático. Es más bien atrayente que hermosa, tiene ojos grandes y manos cuidadas. Uno no puede hacer menos que ofrecerle medias de seda y perfumes para completar el cuadro.

La "virgen soviética" apacigua a los viajeros que a veces ven cosas que no están en completo acuerdo con las doctrinas que forman la base del Estado. Será muy difícil volver a llenar la existencia de las "Virgenes del Intourist", porque las escuelas mixtas, los campamentos de verano y los clubes juveniles dan a todas un aspecto standard sin atracción personal. La educación colectiva, la instrucción materialista y utilitaria matan la imaginación y misterio tan necesarios para la formación del "sex appeal".

EL AMOR EN RUSIA

¿El amor en Rusia?... Ha sufrido muchas transformaciones después de la Revolución. La concepción del amor se considera como prejuicio del pequeño burgués y especialmente entre los jóvenes comunistas (Komsomol) el simple acto sexual es la reacción contra "el sentimentalismo, idealismo, la adoración de un solo ser..." El lema es: abajo con el amor. Y esta juventud demostró desde aquel entonces su completo desconocimiento de todo lo que no fuera el contacto de dos cuerpos o la necesidad fisiológica. La literatura soviética refleja esa época sin tendencias de la juventud. Una novela del escritor Romanoff, publicada en 1927, quedó como una imagen clásica de la época. Una estudiante cuenta melancólicamente, como conoció ella el amor "sin flores", con un joven comunista precoz y brutal; la joven lo rogó por unas palabras suaves, por un poco de ternura, a lo que el joven contestaba invARIABLEMENTE: "Basta de tonteras, se pierde el tiempo..." y la joven sigue con su historia aspirando el aroma de un ramito de flor que le había dado él en su primer paseo...

Se predica el amor libre y sus resultados son la prostitución juvenil, los embarazos tempranos y las enfermedades... Hay que desconfiar de esta libertad sexual que hace nacer problemas como el siguiente, por ejemplo: una chiquilla de catorce a quince años llegó a un hospital y le dijo a la matrona: Madrecita, hágame un aborto por favor, pero rápido, porque tengo miedo de llegar tarde a la escuela. O veamos por ejemplo la clase de poesías aparecida en periódicos de la juventud:

La moral no es mi profesión,
Mi canto es por las muchachas fáciles

Cuyo cuerpo suave experimentado y ágil
Estremece entre mis brazos todo entero.

Desconfíes de la virginidad
Y de sus languideces insignificantes;
Ama la destreza y la suavidad,
El trabajo exacto de una máquina.

Al mismo tiempo nacieron dogmas tan categóricos como ridículos:

"La atracción sexual sentida hacia un ser de una clase de sociedad diferente, enemiga y moralmente extraña, es tan perversa como la atracción de un cocodrilo por un orangután".

La cuestión de niños naturalmente complica el estado de cosas anárquico que existe. Ya que se ven "padres colectivos" reclamando o rechazando juntos la paternidad del hijo de una mujer, con quien los dos habían tenido sus relaciones carnales. Se han creado reglamentos más severos, para evitar ésto y se obliga a la gente a inscribir sus matrimonios en los registros respectivos.

Pero el amor humano, pobre y complicado y fuera de moda, antiguo como la misma humanidad, yace muerto en el Soviet, privado de su intimidad y misterio. Desde la más tierna infancia la jovencita rusa ve en sus escuelas la representación gráfica de la concepción y los medios de evitarla. En la escuela, en los hospitales y cuarteles, en las casas de obreros o estudiantes se conver-

Las chiquillas jóvenes ofrecen la imagen de su sana belleza a los fotógrafos de propaganda.



sa del acto sexual, no del amor; ¡todo esto es tan normal en el Soviet, tan seco, conocido y permitido!... ¿Cuál es el amor que no sufriría por esta desnudez física y moral, sin encanto alguno?

No se piensa en el matrimonio, ya que todos los affiches gritan que la familia es un prejuicio burgués, una cosa que sobrevive de un mundo definitivamente hundido. Además la vida de familia se hace prácticamente imposible, ya que cada miembro de ella tiene un diferente día de descanso.

En la semana de cuatro días de trabajo, cada uno queda libre, según las necesidades de su fábrica u oficina.

LAS OBRERAS SOVIETICAS

¿Y la obrera? Es ella la que interesa principalmente al Gobierno. Ya Lenin expresó que a la mujer hay que libertarla de la carga de hijos y de sus labores del sexo. ¿Quién sabe si el dictador pensó en el bienestar de las mujeres o en el aumento de la capacidad productora del Estado por la mano de obra femenina? ¿De qué se compone la felicidad de la mujer, de ser libre trabajando asiduamente en un banco de carpintero o de ser esclava de mecer la cuna? ¿Estaría de más hacerlas elegir su destino, según sus preferencias? La libertad impuesta a ellas por la fuerza, parece peor que su esclavitud de antes. Pero en la U. R. S. S. sólo interesa la libertad y felicidad colectiva.

Sin duda la "racionalización de la vida del hogar" está aún en sus comienzos. El problema es muy difícil, ya que las mujeres de hoy nacieron o recibieron su educación primaria antes de la Revolución o a lo menos antes de la racionalización. ¿Será el futuro de la racionalización un éxito?

Los días bonitos de verano las jovencitas atraviesan los bosques para ir a bañarse a los ríos y muestran sin reservas sus cuerpos bellos sanos a los fotógrafos de propaganda. El Estado quiere demostrar en las revistas mundiales el vigor de una raza sana y fuerte y la li-

bertad magnífica de que gozan en los días de verano. Esto parece alegre aun. Pero, ¿qué vendrá mañana?

En la Rusia Soviética como en todas partes, muchísimas veces las buenas intenciones están muy lejos de los hechos.

Se come, se bebe, se duerme, se practican los deportes, todo esto en interés del Estado para tener el espíritu y el cuerpo más sano, para poder crear un mundo nuevo. En la pieza que visité había dos mujeres; una constructora, otra agrónoma.

—¿Es usted casada?

—Sí; me casé varias veces ya— contesta la constructora—, mi marido está de viaje ahora. Trabajamos en la misma fábrica. Dormimos aquí.

—¿Dónde comen?

—En la fábrica.

—¿Tienen hijos?

—Sí; tenemos tres. El más chico está todavía en la cuna, los otros dos en las escuelas modelo. No tengo tiempo de ocuparme de ellos. Seis horas en la fábrica, después el club y el trabajo por el partido. Tenemos igualdad absoluta sin despotismo del marido. En la mañana, los dos con mi marido preparamos nuestra taza de té respectivamente y si le pego un botón o le cepillo la ropa, él barre la pieza en recompensa.

Al juzgar por el estado de las prendas masculinas, no parece probable que pegue muchos botones esta mujer.

—Yo soy soltera— dice la agrónoma—, prefiero así mi vida con más libertad. Un marido y niños exigirían mucha energía que necesito para mi trabajo.

Me muestra una pieza al lado donde vive con dos camaradas. Siempre el mismo olor de desaseo y ropas sucias.

La miro hablar, con su aspecto de mujer cansada y mal cuidada.

La escucho y una inmensa duda nace en mí. ¿Cómo podríamos creer en la reconstrucción estética y ética de un país por el trabajo de personas tan poco amantes de la belleza y del aseo personal?

Tocadas por la gracia del «misticismo de la construcción socialista», participan en los cortejos casi religiosos a la gloria del dios-máquina.



LAS MASCARAS DE LOS CONQUISTADORES

Como los caballeros envueltos en férreas armaduras del siglo XVI, los hombres llevan hoy máscaras para andar por diversos caminos del progreso.—La medicina, la exploración geográfica, la mecánica, la química de la guerra, la lucha con la distancia, todo eso exige máscaras.—La máscara de la risa no es de hoy: es milenaria.

CUANDO una visita a nuestro Museo Histórico nos coloca de pronto ante uno de esos tres caballeros forrados en hierro que muestran como debieron ser los conquistadores que en el siglo XVI, llegaron a nuestra tierra, las relucientes armaduras que debieron cien veces mancharse de sangre y de lodo, nos hablan en el lenguaje de la evocación. Desde el guantelete que cubrió una mano que guerreó un día para sembrar otro día el trigo que daría el primer pan de Chile, hasta la gola y el peto que hablan de rebotar de lanzas y de flechas araucanas, cada pieza férrea nos dice algo de historia y de alborada de raza. Aún las grebas que en movable mecanismo cubrieron las piernas de los conquistadores, nos recuerdan a los nobles caballos que tan admirablemente acompañaban a los señores, que los indios llegaron a creerlos carne y cuerpo del propio guerrero.

LA MASCARA DE LA CONQUISTA

Pero hay algo que junto con hablarnos del pasado nos lleva a meditar en el presente y acaso en el porvenir. Son aquellos cascos que envolvieron la cabeza de los conquistadores y que encajados en la gola, no dejaron hacia el frente, sino una ancha boca cubierta por la visera. Son una rendija para mirar al adversario y que en nada dejaba translucir el misterio de la identidad del enmascarado. Tan oculta debía ser la personalidad del hombre envuelto en esa armadura que sólo así se explica aquel incidente que estuvo a punto de llevar a la horca en Chile al poeta Alonso de Ercilla. Marchando con otro caballero al lado del gobernador, don García Hurtado, ni a él ni a su compañero ni al gobernador reconoció a aquel capitán de Figueroa que venía en sentido contrario de los caballeros y que no reconociéndolos echó caballo por medio, ofensa que hizo a Ercilla desenvainar la espada. De allí a trabarse el duelo y a intervenir don García, todo fué uno y al día siguiente sólo por la súplica de dos damas de



Las relucientes armaduras que debieron cien veces mancharse de sangre y de lodo, nos hablan en el lenguaje de la evocación.

Imperial se libraban dos conquistadores de morir en la horca. Todo esto revela de cómo era de impenetrable la acerada máscara de los caballeros de la Conquista.

LAS CONQUISTAS DE HOY

En la penumbra que la agonía de la tarde derrama sobre la sala del museo, nos parece escuchar ruidos de armaduras y frufrú de anchos trajes femeninos del siglo XVI, conversaciones de hombres y mujeres forjadores de un pueblo.

“¿Que a los hombres del siglo XX les parece extraña aún nuestra máscara? ¿Que las conquistas de hoy no se siguen haciendo con la cabeza y el rostro arropados por el paño, el cuero o el hierro?”

Las voces se pierden en la lejanía, cruje un viejo bargueño colonial y el silencio cae como una mortaja oscura sobre las armaduras que un día estuvieron cubiertas de lodo y de sangre y de gloria.

Y meditamos en las conquistas de hoy: conquistas de la ciencia, de la exploración, de la mecánica, de la velocidad y de la muerte. La

alegría misma pone su máscara en carnaval, pero esto ya es de otra época. La máscara de la alegría viene de treinta o cuarenta siglos: el teatro griego ya la había copiado de alguien y los danzarines de tradición milenaria que bailan ante los Lamas del Tibet, aún conservan esas máscaras que hacen más ancha la risa.

ENMASCARADOS DEL SIGLO XX

El médico que trabaja ante la mesa de cirugía lleva hoy una máscara de vendas que envuelve su cabeza y su rostro casi tanto como aquella armadura de hierro ocultaba la del conquistador. Primera prueba de que el conquistador en el campo de la ciencia entra como el caballero del siglo XVI con la cabeza envuelta al campo de sus trabajos.

Exploradores polares, hombres que no buscan sino un pedazo de gloria entre los hielos y la realización del anhelo de dar a la humanidad un nuevo elemento de sabiduría, cubren sus cabezas bajo espesos gorros y máscaras de cuero.

Exploradores del desierto hunden su rostro tras espesas máscaras de paño y ocultan sus ojos bajo negros vidrios o ahumadas micas que los defienden del sol.

BAJO EL MAR Y EN EL FIRMAMENTO

El buzo que explora las profundidades del mar va envuelto en una armadura de goma y su cabeza es cubierta por un casco metálico gigantesco. Como el conquistador del siglo XVI, el buzo lleva la cabeza metida en una prisión en la cual muchas veces estará expuesto, como aquél, a encontrar la muerte.

El aviador y el explorador de grandes alturas van arropados de cuero y con los ojos cubiertos por gruesos vidrios ahumados.

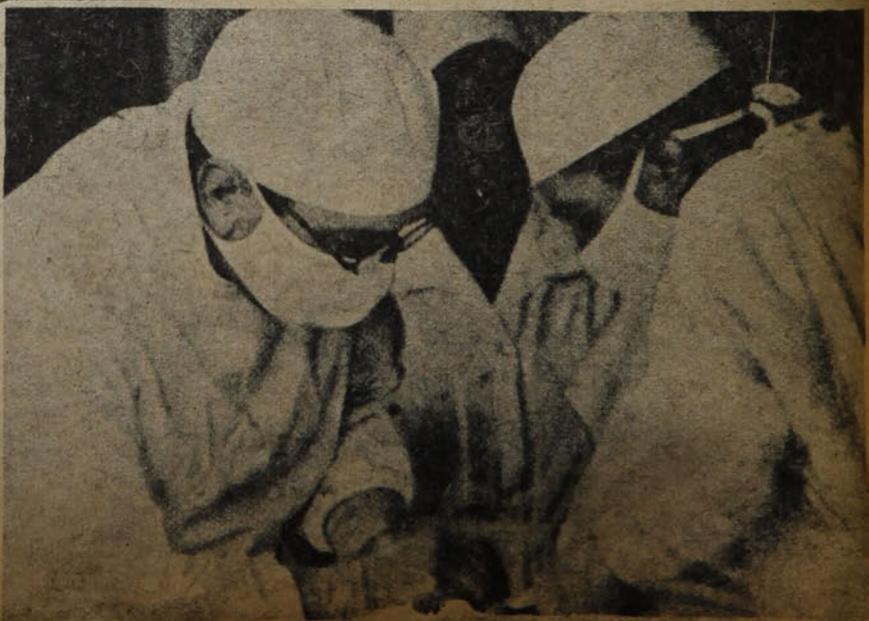
LA VELOCIDAD Y LA MUERTE

El automovilista que en coche de carrera quiere vencer grandes distancias en breves segundos, el devorador del espacio, lleva también la cabeza cubierta por un casco de cuero que le envuelve parte



Exploradores polares cubren sus cabezas bajo espesos gorros y máscaras de cuero.

El médico que trabaja ante una mesa de cirugía lleva hoy una máscara.



de la cara. Y los ojos defendidos por anchos vidrios oscuros.

Hasta la muerte trata el hombre de conquistar con máscara. Y el moderno guerrero lleva la cabeza cubierta con acerado casco y el rostro cubierto con espantable máscara que lo defenderá de los gases asfixiantes.

LO QUE VEMOS HASTA EN LA CALLE

¿Se lleva la máscara hasta en la calle? Es de noche y una luz azul que hace doler los ojos nos muestra a un hombre con máscara de hierro que hace soldadura autógena sobre los rieles de los tranvías. La máscara es cuadrada y tiene un ventanillo con vidrio muy oscuro.

Es una de las máscaras de la mecánica. Hay talleres donde para evitar las heridas con limaduras que saltan, el operario usa habitualmente máscara. Igual ocurre en laboratorios químicos donde se trabaja con gases peligrosos.

Por todos los caminos de conquista el hombre de hoy tiende a restablecer la máscara que llevó a los conquistadores de hace cuatro

(Derecha): Exploradores del desierto hunden su rostro tras espesa máscara de paño.

El moderno guerrero lleva la cabeza cubierta con acerado casco y el rostro con espantable máscara.

Danzarines de tradición milenaria que bailan ante los Lamas del Tibet, aun conservan esas máscaras que hacen más ancha la risa.



Como el conquistador del siglo XVI, el buzo lleva la cabeza metida en una prisión.

siglos a la realización de sus anhelos.

¿No miráis esto con orgullo, viejos caballeros de hierro que os aburrís soberanamente en una sala de museo?

UN TRAJECITO SENCILLO

MODELOS DE

El trajecito que se lleva, con coquetería, pero sin pretensión, para estar en la casa o para andar en la calle en la mañana o en la tarde, de 2 a 5, tiene — más que todos los otros trajes del trousseau — un encanto sencillo, dulce y tranquilo.

Es por eso que lo queremos discreto y práctico, sin negarle, sin embargo, ciertas fantasías delicadas y muy personales.

Debe hacerse en lani-lla flexible y suave, en un color obscuro o neutro: negro, azul marino, tal vez, si sientan esos tonos, o café, granate muy obscuro o verde. Puede ser gris también, mezclado de motas en las hebras de la lana y dando un conjunto de tono vago, pero lindo siempre y distinguido. Los ingleses dicen que es el efecto "tweed" y esto resume la modestia elegante y clásica.

El trajecito se lleva bajo un abrigo largo, con el que forma un fácil conjunto; o bien, se conforma con un tres-cuartos o con un corta-abriguito de piel: bolero, chaqueta, "caraco" o chaleco-cuello, cuando el tiempo lo permite.

MOLDES: Ofrecemos ahora a nuestras lectoras el molde N.º 3, que corresponde a un abrigo suelto, tres-cuartos, muy de moda y muy práctico. Puede hacerse en una gruesa lana de un color cuadriculado o escocesa, y siempre le vendrá a todo vestido. Este modelo tiene una bufanda adornada en una punta con las iniciales de su dueño, bordadas en color claro. Este molde es para la talla 46.

El molde N.º 4 corresponde a una bata que puede hacerse en lana o seda. El cinturón es de gamuza con hebilla de metal. Por la abertura del corpiño deja ver la blusita de seda o algodón obscuro, a lunarcitos. En el escote lleva una vuelta de piqué, seda u organdí. Este molde es para la talla 40.

ADVERTENCIA. — Para solicitar los moldes, es necesario enviar el cupón correspondiente y, \$ 1.20 en estampillas para cada molde.

ROSINA.



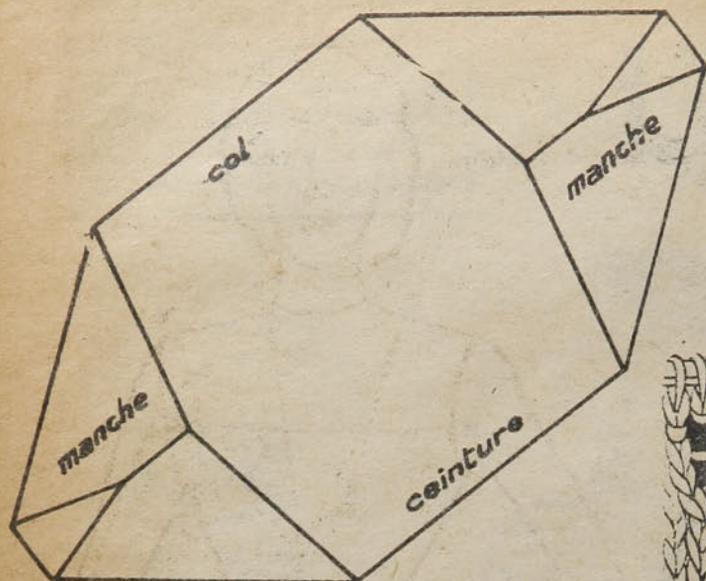
YuJu

EN NUESTRO PROXIMO
NUMERO:

Figurines de abrigos, blusas
y faldas.
MOLDES DE BLUSA Y FALDA.



MOLDE 3



HAGA ESTE BOLERO PARA LA CAMA

Muchas veces usted ha estado delicada de salud y ha guardado cama. Sus amigas han venido a verla y, un poquito desprevenida, usted no ha sabido qué ponerse. Se verá encantadora con este bolerito que usted, coquetamente tejerá con lana rosa, amarillo o celeste, según usted prefiera.

Tejerá una banda rectangular que tenga de alto, desde el cuello a la cintura y de largo desde un brazo a otro, doblados hacia adelante. Puede agregar usted una tira angosta, igualmente que la unirá en la parte de abajo, para que la ate a la cintura y le dé más fijeza.

PUNTOS EMPLEADOS: BONITO PUNTO CALADO: "LAS CONCHAS"

En cada hilera, la explicación para una de las conchas se encuentra comprendida entre dos paréntesis ().

1.a Hilera — 1 derecho, para la orilla (5 der. 3 veces, que se hacen sobre el palillo—2 juntos al der.— 4 der.) se repite el paréntesis todas las veces que sea necesario, hasta terminar con 1 der., que forma la orilla.

2.a Hilera — 1 revés (3 rev.— 2j rev.— soltar las 3 vueltas que hay en el palillo izquierdo—3 vueltas sobre el palillo derecho— 2jr.— 3 rev.—) 1 rev.



3.a Hilera — 1 der. (2d.— 2jd.— 3 v.— soltar las 3v. de la hilera anterior— 2jd.— 2d.) 1d.

4.a Hilera — 1r.— (1r.— 2jr.— 3v.—soltar las v. de la corrida anterior— 2jr.—1r.—) 1r.

5.a Hilera — 1d. (2jd.— 3v.— soltar las otras— 2jd.) 1d.

6.a Hilera — 1r. (1r.— 4v.— soltar las otras—tomar sobre el palillo izquierdo las 5 hebras que se han dejado sueltas y sobre éstas tejer 1r.— 4v.— 1r.) 1r.

7.a Hilera — 1d. (1d.— 4d., que se hacen sobre las 4 v. de la hilera anterior, de la manera siguiente: 1d, 1r, 1d, 1r,—1d. que representa la mitad de la concha— 4d. sobre las 4 v.— 1 d.) 1d.

8.a Hilera — Toda al revés.

9.a Hilera — Como la primera. Se continúa repitiendo.

ROSALINDA.

CURSO PRACTICO DE CORTE Y COSTURA

(Continuación del número anterior)

MODO DE TOMAR LAS MEDIDAS

(LECCION 2.a)

8.o ANCHO DE PECHO: A 10 o 12 cm. del cuello, tomado de brazo a brazo. (Línea n-o).

9.o ALTO DE PINZA: De 20 a 25 cm. desde el hombro hacia el busto. (Línea p-q).

10.o CONTORNO DE CADERAS: A 15 o 20 cm. de la línea de la cintura, rodeando las caderas. (Línea r-s).

11.o TALLE: Desde el hombro, en la base del cuello, hasta la altura normal del talle. (Línea t-u).

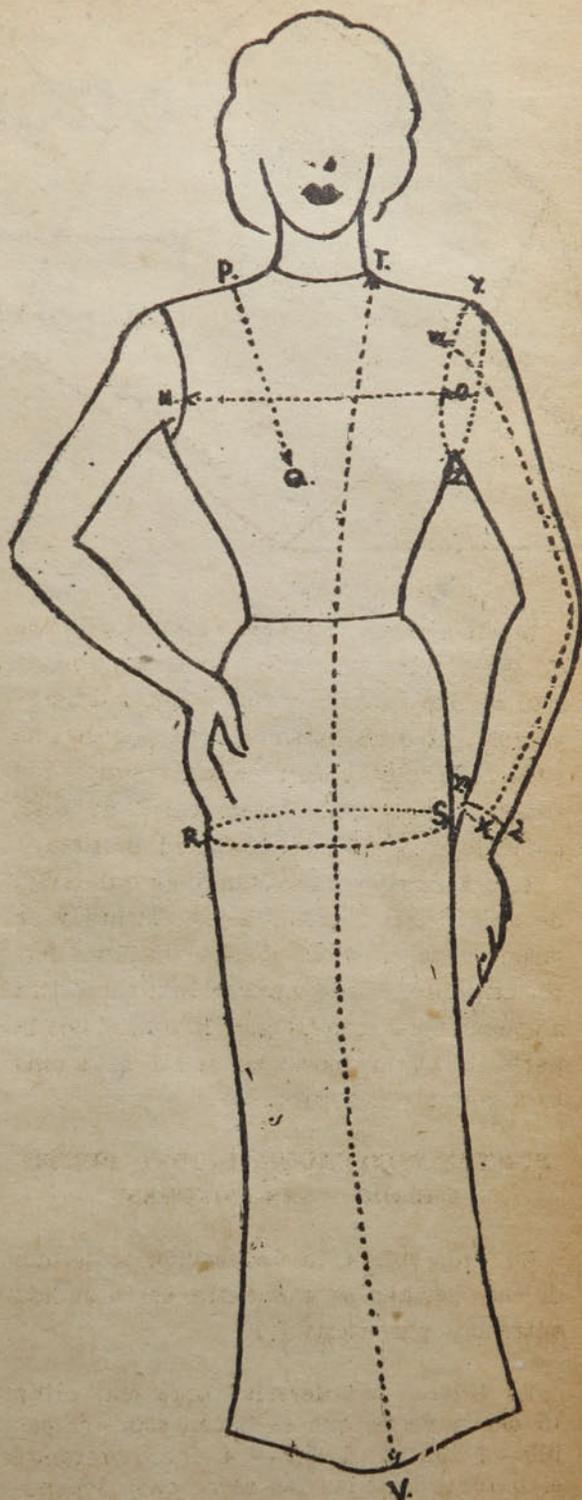
12.o LARGO TOTAL: Desde el hombro, en la base del cuello, hasta el ruedo del traje. (Línea t-v).

13.o LARGO DE MANGA: A 5 cm. de la costura del hombro, hacia atrás, pasando por el codo, hasta la muñeca, conservando el brazo un poco doblado. (Línea w-x).

14.o CONTORNO DEL BRAZO: Se rodea el brazo en su nacimiento. (Línea y-z).

15.o PUÑO: Rodeando la muñeca, del ancho que se quiera. (Línea y'-z').

(Continúa en el próximo número).



EXPLICACIONES PARA UTILIZAR LOS MOLDES DE «YUJU»

Los MOLDES que ofrecemos a nuestras lectoras están cortados sólo en la talla que se ofrece.

Cada MOLDE está cortado al justo; por lo que habrá que darle 1 o 2 cms. para cada costura.

En cada pieza del MOLDE vienen ciertos números que habrá que hacer calzar; así, juntar 1 con 1, 2 con 2, 3 con 3, etc., lo que irá dando la indicación para armar la costura. Cuando dice «doblez» o «tela doblada», hay que poner el género doblado. En cuanto al largo, cada persona deberá tomar el largo de su traje para dar al MOLDE la longitud necesaria.

CUPON

MOLDES DE YUJU

Figurín N.o Nombre

Dirección

Acompañar este cupón con \$ 1.20 en estampillas al hacer el pedido de cualquier molde y dirigirlo a Director de «Yuju», Casilla 84-D., Santiago.



CURSO SENCILLO DE COCINA PRACTICA

LECCION 2

Lo que almorzaremos hoy

liente se fríe el arroz previamente remojado en agua; se agregan las verduras arregladas de antemano, se sazona y se deja hervir lentamente.

Al tiempo de servir se tiene en la sopera la yema batida con la leche y se agrega un poco de caldo para diluirla bien, batiendo fuerte para que el huevo no se corte y agregando por último el resto del guiso.

PASTEL DE GUATITAS

(Para 4 personas).

30 gramos de guatitas.
1 cebolla.
1 huevo.
50 gramos de manteca.
3 decilitros de pan rallado.
Sal y pimienta.
1 decilitro de leche.
5 papas.

Las guatitas se limpian, se lavan y se ponen a cocer en agua fría; una vez bien blandas se pican finitas y lo mismo la cebolla.

Se derriten en la sartén 40 gramos de manteca, se fríe la cebolla, se agregan las guatitas, el pan rallado y la leche, se sazona y se deja hasta que quede seco.

Con la manteca sobrante se unta un molde, se le pone pan rallado, se vacía el guiso y encima el huevo bien batido (primero se ha batido la clara y en seguida la yema separadamente, uniéndolas al tiempo de va-

ciarlas). Se coloca al horno y se sirve con papas cocidas o fritas.

CREMA DE COCO

(Para 4 personas)

2 huevos.
460 gramos de azúcar.
1/3 de coco rallado.

De poco más de la mitad del azúcar se hace un almíbar que se agrega por gotas a las claras batidas como para merengue. Del resto del azúcar se hace otro almíbar a la que se agregan las yemas batidas, poco a poco, manteniéndolas a 100 grados de calor.

Después se coloca en una compotera una capa de coco rallado, se vacía encima un poco de merengue, y así se continúa hasta concluir con una capa de coco; encima se vacía el otro almíbar de yemas y se espolvorea el resto del coco.

LA COCINERA.



CAZUELA DE VACA

(Para 4 personas).

4 costillas.
1 1/2 litro de agua.
5 papas.
200 gramos de zapallo.
1 zanahoria.
1/4 de cebolla.
1/4 de coliflor.
1 decilitro de arvejas desgranadas.
40 gramos de arroz.
4 granos de pimienta.
1/2 cucharada de sal.
1 yema.
1 cucharada de leche.

Se lava la carne en agua fría y se pone a cocer en agua fría, teniendo cuidado de espumarla apenas suelte el hervor; se agrega la sal y se deja hervir a fuego lento hasta que la carne esté blanda. Se vacía el contenido de la olla en una taza grande, se saca la olla y se coloca al fuego con la grasa del caldo y cuando esté bien ca-

*En nuestro próximo número,
preparación de algunos dulces
para guardar*

ENTRE NOSOTRAS

A despecho del médico llena de alardes, que escruta a sus enfermos con aire de gran preocupación, y que le inspira por adelantado el temor por los males que él va a descubrir o a confirmar, el médico comprensivo los acoge con aire sonriente que les inspira confianza. Y aún hace una pequeña broma: —¡Ah! ¿Ud. aquí? ¿Qué es lo que le pasa? ¡Tiene tan buen semblante!

Esta desenvoltura indigna a veces a los atemorizados e imaginativos, que se creen voluntariamente presa de graves afecciones. Pero aquellos cuya inquietud no llega a los límites de la locura, se sienten reconfortados.

"Tengo buen aspecto..." Esto alegre, da coraje y alienta al paciente, que da los detalles de su mal con toda tranquilidad. "Estoy, sin duda, menos enfermo de lo que creía".

En el fondo, bien puede ser que el aspecto no sea tan bueno como lo ha expresado el médico; pero este psicólogo tranquiliza a su cliente y lo libra, por lo menos, de una inquietud.

La primera impresión persiste, y se puede demostrar en seguida que los males no tienen nada de alarmante, y que pueden curarse con un tratamiento, o un régimen aunque sea prolongado. No nos imaginamos la importancia que este razonamiento tiene en los consultantes. Darles confianza es casi asegurar la curación: si el médico no se demuestra inquieto, el paciente no tiene por qué alarmarse.

Inspirar confianza es el secreto de muchas curas del alma y del espíritu, lo mismo que las del cuerpo. Cuando nos vemos en la necesidad de juzgar, reprender o dirigir a alguno de nuestros semejantes, es un error el oprimirlo bajo el peso de sus errores, faltas o incapacidad.

—¡Tú no harás jamás nada! ¡Mentirás toda tu vida! ¡Serás siempre rabioso! — dicen ciertos padres o maestros de los niños, que, en realidad, no son malos. Mejor valdría olvidar, y aun dar la ocasión para que demostraran la actividad, franqueza, abnegación, para felicitarlos y probarles que son capaces de buenos sentimientos y de actos loables. Es mejor estimular que reprender, en materia de educación.

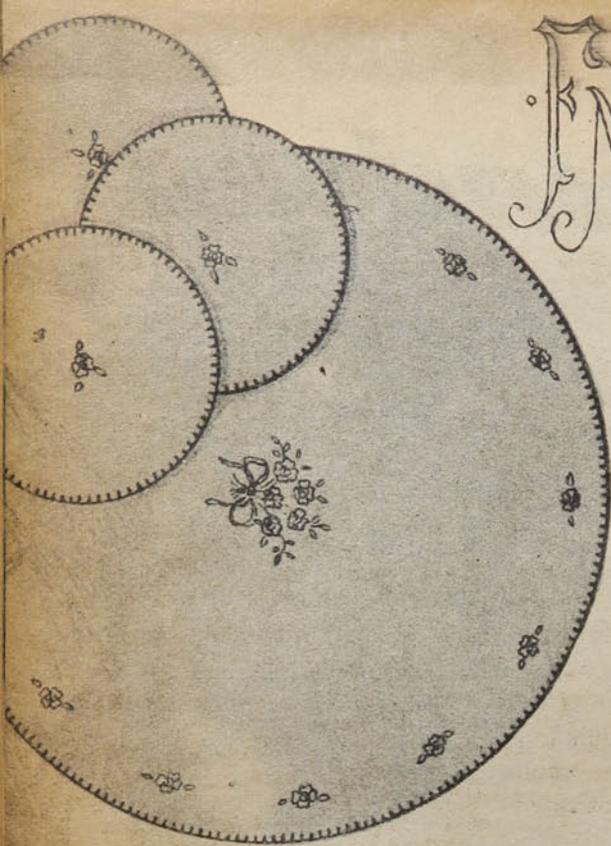
Aunque sea la persona más mala, siempre tiene algunas buenas cualidades. Persuadámosla de esto, no para envanecerla y disculpar su falta, sino para ayudar a combatir sus defectos. Despertemos la confianza en sí misma para esforzarla a alcanzar su mejoría, su propia rehabilitación.

"Su alma, su inteligencia — le diremos — no están enfermas; una debilidad pasajera no destruye la salud moral;

usted ha tenido, usted tendrá todavía el coraje de luchar para vencer las circunstancias como los malos pensamientos: Reúna sus fuerzas: ¡usted tiene muy buen aspecto!"

MARIA NELLA.





R



CON ESTE RAMITO

Usted puede, mi encantadora amiga, hacer estos pañitos redondos a los que usted dará diversos usos dentro de su casa o aplicarlos a la ropa interior. Si usted elige una tela de color: rosa, amarillo, celeste, podrá bordar el ramito en negro o crudo. Si la tela es rosa, queda muy bonito bordado en rojo. Yo he visto este contraste y le aseguro que se ve muy bonito.

Como sé que usted debe marcar también los pañuelos de su novio, le he elegido estos monogramas. ¿No es verdad que son bonitos?

ROSALINDA.



La Domadora

POR FABIO FIALLO

DERROCHADOS que fueron en empeño inútil de seducción, los regalos costosísimos, las ovaciones estruendosas, las súplicas, las promesas, los juramentos, el noble mancebo hubo de rendirse a la tiranía de su pasión, y un día, como trompetazos de escándalo, resonaron en la Corte los esponsales del joven marqués de Valle Alegre con Gilda, la Domadora.

Y como su cuñado, el grave senador, pretendiera hacerle algunas reflexiones respecto al origen de la novia, contestóle así, al principio, con tono alegre el apasionado doncel: —Si, ya sé que la misma Gilda ignora quién fuera su progenitor; más yo que he estudiado el caso por lo que me atañe puedo afirmaros con orgullo que la estirpe de mi amada es muy superior a mi rancia estirpe.

—¿Os burláis?

—De ningún modo.

—¿Y en dónde podría yo beber el agua encantada de esa preciosa fuente de información?

—En el mismísimo museo del Louvre. Después venid conmigo, y a poco de reparar en mi novia, con ojos de artista observador, fuerza os será confesar que sólo una descendiente legítima de la Suprema Belleza ostentaría tan exquisita semejanza con la Venus de Milo.

—Cuidado, marqués, no sea esa peligrosa hermosura la única dote atávica que de Afrodita os aporte vuestra esposa.

—Basta, senador, que cualquiera que no fuerais vos pagara bien cara la osadía del pronóstico.

Y se separaron, adusto el uno, torvo el ceño del otro.

Por alegre acuerdo dispusieron los dos enamorados que la boda se efectuara en la barraca. Y allí fué la brillante ocasión del arte decorativo para lucir talento y gastar caudales en el embellecimiento de aquel raro nido de amor. Mas, si la economía fué proscrita como ignominiosa pordiosera, en cambio la discreción más absoluta fué exigida por el marqués como cláusula primordial de su contrato con los artistas.

En tanto, la anhelante curiosidad de las damas de la Corte, irritada por el misterioso silencio que envolvía a la barraca, inventaba los despropósitos más absurdos. La una sabía, por información que no admitía posibilidad de error, que cada mañana el marqués, vestido de "clown", gastaba largas horas en hacer peligroso aprendizaje sobre un elevado trapecio; la otra hablaba ca-



vernosamente de alquimia, hechicerías y nigromancias; y una tercera, bajo la fe de su juramento, afirmaba tener sobornado a alguien "de adentro", que le contaba cómo el noble amante luchaba pecho a pecho con el oso, tiraba de las orejas a la pantera, y consentía que Azís recostara la cabeza en sus hombros y se durmiera: Azís, el león nómada, el celoso favorito de Gilda.

Repartieronse, por fin, las invitaciones para la boda. Excepción hecha del grave senador, todas las relaciones del marqués se apresuraron a concurrir a la ceremonia, con la evidente seguridad de que allí se les serviría plato muy sabroso en que saciar su voraz murmuración. Mas, al entrar en la barraca, atónitas se quedaron, y la breve boca que traía un sarcástico mohín de interrogación en la punta de los labios, si desplegó su púrpura fué para un acento circunflejo en homenaje de sorpresa y admiración: la barraca era el poema realizado de una fantástica leyenda oriental, un cuento maravilloso de las Mil y Una Noches, la gruta encantada del país de los gnomos. . . la heroína de aquel poema, el hada de aquel cuento, la magna de aquella gruta era Gilda. De las orgullosas patricias que habían acudido allí como a un torneo para ostentarse, justar en lid de coquetería, triunfar y sonreír, no hubo quien no palidciera de rabia o envidia ante la domadora, que a todas eclipsaba, ya por su hermosura, ya por su arrogancia, ya por la deslumbradora riqueza de su toilette.

La ceremonia terminó sin ningún otro incidente que el susto que causó en la remilgada concurrencia un poderoso rugido de Azís el favorito, quien, por empeño de su dueña, había alcanzado que su jaula fuera instalada en una pieza contigua a la alcoba nupcial. Y como no se halló otro motivo que sirviera de pasto a tanto diente menudo y blanco, de miel a tanta lengua afilada y roja, fué el extemporáneo rugido el objeto de los comentarios.

—¡Qué ocurrencia de gitanilla, plantarle al novio allí, como un ayuda de cámara, aquel espantoso león!

Por la mañana, al dejar su mitad de blando lecho, Gilda hizo resonar en la ba-

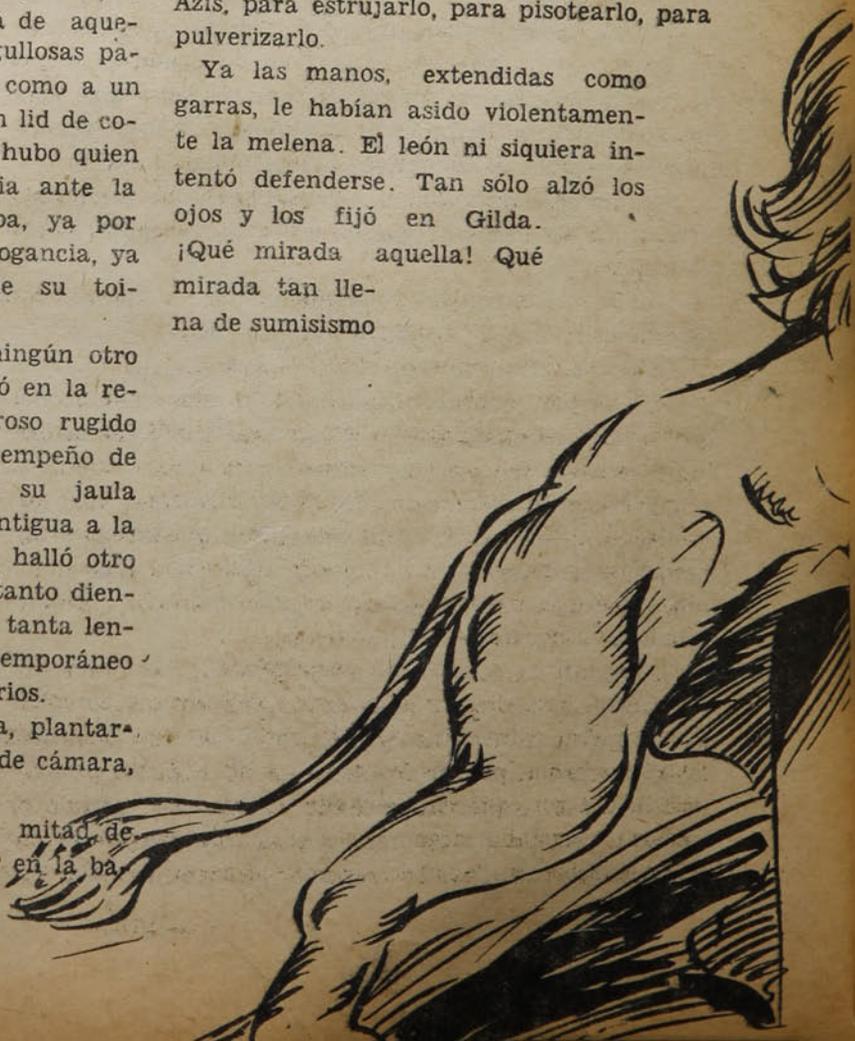
rraca su canción como un clarín de alegrías. Besó dos, tres, muchas veces la hermosa cabeza que aún descansaba sobre la almohada, y en tanto que él volvía a dormirse, corrió a saludar a sus amados compañeros de bohemia y de gloria.

—Azís, mi buen Azís, ¿qué tienes? ¿Por qué estás triste? Y le golpeaba el anca, y le peinaba la guedeja con sus dedos cargados de sortijas, y le abrazaba el cuello. Después fué a los otros. Al verla, el mono hizo mil cabriolas, el oso gruñó dulcemente, la pantera le lamió las manos, y los pájaros rompieron en una orquesta que era como un concierto de alabanza a su juventud y a su hermosura.

De súbito, algo se escuchó, que hizo estremecer de espanto a la domadora. Fué como un pavoroso rugido que ahogara entre sus potentes vibraciones las notas trisísimas de un lamento.

En un salto llegó Gilda a su alcoba. ¡Horror!... El pecho del adorado era una fuente de la cual surgía a borbotones toda la sangre de sus venas. Y la gitana, que era ahora otra fiera, se abalanzó sobre Azís, para estrujarlo, para pisotearlo, para pulverizarlo.

Ya las manos, extendidas como garras, le habían asido violentamente la melena. El león ni siquiera intentó defenderse. Tan sólo alzó los ojos y los fijó en Gilda. ¡Qué mirada aquella! Qué mirada tan llena de sumisismo



y dulzura, tan llena de algo muy raro, de algo nunca visto, algo que era luminoso como el amor y más triste que la queja, más triste que el lamento, más triste que el sollozo, más triste, mucho más triste que el reproche.

La domadora bajó lentamente la cabeza hasta tocar con ella la frente del león, y así estuvieron abrazados y confundidos un breve rato. Cuando Gilda alzó el rostro, dos lágrimas corrían por sus mejillas, mientras una fresca mancha de sangre lucía sobre la extraña sonrisa de su boca como una orgullosa enseña de triunfo desplegada al sol.



CON dificultad incorporóse la enferma en el lecho y después de mirar interrogadoramente a su hija, fijóse en el pretendiente, su propio acreedor, prematuramente encanecido por su sed de riqueza. ¿Amaría, en realidad, a su hija, o aprovechábase de las circunstancias de verla sin recursos, amenazada de desalojo y sin esperanzas de curación, para arrancarle el consentimiento que tantas veces le negara? Aquel matrimonio tan desigual en todo sentido, la desesperaba. Pero ¿por qué ahora Ana?... Y sin poder dominar la amargura que la ahogaba, echóse a llorar desesperadamente. Ana arrojóse en sus brazos acariciándola.

—¡Tranquilízate! ¡Todo puede cambiar!, ¡todo se puede arreglar! Además, pronto sanarás, y luego te quedarás con nosotros!

¡Demasiado sabía ella que su mal era incurable! Y si rechazaba los consuelos con palabras no los rechazaba con el corazón. Al contradecir a su hija, era porque necesitaba seguir oyendo esos consuelos, que fluían como besos de los labios de Ana. «¡Luego te quedarás con nosotros! ¡Luego te quedarás con nosotros!» ¡Qué dulce engaño para quien sabe que se va!...

Nikkota, el pretendiente, tomó la cabeza de Ana dulcemente y la dió un beso en la frente. ¡El primer beso! La joven no lo rechazó, pero pasóse la mano por la frente, como si deseara limpiarla de una impureza. Y luego, sentándose junto a la madre, esbozó una sonrisa. La joven cerró los ojos y soñó en el pasado la figura de un hombre joven y fuerte, gallardo como un árbol nuevo, se le apareció repetidas veces. ¡Era Christoph! su primo Christoph! Antes del beso de Nikkota aun le quedaba una esperanza. Ahora... ¡toda la felicidad del mundo huía para siempre de ella!...

Poco tiempo después de la muerte de la madre, celebró Ana sus bodas con Nikkota; y casi en seguida, la servidumbre dióse a murmurar. ¡De aquella harina no podía salir pan bueno! ¡Recién casados y ya disputaban! Pero ¿cómo no había de ser así, si él soñaba en una mujer de sangre ardiente y enamorada y sólo encontraba alejamiento y melancolía? La rabia y la vergüenza consumían al egoísta; y esa rabia estallaba a cada instante con los más fútiles pretextos, agravando una vieja dolencia física. ¡Ah, su ilusión perdida! Pero... Y sus manos crispadas amenazaban al cielo, con expresión feroz. ¡Si no le amaba a él era porque debía amar a otro! ¿Quién sería ese otro?...

En el vecindario hablábase de que Nikkota debía estar muy enfermo. Se le sentía toser constantemente, con una tos seca, cavernosa y se le hallaba tan enjuto de carnes y tan de mal color, que le auguraban próximo fin. Sin embargo, por dos veces se vieron en los campos

las fogatas en que se cocían las papas, y por dos veces las eras sintieron el ruido golpear del trillo, sin que el enfermo se rindiera. La servidumbre entraba y salía como si la casa hubiera sido un palomar. ¿Quién era capaz de soportar los caprichos de Nikkota? Sus extravagancias, sus rarezas, su perpetuo mal humor eran inaguantables. ¡Y luego su tos, esa tos seca y cavernosa que le enrojecía los pómulos!... No obstante, al comenzar la tercera primavera, y cuando cambió su alcoba a la habitación que daba al patio, encontró al fin un servidor fiel, un hombre de buen carácter que en todo lo complacía y que jamás le contrariaba. Era el primo de su mujer, un muchacho rústico que repetía siempre que no debía dejarse que las cosas marcharan así, camino de la ruina, y que trabajaba con tanto empeño como si aquella finca fuera suya. El tal primo andaba siempre ocupado: del galpón a la era, de la era a los nuevos sembrados, de los nuevos sembrados a cualquier parte donde le parecía prudente poner orden o atender un interés de la propiedad.

Nikkota dejábalo hacer, satisfecho al fin de tener alguien que velara por sus intereses, ya que su mujer parecía no existir en la casa. De repente se le ocurrió pensar en el tal primo, amigo de la infancia de su mujer y traído a la casa por pedido de ella, y... se puso celoso. Entre tanto los pómulos se le pusieron no ya rojos sino cárdenos, y se vió obligado a guardar cama y a llamar al «Duchtar». Había hecho uso de cuantas raíces y plantas le recetaban los curanderos, sin resultado alguno. Era, pues, el caso de acudir al «Duchtar» y el «Duchtar» vino y al poco tiempo sintió que las fuerzas le volvían, y con las fuerzas, el apetito.

—¿Quieres que te lleve la cama a la ventana? ¿Qué quieres que te haga de comer hoy? Debías de tomar el té que te recomienda la gente. ¿Necesitas algo?

Nikkota entornaba los ojos y no respondía a su mujer. Como al descuido, mirábala, miraba después al primo, y los hallaba tan jóvenes, tan fuertes, que se sentía ruin ante ellos, con aquella su flacura extrema y aquella su debilidad que no le permitía tenerse en pie sin apoyo.

¡El primo!... ¡El primo!... Pero como su mujer le mostró los dientes sonriendo cuando él quiso aventurar algunas indirectas, optó por callarse y por no perderlos de vista. La mujer sería capaz de engañar al hombre — pensó Nikkota—, aunque éste tuviera más ojos que una zaranda.

Cierta vez, Christoph, el primo, cortaba leña dentro del galpón. Estaba a punto de terminar la tarea, cuando oyó detrás un leve paso de mujer, y sin necesidad de mirar comprendió que quien se acercaba era Ana. Irreflexivamente, tal como el gato cuando asalta al pájaro, Christoph, dióse vuelta y bruscamente la tomó de los hombros.

POR MAX BRITTICK



El carruaje avanzaba ahora como un torbellino en los relámpagos del huracán que oscurecía el horizonte.

—¿Qué será de nosotros? — interrogóla con ansiedad, que desconcertó a Ana—. ¿Qué harás de mí?

Los dos temblaban, devorándose con los ojos. Ana comprendía que iba a ser vencida por el aliento de aquel muchacho cuyos dedos le quemaban las carnes, y sin saber cómo ni por qué, en vez de responder, de rendirse, como era su mismo deseo, huyó dejando a Christoph con los ojos enormes y tambaleándose como un ebrio.

—¿Con que te escapas del tigre? — dijose Nikkota al ver desde la ventana la huida de su mujer. ¿Y tú, buscas una querida? — agregó, mirando con ojos feroces la cabeza del peón que se asomaba a la puerta por donde desapareció Ana. ¡Ya te daré querida! ¡Ya te daré presa, cría maldita, traicionera!...

E iba a hacerle llamar para arrojarlo de la casa como a un perro, cuando un golpe de tos lo arrojó sin aliento sobre la almohada. Pasado el acceso, sonrió con diabólica sonrisa...

Hízose vestir, bajó a la caballeriza apoyado en los hombros de su mujer y de la nueva camarera, y ordenó que unieran el carruaje.

—¡En vez de quedarse en cama, señor! — se atrevió a objetar la camarera—. ¿Dónde quiere ir con semejante día? ¿No ve que hay tormenta? ¡Señor!, ¡vea las nubes aquellas!, ¡son nubes de huracán! ¡No salga, señor, no salga!

Ana temblaba. Christoph sacó el coche del galpón y subió al pescante.

—¡No! ¡Tú irás dentro, con Ana; yo guiaré!

¿A qué contradecirle? ¡Vaya un capricho! Era una locura todo aquello, pero, ¿quién hubiera conseguido hacerle desistir de lo que a Nikkota se le ocurría?

El aire parecía haberle dado vida. Pálido y calenturiento, tomó las riendas con aparente vigor, restalló el látigo y emprendió la marcha. Detrás de él Ana y Christoph, iban como dos niños tímidos, sin abrir la boca, pendientes de los gestos del enfermo. ¿A dónde iría?...

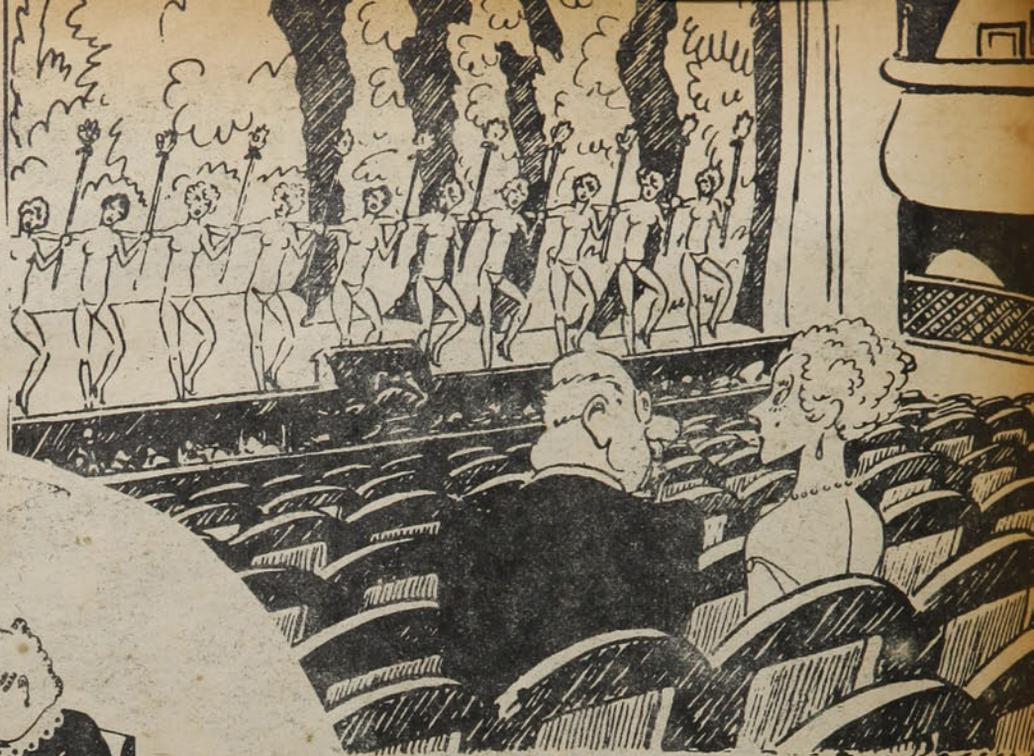
Los caballos, al principio marcharon apresuradamente, hostigados por el látigo; después, poco a poco, decrecieron el paso y por fin se detuvieron. El amo parecía haberse dormido.

El aire, cada vez más caliente, traía alientos de la próxima tormenta. Por momentos volvía-se sofocante. De repente Nikkota pareció despertar cuando los primeros remolinos de arena de los médanos le azotaron el rostro, y emprendió de nuevo la marcha castigando de firme los caballos. El carruaje iba dando tumbos; su marcha era cada vez más acelerada. Al pasar frente a una posada, salieron acentos de gaitas, y como si aquello fuera una música guerrera, tonificaron los músculos de Nikko-

(Continúa a la vuelta)

BUEN HUMOR

-O-



CONSUELO

—No llores más sobre tu Historia de Chile. Piensa cuántos chiquillos habrán tenido que meterse todo eso en la cabeza...



DEMASIADO VISIBLE

—¿Está visible la señorita Solange, para una entrevista?

—¡Oh! Sí, señor. Está demasiado visible y es por eso que no lo puede recibir.

TRAJE DE ETIQUETA OBLIGATORIO

—Creo que te has equivocado al obligarme a venir con traje de etiqueta. Todo el mundo está desnudo.

CONTINUACION DEL CUENTO JUVENTUD

ta, cuyo carruaje avanzaba ahora como un torbellino entre los relámpagos del huracán que oscurecía el horizonte.

Ni Ana ni Christoph abrían la boca. Dejábanse conducir con el alma oprimida. De pronto se oyó el silbato de una locomotora y vieron los ojos como dos linternas de los focos de la máquina aproximándose con pasmosa celeridad. Los pómulos de Nikkota se tiñeron de rojo y pos sus labios pasó una sonrisa feroz. ¡Oh, la venganza! ¡Christoph buscaba una querida? ¡Ahí estaba la más hermosa, la máquina! Y como un demonio, arrancando sus últimas fuerzas, torció los caballos hacia el paso a nivel en cuyas barreras iban a estrellarse bajo la loca furia del látigo que les azotaba los ijares... ¡Cobardes! ¡Miserables!, gritaba Nikkota.

Un espantoso grito de horror escapóse de los labios de Ana al comprender la intención de Nikkota. Pero en vano tendieron sus brazos suplicantes en un ruego supremo. El tren venía rugiendo, sin que las señales de peligro de la mujer que guardaba el paso a nivel, pudiera detenerle. Y de repente las barreras cruzaron y los caballos rodaron sobre los rieles...

Pocos minutos después el tren seguía su marcha mientras que a un lado de la vía los caballos destrozados, junto al cadáver del amo, ensangrentaban el suelo, y dos jóvenes, arrodillados, vencedores en el tiempo y en la vida, temblaban aún de horror ante los miserables despojos del egoísta.

Memorias del más audaz de los aventureros



Me llevaron a la oficina del comisario, donde me dieron tres telegramas en clave, para que los descifrara...

N. de la R.— Después de haber sido diputado liberal de la Cámara de los Comunes, el húngaro naturalizado inglés, Timothy Trebitsch-Lincoln, aventurero internacional, cuya autobiografía comenzó a publicar «YUJU» la semana pasada, está por huir de Inglaterra, su país de adopción. ¿Por qué? Según él, porque lo sospechan de espionaje. Al parecer las sospechas son bien fundadas, ya que Trebitsch-Lincoln no insiste sobre este punto y pretende ser víctima de la persecución del odio británico.

Lincoln tiene mucho cuidado en no dar ningún detalle de sus viajes a Rotterdam, centro de espionaje, donde según su relato va en busca de su suegra; solamente menciona en forma vaga un viaje a Bélgica, en 1915.

Se fué a Nueva York. ¿Qué se puede hacer en los Estados Unidos — se dice él mismo — sino sensación? Hizo sensación por una violenta campaña periodística contra Inglaterra, «la verdadera responsable de la guerra». Su idea fija es injuriar a Inglaterra por todos sus medios. Y en efecto se puede afirmar, después de haber leído su relato, que a este hombre no lo mueve el amor o el odio, sino la afición a las aventuras y el interés. Está dispuesto a servir todos los países, todas las policías, todos los partidos y todas las religiones; los liberales ingleses, el contra-espionaje americano, el nacionalismo alemán (pronto veremos su participación en el «putsch» Knapp), los checos, los franceses, los rusos blancos y hasta los generales chinos a cuyo servicio se encuentra al parecer hoy...

La semana pasada lo dejamos en Nueva York. Lo han prevenido que Gran Bretaña tratará de obtener su extradición, pero Lincoln se siente seguro. Se encuentra en tierra americana y los Estados Unidos aún son neutrales. ¿Cómo lo podrían inquietar aquí? Veremos que esta vez comete un error en su cálculo...

II

4 de agosto de 1915, a las nueve horas de la noche.

No creo en presentimientos, pero aquel día me sentía intranquilo.

Desde el mar estaba subiendo constantemente el aire caluroso del verano yanqui. Estaba sentado cómodamente y trataba de disminuir el efecto del calor tropical aplicándome toallas mojadas en la frente.

De repente el timbre sonó violentamente; sal-

té, me aproximé a la puerta y vi algunos sujetos afuera que me gritaron:

—No trate de arrancarse; abra la puerta o forzaremos la ventana.

Esperaba que fueran bandidos... Desgraciadamente eran inspectores de policía. Se precipitaron en mi antesala y me tomaron para ver si llevaba armas encima.

—Está usted arrestado a pedido del Gobierno inglés.

¡Así que llegó el momento! Pero, ¿cómo me podían arrestar por mis artículos en la prensa y por espionaje aquí en los Estados Unidos?

Al oír esto, uno de los detectives me mostró un pedazo de papel. No me arrestaron por espionaje, sino por un pretexto falso.

Tartamudeaba de sorpresa, pero me interrumpieron.

—Sí..., pronto vendrán las pruebas. Ahora, vamos.

Y me llevaron a la cárcel de Brooklyn.

Pasó un tiempo... Inglaterra seguía reclamando enérgicamente mi extradición. Dos enviados de la Scotland Yard llegaron allí para llevarme. Aun me quedaba el recurso de apelar a la Corte Suprema de los Estados Unidos.

Tenia bastante dinero para manjear mi proceso, ya que un editor me ofreció una gruesa suma por escribir una serie de artículos sobre, o más bien contra Inglaterra, siendo el tema «*Inglaterra metódicamente empuja siempre a Europa a la guerra*».

Sin embargo, debido a que mi asunto no se me presentaba bastante favorable, titubeé. Cualquiera eventualidad diplomática podía surgir de un momento a otro, lo que me haría llegar de todas maneras a la Scotland Yard; además, los dos enviados ya se estaban impacientando. Decidí evadirme.

PRISIONERO Y DETECTIVE

Una noche sentí voces frente a mi celda.

—¿Lincoln?

—Lincoln.

—Aquí mi capitán.

La puerta se abre y entra un oficial alto, musculoso, quien me interroga:

—¿Es usted Lincoln? Yo soy Tunny del Bomb Squad (brigada de contraespionaje). Vamos a ver. ¿Qué sabe usted de las asociaciones secretas alemanas en los Estados Unidos?

El ataque era un poco brusco... Me sonreí:

—Yo no sé nada de eso...

—Vaya, vaya. Eso sí que no le creo.

—Sin embargo, tendrá que creerme, mi capitán.

El hombre se suavizó y con voz persuasiva continuó:

—Mire, usted ha trabajado para periódicos americanos. Hemos leído todos sus artículos y como usted es de origen húngaro conoce a todos los alemanes y está en relaciones con ellos.

Me miró con sus ojos grises, porque mi sonrisa le decía: «*Qué je-rigonza más simpática*».

—Verdaderamente, mi capitán, en nada puedo serle útil; no tengo idea de las asociaciones secretas alemanas en los Estados Unidos, aunque existan según su afirmación.

El capitán consideró el partido perdido y desapareció con un «*hasta luego*».

No pude quitar mis ojos de la puerta que se cerró tras él. Una idea vaga me estaba preocupando. Andaba en un rincón de mi celda al otro, como loco... Capitán del servicio de contraespionaje... Por lo visto esa gente tiene miedo a los alemanes como al diablo y creen que yo sé todo. Fijo en mi idea creí que lo mejor sería ayudarles para que siguieran creyendo. La ilusión de ellos sería posiblemente mi libertad.

Busqué en mi memoria... En verdad sabía muy poco, pero sabía algunas cositas... No solamente hablaba alemán tan bien como cualquier berlinés, sino que frecuentemente tenía por trabajo el descifrar mensajes secretos. ¡Descifrar! ¡Eso es! Formé mi plan de trabajo que consistía en enviar una petición a las autoridades federales, ofreciéndome para descifrar las cartas alemanas en clave.

Estaba seguro de mi éxito, pues conocía las torpezas de los alemanes; además, existían algunas intrigas que al ser conocidas harían nacer en América una espionomanía tan grotesca como en Europa.

Cuando se es paciente, tres días de espera por una buena nueva, no es nada. Al efecto, tres días después de haber escrito mi carta, me llevaron a la oficina del Comisario Federal, Powers, jefe de la policía secreta del Estado. El mismo jefe me presentó a un tal Mr. Benham, quien me entregó en el acto tres telegramas en clave dirigidos a una casa comercial alemana en San Juan de Puerto Rico.

—¿Puede usted descifrar estos telegramas?

—No puedo adelantar nada; hay que estudiarlos a fondo.

—¿Y cómo se podría arreglar esto?

—Pueden prepararme una oficina aquí mismo, donde vendré a trabajar cada mañana y así los tendré al corriente de mis actividades.

Lo que les proponía no era fácil y por lo tanto pasé días enteros entre las alternativas de la esperanza y la decepción. Por fin, Benham, recibió el consentimiento de Washington y me instalaron una pequeña oficina con todo lo necesario.

Me dediqué al trabajo con interés y después de algunas horas de combinaciones complicadas, me di cuenta que no podía encontrar ninguna seña que me in-

Un dulce calor nos
invadía... Yo estaba
enamorado de Ma-
bel...

dicase estar sobre alguna pista. Durante horas buscaba, combinaba, establecía clave tras clave y todo en vano. Ningún resultado.

Un día a la hora de almuerzo un detective llamado Johnson a quien no había visto hasta ese entonces me vino a buscar. Salimos. En el corredor le miré y le propuse:

—¿Vamos a almorzar?

Johnson contestó tranquilamente:

—¿Por qué no?

Salimos a almorzar; pagué por los dos y Johnson no vió ningún inconveniente en esto. Después de almuerzo, y ya de nuevo en mi oficina, seguía descifrando, cuando de repente vi que estaba sobre una pista. En ese mismo momento alguien entró en la pieza y miró mi trabajo por encima de mis hombros. Era Benham.

—¿Qué tal? ¿Cómo anda eso?

Le expliqué en qué estaba, lo que había hallado y me puse a descifrar de nuevo. Aún no encontraba la clave, pero había notado una repetición sistemática de signos, cierto sistema... Estaba, por lo visto, en buen camino.

Sin decirme una palabra, Benham, recogió los papeles y me dijo:

—Haga un informe de esto, para Washington.

Lo hice y fué enviado a la capital. Terminé precisamente a las cinco, hora en que entró el simpático Johnson, quien al verme lanzó un amistoso «hello».

Ibamos en dirección a Brooklyn, cuando le pregunté con cierta nerviosidad:

—¿Debo volver a una hora fija a la cárcel?

Johnson mascó su cachimba y me respondió gravemente:

—Al Gobierno Federal le incumbe saber mejor a qué hora necesita sus servicios.

Esto era expresarse con diplomacia y tacto. Tenía ante mí a un hombre de talento y para serle más grato le propuse entrar al bar más cercano. A Johnson no le gustó el bar elegido por mí, pues lo conocían bastante como detective y además habían unas damas a las cuales mi amigo había tomado presas en otra oportunidad. Me propuse otro bar el que efectivamente era mejor que el mío. Y en lo que se refiere a chicas, éstas eran deliciosas. ¡Estos detectives!...

Al tercer día Benham me vino a buscar; su apariencia no era la de un hombre tranquilo. ¿Se habrían dado cuenta de nuestras escapadas nocturnas? A pesar de todo me dijo con mucha tranquilidad:

—Su informe causó una impresión extraordinaria en Washington. Siga con su trabajo. Aquí tiene otros telegramas más.

Seguí trabajando. Johnson, como siempre, venía todos los días a buscarme. Una tarde, emprendiendo nuestro camino hacia el cabaret, me dijo tímidamente:

—Quisiera... Si usted me permite... Tengo unos compañeros muy simpáticos con los cuales podríamos pasarlo muy bien.

No podía desear nada mejor que llevarme to-



Uno de ellos mencionó un bar donde se bailaba completamente desnudo...

dos los detectives al bar. Efectivamente al día siguiente estuvimos todos reunidos bajo la tenue luz del local y bajo el efecto de la música voluptuosa del jazz. Un dulce calor nos invadía... Por lo que a mí se refiere estaba enamorado de una tal Mabel a quien le contaba la historia de mi vida cuidadosamente expurgada. Mi encantadora amiga encontraba todo lo que le decía muy interesante, prometiéndome ayudarme en todo, pues le había dicho que necesitaba una pieza o departamento muy estratégico, para cuando pudiese escapar a mis guardianes. Estaba de acuerdo definitivamente con Mabel, cuando llegaron a sentarse a la mesa los otros amigos que hasta ese momento se habían dedicado a las delicias del baile. Uno de ellos mencionó un bar que conocía por haber estado de servicio en él y donde se bailaba *completamente desnudo*. Esta idea despertó el entusiasmo de nuestras jóvenes y hermosas acompañantes, las que decidieron, impacientes, ir cuanto antes a dicho bar.

UN ENCUENTRO

Fué una idea funesta, al menos para mí, ir a aquel bar ese día; porque mi mala estrella quizo que se encontrara en él, nada menos que

el Juez Federal, Veeders, por cuyas manos pasó el proceso Lincoln en primera instancia. ¡Qué mala suerte! Me reconoció, y esto fué la causa de que al día siguiente no me llevaran a mi oficina. Adiós proyectos htrmosos de evasión... Adiós Mabel y mi pequeño departamento secreto...

Después de algunos días reapareció Johnson y me llevó nuevamente a mi oficina y de ahí a mi cárcel, sin decirme una palabra y fumando su cachimba silenciosamente. Pasó así algún tiempo hasta que un día Johnson me dijo:

—Hemos sido bien idiotas al ir a un bar como el del hotel Clarendón, donde va gente conocida. Ahora pienso ir a otra parte, donde no vayan los jueces.

Esa misma noche nos reunimos con Mabel y Ethel que se dedicó a Johnson, haciéndole imposible ver lo que pasaba a su alrededor.

Al día siguiente vino a verme una joven enviada por mi editor, pues mi libro estaría listo en quince días más. Antes de irse me susurró al oído:

—Si quiere hacer un reclame gigantesco, trate de fugarse cuánto antes.

Como se comprende, el editor era un excelente hombre de negocios.

Johnson llegó a la una de la tarde del día siguiente. Le pregunté sorprendido:

—¿Por qué tan temprano?

—Arreglé una pequeña excursión con Ethel hoy...

—Pero me falta mucho para terminar mi trabajo y los señores en Washington lo esperan con impaciencia. ¿Qué hacemos? — Como Johnson no me contestase nada, le propuse:

—Vaya a su pic-nic tranquilamente, dé mis saludos a Ethel y en la noche lo esperaremos con Mabel en el bar.

—Perfectamente — contestó el detective, y partió alegremente.

En la noche me fuí a la cita con Mabel, con quien conversé detenidamente de la evasión; por otra parte, ella se habría ido a ver con mi editor, quien le había dado recado para que me dijera que me fugara cuánto antes.

Estábamos en lo mejor de nuestra conversación cuando llegó Johnson asustado, pero al verme se tranquilizó y me dió las gracias por mi «honorabilidad». Como Mabel y Ethel tenían que hacer, nos despedimos, prometiéndole a mi chica que nos veríamos en el lugar que teníamos acordado.

El programa de aquella noche fué agotador; dos bares, un café, después teatro. Debíamos encontrar a las jóvenes en una hora más y por lo tanto después del teatro caminamos sin rumbo con Johnson por las calles animadas de Nueva York.

Aquí el momento llegó.

Estábamos frente al hotel Knickerbocker y, pretextando una diligencia cualquiera, le dije a Johnson que me esperara un momento. Sin decirme una palabra se tendió en una de las butacas del sumptuoso hall, mientras yo, que conocía perfectamente el hotel, bajaba por el ascensor al subterráneo

el que tenía una salida a una estación del «metro».

Como se comprenderá, me fuí lo más rápido posible a la estación de los tranvías subterráneos y tomé el primero que pasó.

¡Adiós, querido Johnson! Lamento mucho...

¡Qué sensación más agradable ser libre otra vez! Descendí en una estación lejana, tomé un taxi y me fuí al lugar donde Mabel me esperaba. Unos momentos de despedida y luego volví a partir. Tomo un tren que atraviesa los campos con una velocidad desenfrenada y luego estoy en un pequeño pueblo escondido, acogido por un fiel alemán.

Pronto la lectura de los diarios me hizo comprender que mi editor era un hombre de negocios; pues al mismo tiempo que salieron los títulos en letras grandes en las primeras páginas: LINCOLN SE FUGO, HA DEJADO UNA CARTA AL GOBIERNO FEDERAL.— NO QUISO SER ENTREGADO A INGLATERRA. Aparecieron en los mismos diarios unos avisos grandes: SU LIBRO SALE AL MERCADO MAÑANA.

UN REPORTAJE SENSACIONAL

—¿New York American?

—New York American; el redactor jefe.

—Habla Lincoln.

—No entiendo.

—Lincoln... Lincoln, el fugitivo...

Oigo un ligero ruido causado por un movimiento involuntario, después:

—¿Esté loco?

—De ninguna manera. Es Lincoln en persona quien le habla.

—¡Formidable! Venga inmediatamente a la redacción... Le reservo cuatro columnas... ¿Dónde está usted? ¿De dónde habla? Tome un taxi inmediatamente.

—¿Cómo sabré que no me preparan ustedes una trampa?

—¿Nos toma usted por agentes de policía?— gritó una voz furiosa—. No tenemos nada que ver con los asuntos de la policía. Palabra de honor que nada le sucederá; pero venga por el amor de Dios y venga pronto.

—Conformé.

—Rápido. Haré parar las máquinas.

El redactor en jefe ya me estaba esperando con visible impaciencia. Me llevó corriendo a su oficina donde ya estaba instalada una taquígrafa.

—Caramba, Lincoln. ¿Cómo pudo usted salir de su cárcel? Hable... Pero hable rápidamente, porque ya no puedo atrasar el diario más.

Hablé y la taquígrafa tomó todo. El redactor le arrancaba las hojas llenas y las pasaba a otra pieza. Cuando terminé le dije brevemente:

—500 dólares.

—Imposible. Nunca pagamos más de trescientos.

No acepté. Hice como si partiera.

—Conforme — dijo al fin al ver mi aire decidido — que sean 500.



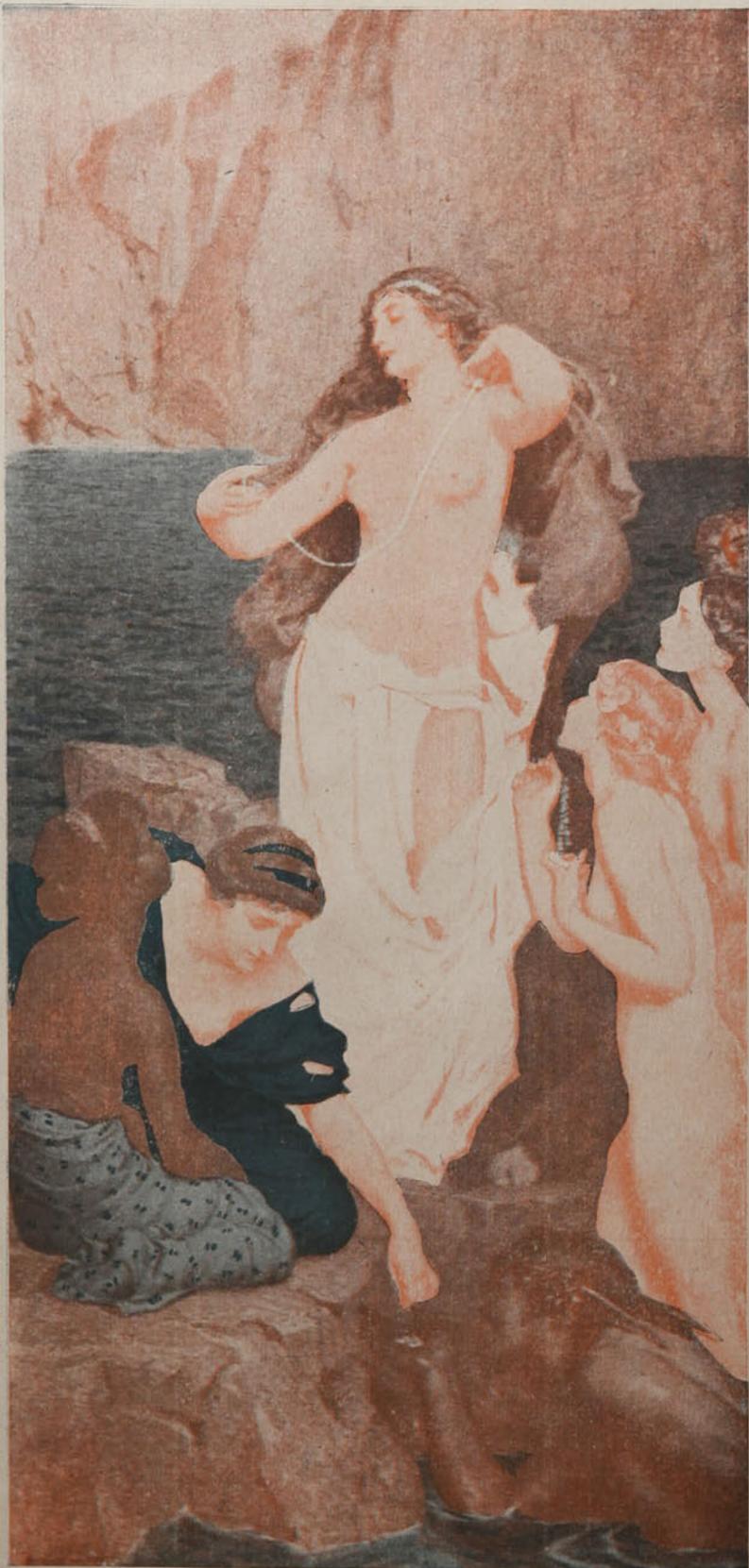
Esa misma noche nos reunimos con Mabel y Ethel.

(CONTINUARA)



Hay seres que añoran todo lo
que se puede ambicionar en
la vida: alegría, belleza y
placer. Y la foto que repro-
ducimos nos muestra a una
mujer que, en su actitud de
espera, reúne todo lo que en
el más fantástico de los sue-
ños se podría concebir.

«Las perlas de
Afrodita», célebre
cuadro de Herbert
Draper.





Yo Ju

M. R.

Es propiedad.

AÑO I N.º 3

0.60



Señorita: como quieren los hombres que Ud. sea

Consejos de don Juan

Las manos. ¡Nada tan expresivo como ellas! Son como el surtidor que derramara nuestros afectos, así como son, también, el baluarte de nuestra defensa. Unas manos bien cuidadas y expresivas son para toda mujer el realce de su encanto si las emplea con fina coquetería en los ademanes de su conversación o en el homenaje de sus caricias. Para realzar su belleza hay que tener el mismo cuidado que en el maquillaje de la cara. Debe estudiarse con prolijidad el barniz de acuerdo con el color de la piel; porque es desastroso una mano con uñas que resalten chillantemente y acusen de inmediato un pésimo gusto.

Tenemos pues, estimadas lectoras los requisitos externos necesarios para agradar de acuerdo con el gusto general de los hombres. No obstante hay mucho terreno todavía que recorrer para alcanzar esa plenitud que hace de toda mujer un ser atrayente, muy femenino y por lo tanto, encantador.

Principiaremos por la etapa de las confidencias, no sin antes hacer un paréntesis en una situación que a menudo resulta embarazosa para hombres y mujeres que son presentados por primera vez y que antes se conocían de vista. Muchas veces estas presentaciones son la coronación de un deseo de conocerse y lo natural sería que todo marchara desde ese instante a las mil maravillas y, sin embargo, no es así. He podido comprobar en infinidad de casos de amigos míos que estaban enamorados de chiquillas a quienes solo veían a la distancia en teatros y paseos y que una vez frente a frente, no encontraron nada que decirse, terminando por huirse mutuamente, talvez avergonzados de su derrota.

Si analizamos a fondo este «caso», se llega a la conclusión que la mujer, por un exceso de coquetería y sabiéndose solicitada, disimu-

la su interés, fingiendo una frialdad que desarma a cualquier joven por experimentado que sea en lides de amor. Sé también por muchas de mis amigas que han llorado amargamente después de una reunión al ver frustradas sus ilusiones. Creo que una acogida amable que predisponga al hombre a manifestarse, no está demás. Un pretexto cualquiera puede servir para volver a reunirse o verse en otro sitio.

Hay confidencias a las cuales se las podría calificar de saludables porque abren un horizonte a la mayor comprensión y ayudan a ambos a conocerse en sus defectos y cualidades. Estas son las necesarias, las que deben irse proporcionando con tino en las primeras entrevistas. Las otras, aquellas que tratan de amores pasados y que las mujeres prodigan en la creencia de que así van a interesar más, son totalmente contraproducentes. Los hombres vienen a interesarse por el pasado de la mujer, cuando principian a pensar en el matrimonio; y quien dice matrimonio dice, por lo menos, un año de pololeo. Antes, una conversación de esta índole donde ella relata lo que sufrió o lo que hizo sufrir porque el «otro» se lo merecía, produce tal desastre en el ánimo del hombre que las oye que se puede predecir, sin temor a equivocarse, una ruptura a corto plazo. Si supieran las mujeres qué clase de pensamientos cruzan por la mente cuando se las oye decir: —«Tuve un novio que fué un canalla y a quién creía todo un caballero; pero actualmente lo odio». O bien, «Era tan leso ese tipo que me reía de él a cada instante. Figúrate que una vez...» Y así sigue la confidencia barrenando el entusiasmo y dejando que nuestro egoísmo agujeronee a la fantasía y vaya más allá de las realidades que fueron...

DON JUAN.

SUMARIO

LA PATRONA. — ¿Qué puede hacer un joven estudiante de Leyes en París que quiere divertirse? **GUY DE MAUPASSANT** nos da la respuesta en este cuento lleno de gracia y originalidad.

LA NOVELA DE UNA MUJER DE MUNDO. — Continúa esta serial apasionando a los lectores por el realismo de sus capítulos. En el que damos ahora se ven las inquietudes de la mujer ante la perspectiva de ser madre.

CRONICAS GALANTES DEL VIEJO PARIS. — ¿Quién no ha oído extasiado hablar de las maravillas del París galante de otras épocas tan distinto del actual, comercializado por los yanquis? En esta crónica se relatan muchas anécdotas sabrosas acerca de ese París galante que todos llevan en la imaginación.

¿QUE COSAS LE CONTAREMOS A NUESTROS NIETOS? — Hay muchos acontecimientos en la vida diaria que serán una novedad para nuestros nietos y algunos de los cuales relatamos a nuestros lectores. ¿Hay alguien que se acuerde de la ciudad que se hundió en el Norte?

ADEMAS

Señorita: Cómo quieren, los hombres que Ud. sea. (Consejos de Don Juan).

Curso de corte y confección.
Los mejores tejidos.

LOS OJOS DEL OTRO (cuento).

EN LA ERA DE LOS SEDUCTORES.

EL MAS AUDAZ DE LOS AVENTUREROS (continuación).

Modelos muy prácticos para la oficina y la calle; dos de ellos con sus moldes respectivos.

EN EL CAMINO

COMO viajero que sigue su camino impulsado por un optimismo y deseo de proporcionar a los lectores un rato de solaz, contemplamos a la vera de él, muchos hechos y acontecimientos que producen tristeza y malestar. Son pequeños problemas de la vida diaria que impiden el franco y alegre esparcimiento de los ciudadanos.

Para estos pequeños problemas que, unidos, forman lo desagradable de la existencia, dispondremos en lo sucesivo en nuestras páginas una sección especial que irán señalándolos a la consideración del público. Para esto contamos con la cooperación de nuestros lectores, que podrán, desde ahora, escribirnos acerca de aquellas deficiencias que provocan molestias en el público ya sean éstas relacionadas con los artículos de consumo, cuando el comercio de ellos implique un abuso, o de cualquier otra materia, que por su índole interese a la colectividad.



LA PATRONA

POR GUY DE MAUPASSANT

Y O vivía entonces, dijo Georges Kervelen, en una casa amoblada de la calle Saint-Péres.

Cuando mis padres decidieron que fuera a estudiar leyes a París, se produjeron grandes discusiones para arreglar mi situación. Se había fijado en dos mil quinientos francos la cifra de mi pensión, pero mi pobre madre expresó su temor a mi padre: «Si gastara mal todo su dinero y no se preocupara de su alimentación, su salud se resentiría mucho. La gente joven es capaz de todo».

Entonces decidieron que se me buscaría una pensión, modesta y confortable, y que mi familia pagaría directamente su valor cada mes.

Nunca había salido yo de Quimper. Deseaba todo lo que se desea a esa edad y estaba dispuesto a vivir alegremente, en todo sentido.

Los conocidos a quienes se pidió consejo recomendaron a una compatriota, Mme. Kergaran, que recibía pensionistas. Mi padre trató entonces por carta con esta respetable persona, a cuya casa llegué una noche en compañía de mis maletas.

Mme. Kergaran tenía cuarenta años. Era fuerte, muy fuerte, hablaba con una voz de capitán instructor y decidía todas las situaciones con una palabra simple y definitiva. Su casa, completamente angosta, con una sola abertura hacia la calle en cada piso, parecía una escalera con ventanas o, mejor aun, una tajada de casa en sandwich entre otras dos.

La patrona vivía en el primer piso, con la empleada; se cocinaba y se comía en el segundo; cuatro pensionistas bretones vivían en el tercero y en el cuarto. A mí me dieron las dos piezas del quinto.

Una pequeña escalera oscura, retorcida como un tirabuzón, conducía a las dos bohardillas. Durante todo el día, sin parar, Mme. Kergaran bajaba y subía esta espiral ocupada con su casa como un capitán con su tropa. Entraba diez veces seguidas en cada departamento, vigilaba todo con un asombroso ruido de palabras, miraba si las camas estaban bien hechas, si los trajes estaban bien cepillados, si el servicio no dejaba nada que desear. En fin, cuidaba sus pensionistas como una madre, mejor que una madre.

Muy pronto trabé conocimiento con mis cuatro compatriotas. Dos estudiaban medicina y los otros dos leyes, pero todos sufrían el yugo despótico de la patrona. Le temían como teme un merodeador al guardia.

En cuanto a mí, sentí de pronto unos grandes deseos de independencia, porque soy rebelde por naturaleza. Empecé por declarar que quería volver a casa a la hora que me diera

la real gana, porque Mme. Kergaran había fijado las doce de la noche como último límite. A esta pretensión mía, clavó sobre mí sus ojos claros durante algunos segundos y después declaró:

—No puede ser. No puedo permitir que Anita se levante toda la noche. Nada tiene usted que hacer afuera pasada cierta hora.

Respondí con firmeza:

—Según la ley, señora, tiene usted la obligación de abrirme a cualquiera hora. Si se niega, dejaré constancia ante los guardias de la ciudad, y me iré a dormir a un hotel, por cuenta suya, como es mi derecho. Usted verá. O me abre o me despide. La puerta o el adiós. Elija.

Al imponerle estas condiciones me ref en su misma cara. Después de un primer estupor, quiso parlamentar, pero yo me mostré intratable, y cedió. Convinimos en que me daría un llavín, pero con la formal condición de que nadie lo supiera.

Mi energía hizo una saludable impresión en ella y en adelante me trató con un marcado favor. Tenía atenciones especiales, pequeños cuidados, delicadezas para mí, y aun una cierta ternura brusca que no me desagradaba del todo. Algunas veces, en mis momentos de alegría, la abrazaba sorpresivamente, nada más que por la bofetada que me daba después. Cuando alcanzaba a bajar la cabeza, su mano pasaba sobre mí con la rapidez de una bala, y yo refa como un loco al escapar, mientras ella gritaba: «¡Ah!... ¡Canalla!... ¡Canalla!... ¡Ya me las pagará!...

Pero he aquí que yo empecé a hacer amistad, en la calle, con una chiquilla empleada en una tienda.

Ya saben ustedes lo que son estos amoríos en París. Un día, en camino hacia la Escuela, se encuentra uno con una joven persona que se pasea del brazo de una amiga, antes de entrar al trabajo. Se cambia una mirada y uno siente dentro de sí



mismo una pequeña sacudida. Una de las cosas encantadoras que tiene la vida son estas rápidas simpatías físicas que hacen nacer un encuentro, esa ligera y delicada seducción que se siente de pronto al roce de un ser nacido para agradarnos y para ser amado por nosotros. Será poco amado o muy amado... ¿Qué importa eso? Está en su naturaleza el responder al secreto deseo de amor de la nuestra. Desde la primera vez que se ve ese rostro, esa boca, esos cabellos, esa sonrisa, se siente que ese encanto entra en uno con una alegría dulce y deliciosa, se siente que nos penetra una especie de feliz bienestar y nace una ternura, confusa todavía, que nos lanza hacia esa mujer desconocida. Parece que hubiera en ella un llamado al que hay que contestar, una atracción que nos solicita; parece que se la conoce desde hace mucho tiempo, que se la ha visto antes, que se sabe lo que ella piensa.

Al día siguiente, a la misma hora, se vuelve a pasar por la misma calle. Está ahí otra vez. Se vuelve al día siguiente, y al siguiente. Por fin, se la habla. Y el amorío sigue su curso regular, como el de una enfermedad.

Y así, al cabo de tres semanas, yo estaba con Ema en el período que precede al de la caída. La caída misma hubiera tenido lugar antes, si yo hubiera sabido provocarla. Mi amiga vivía en familia y se negaba, con una particular energía, a franquear las puertas de un hotel amoblado. Yo me devanaba los sesos tratando de encontrar un medio, un ardid, una ocasión. Por último, tomé una resolución desesperada y decidí hacerla subir a mi departamento una noche como a las once, con el pretexto de tomar una taza de té. Mme. Kergaran se acostaba todos los días a las diez. Podría, pues, entrar sin ruido, valiéndome de mi llavín, sin llamar la atención de nadie. Bajáramos en la misma forma después de una o dos horas.

Ema aceptó mi invitación, después de hacerse rogar un poco.

Pasé un día pésimo. No estaba tranquilo. Temía complicaciones, una catástrofe, algún espantoso escándalo. Llegó la noche. Salí y fui a una cerve-

cería, donde tomé dos tazas de té y cuatro o cinco vasitos para darme valor. Después fui a dar una vuelta por el barrio Saint-Michel. Oí dar las diez, las diez y media, y me dirigí, con pasos lentos, hacia el lugar de la cita. Ema me estaba esperando ya. Se cogió a mi brazo, regalonamente, y partimos. A medida que me acercaba a la puerta de la casa, aumentaba mi angustia. Pensaba: «Con tal que Mme. Kergaran se haya acostado».

Dije dos o tres veces a Ema: «Sobre todo no hagas ni un solo ruido en la escalera».

Ella se puso a reír y dijo: «¿Teme que le oigan?»

—No, contesté. Pero no quiero despertar a mi vecino, que está gravemente enfermo.

Llegamos a la calle Saint-Pères. Me acerco a la casa con esa aprensión que nos coge cuando vamos al dentista. Todas las ventanas están a oscuras. Todos duermen, sin duda alguna. Respiro. Abro la puerta con precauciones de ladrón, hago entrar a mi compañera. Vuelvo a cerrar y subo la escalera en la punta de los pies, reteniendo el aliento, y encendiendo fósforos para que la joven no tropiece. Al pasar frente a la pieza de la patrona, siento que el corazón me late precipitadamente. Llegamos por fin al segundo piso, al tercero, al quinto. Entramos a mi departamento. ¡Victoria!

La patrona, entrando bruscamente, dijo en un tono altanero que yo no le conocía:

—«No quiero muchachas en mi casa, señor Kervelen».

Yo balbucí:

—«Pero, Mme. Kergaran, la señorita es una amiga. Venía a tomar una taza de té conmigo».

La gruesa mujer volvió a hablar:

—«No hay necesidad de estar en camisa para tomar una taza de té, dijo. Haga salir inmediatamente a esta persona».

Ema, consternada, empezó a llorar, ocultando la cara con su falda. Yo enloquecía, sin saber qué hacer ni qué decir. Y la patrona agregó, con una irresistible autoridad:

—«Ayude a vestirse a la señorita y sáquela de aquí inmediatamente».

No me quedaba otra cosa que hacer, desde luego; recogí la ropa que había caído al parquet y la pasé por la cabeza de la muchacha, con una pena infinita, esforzándome por abro-

charla, por acomodarla. Ella me ayudaba, llorando siempre, medio loca, apresurándose, cometiendo toda clase de errores, sin encontrar los cordones ni los ojales. Y Mme. Kergaran, impasible, de pie, con su vela en la mano, nos alumbraba, en una pose severa de ajusticiador.

Ema, entretanto, precipitaba sus movimientos, se cubría, anudaba, ponía alfileres, furiosamente atormentada por un imperioso deseo de huir, y sin siquiera abrochar sus zapatos, pasé corriendo ante la patrona y se lanzó por la escalera. La seguí, en zapatillas, medio desvestido también, repitiendo: «¡Señorita!... ¡Señorita!»...

Yo comprendía que debía decirle algo, pero no encontraba nada. Conseguí alcanzarla en la puerta de calle, pero me rechazó violentamente, balbuceando con voz baja y nerviosa: «¡Déjeme!... ¡Déjeme!... ¡No me toque!».

Y huyó hacia la calle, cerrando la puerta tras ella.



Me volví. Mme. Kergaran se había quedado en lo alto del primer piso y yo volví a subir con pasos lentos, esperándolo todo y dispuesto a todo.

La pieza de la patrona estaba abierta. Me hizo entrar en ella, diciendo con un tono severo: «Tengo que hablarle, señor Kervelen».

Al pasar delante de ella, bajé la cabeza. Puse la vela sobre la chimenea, y después cruzando los brazos sobre su potente pecho, que apenas cubría una camisola blanca, me dijo:

—¡Ah, señor Kervelen! ¡Ha tomado usted mi casa por una casa pública!

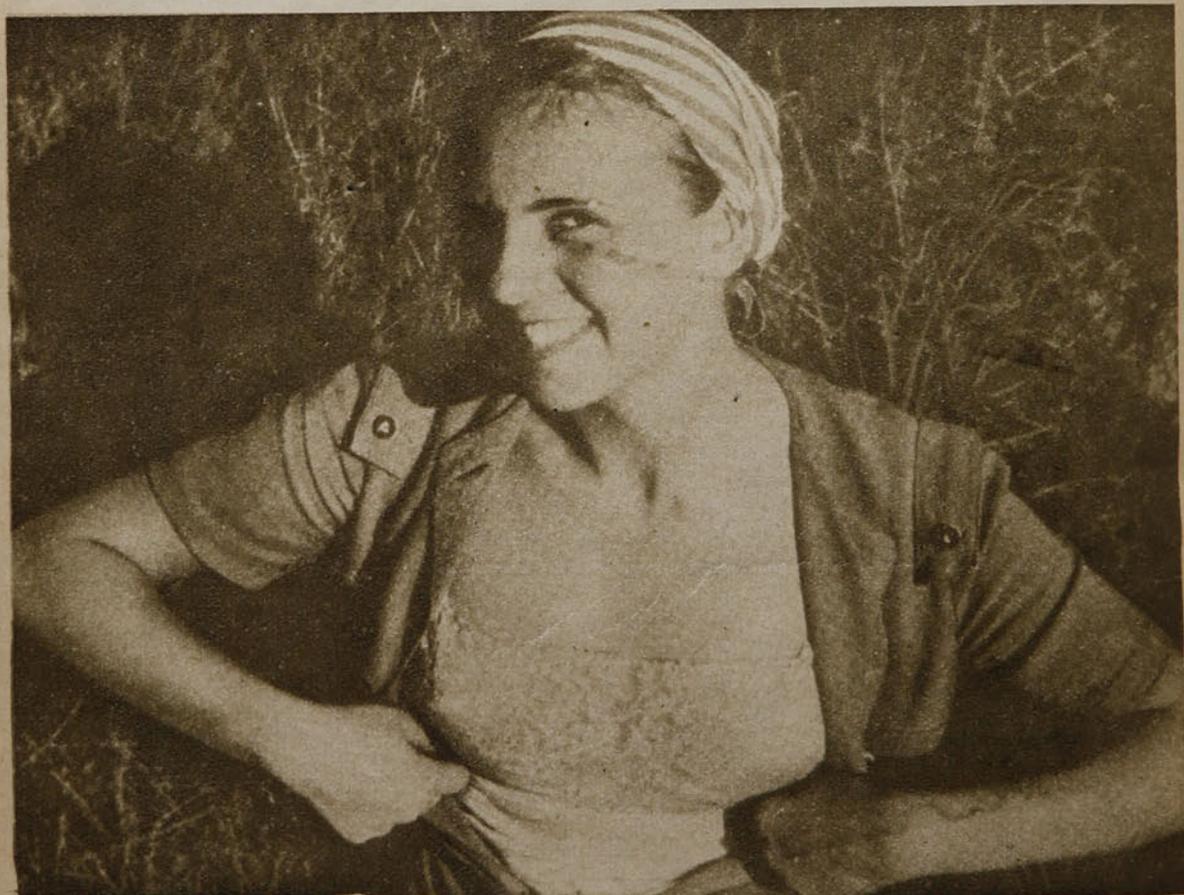
Yo estaba avergonzado. Murmuré:

—Pero no, Mme. Kergaran. No debe enojarse. Comprendo. Ya sabe usted lo que es un hombre joven...

Ella contestó:

—Jovencito, cuando le asalten esos ímpetus de hombre joven, arrégleselas conmigo.

La miré detenidamente y pensé que no era una mala transacción para terminar mi frustrada aventura.



Arrégleselas conmigo.

LA NOVELA DE UNA MUJER DE MUNDO



III

La muerte de mi madre, a quien ya yo tenía que temer molestarla con mi mala conducta, me confirmó en mi intención de "vivir mi vida". Y seguramente habría pedido el divorcio por "incompatibilidad de humor", sabiendo que Bertrand había hecho felices especulaciones en la Bolsa, cuando con horror me di cuenta de que estaba encinta. La maternidad no entraba, en forma alguna, en mis proyectos. Creía haber tomado todas las precauciones, pero... siempre hay que contar con la mala suerte... Estaba desesperada.

Un gran número de conversaciones con mujeres me había revelado hasta qué punto el problema de la maternidad horrorizaba a mis amigas, para que mi primera idea no fuera la de recurrir a su experiencia. Todas aquellas a quienes di cuenta de lo que me pasaba, me hicieron muchas preguntas indiscretas y me compadecieron sinceramente; ninguna me

aconsejó resignarme a mi suerte. Me dieron muchos remedios caseros; pero, la verdad es que no sabían mucho más que yo. Sus tizanas y sus drogas sólo consiguieron dejarme terriblemente enferma, hasta el punto de que temía no poder ocultar ya a Bertrand, a quien, por supuesto, no había dicho nada, la causa de mi tez lívida y de mis ojos ojerosos.

No hallaba qué hacer. Por último, tuve la idea de telefonar a Philippe. Era un excelente amigo, y corrió a verme desde el momento que supo que lo necesitaba. Me sentía molesta de tener que contar estas cosas a un hombre; pero, desde las primeras palabras, Philippe me interrumpió, con mucho tacto:

—No hay nada más sencillo. Tú comprendes que un hombre como yo, que pre-

fiere las solteras, tiene necesidad de tomar ciertas precauciones contra las consecuencias desagradables. Aquí tienes dos direcciones: ve a ver primero a esta Mme. Dupont. Sus métodos son absolutamente sin peligro, pero no siempre eficaces. Si ella no basta, te vas donde Mme. Vieuxbois, matrona diplomada, ayudante de confianza de un ginecólogo de hospital. Con ella tendrás el *mínimum* de peligros.

Di las gracias a Philippe, y al día siguiente, vestida según sus consejos, en la forma más sencilla posible, fui a ver a Mme. Dupont. Vivía en una casa del barrio de la Bolsa, con dos salidas. Después de parlamentar a través de una ventanilla, pude hablar con ella. Le conté que yo era ballarina, y que mi oficio me impedía tener hijos por el momento. Me hizo unas manipulaciones, me pidió quinientos francos, "por ser yo", y me retiré sin grandes esperanzas.

Aquella noche, mi marido y yo estábamos invitados a una gran comida ofrecida por el presidente de una sociedad de que Bertrand era administrador. De sobremesa, la conversación recayó sobre el crimen de una sirvienta que había descuartizado a un hijo recién nacido.

Un célebre abogado, que se encontraba allí, se puso a contar, por supuesto sin mencionar nombres, algunos casos curiosos sobre los cuales había sido consultado.

Una joven, muy rigurosamente educada, había encontrado el medio de escapar a

la vigilancia de su familia, y un día debió confesar a su madre que se encontraba encinta...

Los padres pusieron en práctica toda una complicada combinación, para explicar a los parientes y amigos que su hija iba a pasar varios meses en Inglaterra. En realidad, se fué a una pequeña aldea de provincia. El hijo fué colocado en casa de una nodriza discreta; la joven volvió junto a sus padres, y la vida reanudó su curso ordinario. Nadie, con excepción de éstos, sospechaba nada; pero se había puesto en antecedentes para que sirviera de intermediario con la nodriza, a un viejo ayuda de cámara, que servía desde hacía veinte años en la casa y que parecía tener por la joven un afecto respetuoso.

Pasaron dos años. La muchacha encontró un hombre que se prendó de ella y pidió su mano. Lealmente, ella le confesó su falta, y él consintió en reconocer como propio a ese hijo por quien siempre habían velado sus abuelos. Los desposados fueron a la oficina del registro civil, donde el niño había sido inscrito como "de padre desconocido", y allí, estupefactos, pudieron comprobar que, poco después del nacimiento, había sido reconocido por el viejo sirviente... Sabiendo éste que, en conformidad a la ley, los hijos tienen la obligación de proveer a las necesidades de sus padres, había ideado ese medio para asegurarse una vejez apacible... Y se hizo pagar bien caro...

¿Qué hacer? La maternidad no entraba en forma alguna en mis proyectos.



Otro día, el abogado vió entrar a su estudio a una mujer de unos cuarenta años, que debía haber sido bonita, pero que iba vestida de una manera tan sencilla y fuera de moda, que a nadie habría interesado en la calle.

—Mi caso — dijo — es muy sencillo. Tengo cuatro hijos y, para ellos, una aya. Esta ha sido seducida por mi marido y está en cinta. Ni ella, ni él, ni yo, queremos consentir en que ese hijo, inocente e irresponsable, sufra la condición de ilegítimo. Hemos pensado en un plan respecto al cual quiero que me diga si tiene algún peligro y, en este caso, a qué sanciones estamos expuestos. Tres meses antes del nacimiento, anunciaré que estoy encinta, y que parto a Suiza con mi marido. La verdad es que éste llevará al aya a un lugarcito de provincia donde pasarán como marido y mujer, pues ésta llevará todos mis papeles. Así, al nacer el niño, será inscrito como hijo legítimo mío y de mi marido. Nos juntaremos todos en París, y nadie sabrá jamás que el recién nacido no es mi hijo.

El abogado explicó a la señora que, en realidad, no corría grandes riesgos, y que, aun en caso de que fuera descubierta esa falsificación del estado civil, los loables motivos que la habían provocado producirían la indulgencia del jurado.

Viendo el éxito de sus cuentos, el abogado siguió con otros, todos relacionados con el tema de la maternidad. Bertrand tenía siempre esa obsesión de tener un hijo. Yo, mientras tanto, inquieta por el giro de la conversación, debía estar con aspecto de preocupación, porque, cuando volvimos a casa, mi marido me dijo:

—Se te nota triste. Ya me imaginaba que esa charla había de serte desagradable.

Esa solicitud de Bertrand me avergonzaba, y a pesar de ello no tuve ni por un momento la idea de hacerle a él, que me había cuidado tanto, el don de un hijo, el más grande que una mujer pueda hacer a un hombre.

Algunos días después, como el procedimiento de Mme. Dupont no había dado resultados, decidí emplear los grandes me-



Mi marido me invitó a un paseo campestre.

dios, y me dirigí a casa de la matrona Mme. Vieuxbois. Me recibió una mujer bien vestida, de aire acogedor. Dije algunas frases titubeantes para explicar el motivo de mi visita; pero ella me cortó la palabra:

—¡Qué molesto es, señora — me dijo mirándome fijamente — que su lesión al pulmón (por supuesto que yo no le había hablado nada de lesión al pulmón) la obligue a recurrir a esta pequeña intervención! Voy a hacerla ingresar a una clínica en que un médico amigo mío le hará un tratamiento, y en bien pocos días Ud. estará en pie.

Tuve que explicarle que mi marido no estaba al corriente.

—Entonces, es mucho más difícil...

Reflexionó un instante, examinándose como para averiguar mis posibilidades financieras.

—Le costará cinco mil francos.

Habría dado aún más por verme libre de mi pesadilla; pero, impulsada por no sé qué presentimiento, le pedí tiempo para reflexionar durante una semana todavía. La matrona aceptó, con un aire molesto.

Al día siguiente, que era domingo, Bertrand me propuso ir a almorzar al campo. El restaurante era bueno, y, para cambiar de ideas, bebí bastante. A la vuelta, me sentía un tanto embriagada, pero insistí en manejar el coche. Como siempre, Bertrand cedió a mi capricho.

Era un auto de ocho cilindros, que literalmente parecía volar. Estaba embriagada tanto por el alcohol como por la velocidad, y las observaciones de Bertrand, a quien adivinaba ansioso, me hacían ir todavía más ligero. Bruscamente me di cuenta de que estaba borracha como jamás lo había estado en mi vida. Se apoderó de mí una especie de locura; no me importaba nada morir: apreté a fondo el acelerador.



Recuperé el conocimiento en el hospital. No estaba gravemente herida, fué de graves consecuencias.

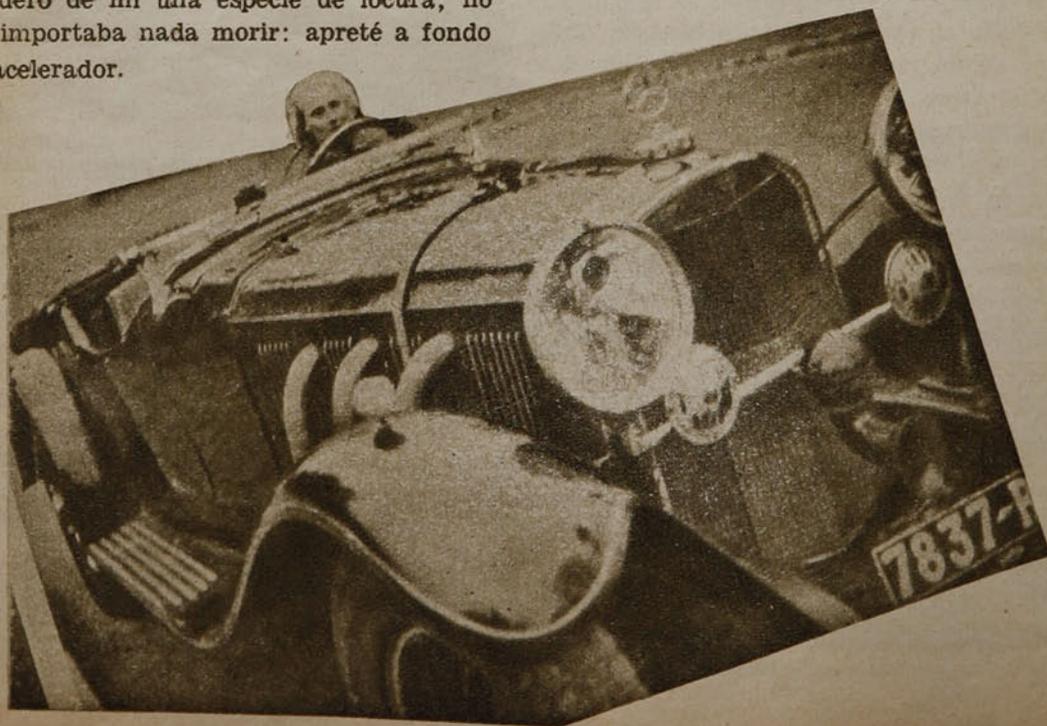
A través del camino entreví algo blanco y rojo. No disminuí la velocidad. El coche se estrelló contra la barrera de un paso a nivel. Me desvanecí.

Recuperé el conocimiento en el hospital. No estaba gravemente herida, pero la conmoción había provocado el aborto que había tratado de procurar por todos los medios.

En cuanto a Bertrand, había muerto instantáneamente.

(Continuará).

Una especie de locura se apoderó de mí y apreté a fondo el acelerador.



CRONICAS GALANTES DEL VIEJO PARIS

Por ANDRE BEUCLER

EN otros tiempos, cuando dos o más personas se daban cita en el reservado de algún gran restaurante, era únicamente para tratar asuntos de amor, y esta clase de conversaciones llegaba, casi siempre, bastante lejos.

«El señor conde une siempre la acción a la palabra», decía en la forma más seria del mundo a una joven que quería informarse sobre un huésped desconocido, el «maitre d'hotel» de un establecimiento «muy parisiense», quien, por lo demás, había visto otros.

Hoy día, la gente se encierra en un reservado para tratar cualquier asunto, comiendo cualquier cosa.

«Porque hablan de comer», dice el «chef», de una casa célebre, «en vez de decir almorzar o cenar». Y ahora, junto a los divanes de estos encantadores lugares, en vez de cualquier objeto lindo, se ven servilletas, documentos, libracos y hasta planos.

En otros tiempos, era la mujer la que procuraba que no la vieran, la que se disimulaba en la mejor forma para llegar apresuradamente, con las mejillas rojas, al pequeño templo de golosinas y de voluptuosidad, donde la esperaba un osado invitado. Hoy día son los hombres los que se ocultan, los que cruzan con la espalda encorvada la pequeña puerta. Las mujeres prefieren una sala común donde puedan mostrarse a sus semejantes. Y algunas ni siquiera temen comer en público con sus amantes. La guerra, la moda y, recientemente, la crisis explican — dicen algunos — este cambio. A estas razones conviene agregar la rareza de las vedettes. Ya no hay reyes, ni videntes ilustres, ni grandes cortesanas. Cuando M. X., presidente del consejo de administración de la sociedad Y, habla con un subsecretario en un gabinete particular, a nadie le interesa. Pero cuando un rey de Inglaterra, un gran duque o un personaje parisiense ofrecía una cena a dos o tres lindas mujeres, era muy diferente. «¡Qué quiere usted!» — me confía un viejo sumiller, cuyas confidencias revelarían muchos secretos a va-



rios gobernantes, muertos o vivos, «¡qué quiere Ud.!». «Hoy día uno se aburre con una mujer, y aun con dos, en una piecita estilo Loubet. Lo que allí se hace no tiene clase ya, ni calidad»...

Y dice estas palabras deliciosas:

«Ahora, el amor es algo mucho más higiénico. En mi tiempo era todo un problema, y cuando una mujer subía desnuda una mesa, entre señores, era a menudo después de una larga resistencia, y el espectáculo valía. Ahora, las pobres vienen medio desnudas ya al entrar y generalmente nunca se sabe de dónde vienen. No. Hábleme de las grandes horizontales de antes de la guerra»...

Y puede uno imaginar una canción que empezara así: «Si los maitres d'hotel supieran hablar»...

En realidad, lo que entonces se llamaba la «comedia parisiense», en la que tomaban parte todos los que en Europa tenían un nombre, no existe ya. No quedan de ella más que las deslumbradoras inscripciones en los espejos y toda clase de recuerdos que harían sonrojarse a la historia.

Los lugares mismos desaparecen: la Maison Dorée, el Café Inglés, Tortoni, Voisin, no existen ya. Los grandes videntes han desaparecido también. ¿Volveríamos a encontrarnos, por ejemplo, reunidos alrededor de una mesa, co-

mo el 7 de junio de 1867, en un salón del Café Inglés, al Zar, al Zarevitch, a Guillermo I y a cinco grandes duques? Ese día, estos señores se hicieron servir, sencillamente, un menu que costó apenas cuatrocientos francos por cabeza. Todos los viejos parisienses le dirán que, en ese tiempo, se sabía beber y comer con cierto vigor. Eduardo VII envió un día, para reemplazarlo en el Café Inglés, a un lord de alto vuelo, que se encargó de tomar dos mil quinientos francos en Chateau-Laffite, con algunos convidados, lo que, en esa época, representaba un considerable número de botellas.

El director de la casa, el «maitre» y los «garçons» participaban moralmente en estos festines, apreciaban, aprobaban, destapaban las botellas en calidad de peritos. Hoy día, ¿qué se ve? Banqueros, políticos, que sin arquear las cejas piden pescado frito y manzanas a la inglesa. Si el «maitre d'hotel» tiene alguna familiaridad con ellos, es para pedirles datos de la Bolsa. Sin embargo, uno de ellos fué demasiado lejos. Como tenía que servirle, muy a menudo, al director de una gran fábrica de calzado, le pedía que le hi-

El rey Eduardo VII, cuando era príncipe de Gales, fué uno de los más asiduos tertulios de los elegantes restaurantes de París.



ciera el favor de firmarles bonos para poder escoger mejor y en la fábrica misma los zapatos que más le gustaran.

—Las grandes comidas de ahora son emboscadas, y en cuanto a las pequeñas, son desastres, afirma un «viveur» de antes de la guerra, y las mujeres, aún las más banales, hacen una histotia de nada; nadie sabe ahora disponer un menú famoso; todos están apurados, porque quieren bailar o asistir a algún espectáculo. Entre a un establecimiento conocido, suba al primer piso. Sólo encontrará figuras de banquete en los salones, y corre el riesgo de pasar por un original bailarín. Pero en el tiempo de las «corzas», de las «grandes horizontales» Laura de Chiffreville, Fanny Robert, Emilianne d'Alençon, Liane de Pougy, los reservados estaban estrellados de brillantes, llenos de flores, tanto en invierno como en verano: el perfume de las cortesanas no se evaporaba nunca. Se sabía que todas las noches en París, en la Avenida de la Opera o en la calle Real, los grandes duques quebraban a una las copas y los platos, regaban de champagne el terciopelo de Utrecht y el amoblado Luis-Felipe de los salones, mientras los reyes, los mariscales, los embajadores, Canrobet, el duque de Alba, Morny, el príncipe de Orange y otros grandes señores desvestían mujeres... ¡Y qué mujeres!...

En el Segundo Imperio, una de las más vistas en los «restaurantes para amarse», fué la Barucci, cuyo verdadero nombre era Julia Beneni, célebre por sus muslos blancos y su busto. Al que fué más tarde Eduardo VII y a quien vió crecer la mayor parte de los «maitres d'hotel» parisienses, le gustaba mucho, como a tantos otros, pasar unos momentos con ella. Rogó un día al duque de Gramont que organizara una cena fina en un reservado del Café Inglés, ese gran 16, en que al parecer, pasa, como se sabe, el último acto de «La Vie Parisienne». Cuando llegó al Boulevard de los Italianos el día fijado para esta entreyista famosa, el príncipe de Gales supo que la Barucci no se había presentado todavía, y se mostró descontento. Esperó más de una hora, un poco desilusionado, mientras el duque de Gramont se paseaba de uno a otro lado en la pieza y no sabía dónde meterse. Por último, cuando llegó la joven, deslumbrante, adornada y perfumada, el duque creyó salir del paso presentándola a su huésped como la mujer más poco cumplidora de París. Por toda respuesta, Julia Beneni, que era tan orgullosa como hermosa, se contentó con abrir su corpiño y mostrar a Eduardo dos senos espléndidos, dos senos «como no los hay en Inglaterra», dice la canción, y el monarca olvidó en el acto que había esperado a una mujer cualquiera, que frecuentaba los chiribitiles de la Bastilla, él, que probablemente no habría esperado a un embajador.

Eduardo VII, el más ilustre de los «habitués» de los restaurantes de París, no se ocultaba para entrar a un reservado, y si se aleccionaba a los «garçons» y a las cortesanas cuando tenían que tratar a un monarca, con él no había que preocuparse del rey cuando se encontraba en la clásica decoración de pana roja. Esta comodidad iba tan lejos, que el príncipe

de Sagan, célebre por todos sus títulos y un poco por las cuentas fabulosas que pagaba, apostó un día que lo tuteaba en la primera cena en que se encontraran juntos. Pero se requería una ocasión especial, porque no se puede tutear de buenas a primeras al rey de Inglaterra. Al terminar, y como fuera necesario llamar al «maitre d'hotel», el príncipe dijo, con el aire más natural del mundo:

—Eduardo, ¿quieres llamar?

Hay ministros y príncipes del viejo continente que debieron o que deben tal vez su felicidad a un «maitre d'hotel» discreto que supo escogerles diestramente, la mujer de sus sueños. Se cuenta que un aguilucho de Europa central, conquistado por la modistilla que había cenado sobre sus rodillas, sencillamente vestida, la cubrió con el mantel para sustraerla a los ojos del personal, al que hasta entonces no había prestado atención, exigió en el acto (eran las dos de la madrugada) que le trajeran vestidos a su gusto, para ella, y se la llevó dormida a su país, diciendo al «maitre d'hotel»:

—Mándeme la cuenta.

La pequeña llegó a ser una gran dama con el tiempo. En revancha, entre las princesas de alto linaje que se divirtieron con los personajes de la corona, se cuenta un cierto número de hijas de conserjes o de muchachas totalmente desconocidas.

Hasta se dice que las palabras que puso Forain — gran historiador de la sociedad parisiense — en un dibujo que representaba a uno de sus personajes, habrían sido pronunciadas efectivamente en el umbral de un reservado, por una mujer cubierta de joyas, a quien su compañero de una noche tomaba por una condesa o por lo menos por alguna de las glorias de su tiempo.

«—Aquiles — dijo al «garçon», pasándole una botella y algunas provisiones—, te agradecería mucho que llevaras esto a Petit Paul, que me espera cerca del quiosco».

* * *

La popularidad tiene sus lados malos, sin embargo, y todas las damas que han frecuentado asiduamente o por casualidad los jardines secretos de los restaurantes a la moda, desde el Café Inglés hasta el Maxim's contemporáneo, no han sido felices; hay historias que han terminado en procesos. Ya se conoce la aventura de esa encantadora persona que Alphonse Daudet pone en escena en «Los reyes en destierro». Mme. San-

Cuando alguien se daba cita allí, era simplemente para tratar asuntos de amor, y esta clase de conversación iba casi siempre muy lejos.

cerre — ese era su nombre —, cenaba en un reservado con el príncipe de Orange y esperaba pasar allí una de las noches más hermosas y más tranquilas de su vida. Sin embargo, avisado el marido por algún soplón, llegó de pronto al establecimiento, acompañado de un criado, e hizo saber, en el tono que es de imaginar, que venía a buscar a su mujer y a administrar su merecido al amante. Pero el «maitre d'hotel» encargado de velar — por sobre todas las cosas — los intereses de sus clientes, se había adelantado para defender la entrada del reservado N.º 3, donde la pareja se divertía en grande. Como el marido empezara a gesticular, se le aconsejó que fuera a buscar sin demora, y como era costumbre, a un comisario de policía. M. Sancerre llamó inútilmente en las direcciones que le dieron y volvió furioso. Durante este tiempo se había comunicado la noticia a los enamorados, y Mme. Sanceyre, que se había asomado a la ventana, reconoció fácilmente al marido. El príncipe pensó primero en hacerla saltar por la ventana, pero habría sido lanzarla a la muerte. Después de algunas vacilaciones, la linda dama consintió en escapar por la escalera de servicio, disfrazada de pinche de cocina, y pasó a manos de los «garçons», quienes, según lo que dice la crónica policial, la «palparon», la dieron vuelta por todos lados y la vieron de muy cerca». Con un bonete en la cabeza, numerosos delantales y calzada con sandalias, la pecadora abandonó el Café d'Orsay en compañía de otro pinche que la llevó a casa de su madre. El asunto terminó en el Tribunal del Sena.

En nuestros tiempos, muchos maridos saben un buen día, cuando no lo saben desde mucho antes, que su mujer se irá a cenar en un reservado con un ministro o cualquier otro personaje



importante; pero dicen las personas calificadas y los interesados que no se molestan por tan poco, o bien se frotan las manos, porque las circunstancias ayudan a sus planes.

Sin embargo, algunos «tête-à-tête» han tenido para uno de los cómplices y aun para un simple testigo de una aventura de amor, un trágico desenlace que los ha perseguido durante un buen tiempo, cuando no los ha privado para siempre del placer de divertirse. Un amigo mío de esos a quienes les gusta divertirse, me contó (y Gastón Jollevet cita ya el detalle en su libro: «Recuerdos de la vida de placer en el Segundo Imperio») que entre las lindas mujeres que aceptan «pasar la noche» en un reservado, algunas se levantaban de la mesa por una u otra causa, y se paseaban por el pasadizo, como en una calle, decididas a cambiar de hombre durante la comida y a hacer amistad con otro más entretenido, más rico o más joven que el primero.

Este procedimiento puede tener sorpresas. Una de estas damas se encontró una vez cara a cara con un sudamericano, de quien había sido amante algunos años antes, y que hacía un mes que la buscaba en París, en los sitios de moda. A partir de ese momento, la desgraciada no se le escapó más. No solamente

no volvió al reservado, donde la esperó toda la noche un lord indulgente que sólo la quería para bien, sino que no se la volvió a ver más. Se sabe solamente que esa noche, después de cenar salió del brazo del sudamericano, aterrada.

Al lado de este probable crimen y de otros pequeños sucesos que recuerdan con tristeza algunos «maitres d'hotel», hay, felizmente, hechos más alegres en los anales de los «petits-salons». Algunos años, después de la guerra, se desarrolló una escena muy significativa, en ese tiempo del acercamiento franco-alemán, en un restaurant de la calle Real, con gran estupefacción y alegría de los asistentes. Pero como esta escena debía ser histórica, los actores la representaron en la sala común, en presencia de los «habitués» de la casa, franceses en su mayoría. Después de una excelente comida se vió de pronto a Thyssen, el hombre de la industria pesada de Alemania, el constructor de cañones, bailando al son de la Marsellesa con la marquesa de M., orgullosísima por esta nueva victoria.

Los reservados donde se daba cita la alta nobleza en tiempos de Luis Felipe, de Napoleón III y en los primeros treinta años de la Tercera República, los reservados donde se constituyeron muchos ministerios, donde se rompieron célebres «liaisons», los reservados de nuestros restaurantes que, como tantos otros «especializados parisienses» forman parte de la juventud de lo más representativo de entonces en Europa, no han cambiado casi en cuanto a decoración. Siempre es el mismo mobiliario, mitad Segundo Imperio, mitad Exposición Universal. La escalera es angosta, oculta y conduce a un entresuelo oscuro, con olor a caoba y a terciopelo viejo. Estas «piezas de placer» tienen algo de la sala de un consejo de administración o del compartimiento de un coche-cama. Los «maitres d'hotel», siempre respetuosos, no han perdido la encantadora costumbre de conocerlo a uno a la segunda visita. Si lo quisieran, serían una fuente inagotable de anécdotas; pero guardan sus historias para ellos, aun cuando se retiren de su trabajo. ¿Quién puede saber? El hijo o el nieto de uno de los trasnachadores de otros tiempos puede pasar, puede vivir cerca de ellos, y no hay que agraviar a nadie. Y, además, han visto tanto que su memoria confunde los nombres y las circunstancias.

ANDRE BEUCLER.

Antes, cuando las mujeres se entretenían con un señor, era siempre sólo después de una larga resistencia...



¿Qué cosa
que he-
mos vis-
to conta-
remos a
nuestros
nietos?

CORTEJOS FUNEBRES
QUE SE VOLCARON EN
CARROZA Y EN TREN.—
NIÑOS QUE SE BAÑAN
EN LAS PILAS DE
LAS PLAZAS.—LA VIEJA
BIBLIOTECA. — EL RE-
PARTO DE LOS DIARIOS
Y REVISTAS SANTIAGUINAS.— EL PARQUE Y
LA ESTACION MAPOCHO
EL PUEBLO QUE SE QUE-
DO BAJO LA LAGUNA

HEMOS pasado nuestra infancia y luego empezamos nuestra juventud poniendo atento oído a las cosas interesantes que nos cuentan nuestros mayores. Hay cosas que no se dicen en los libros ni quedan estampadas en las crónicas de los periódicos. No las sabríamos si los ancianos de hoy o de ayer hubieran dejado de contarlas. Sólo cuando hemos ido junto a una persona que nos llevara por unos veinte o cuarenta años hemos logrado saber cosas de verdadero color de la vida chilena o de la vida santiaguina en especial. El anciano que ha ido a nuestro lado, — acaso nuestro abuelo, — nos ha dicho al pasar por tal o cual calle: “¡Aquí funcionó el primer gran circo que llegó a Santiago! ¡Por esta calle



En el verano de 1932, unos lustrabotas se bañaron en la pila de la Moneda.

pasó el general tal con sus tropas cuando volvía de la guerra!”. Un anciano ha evocado siempre bellos episodios al pasar por nuestras calles junto a nosotros cuando éramos niños.

Y NOSOTROS, ¿QUE DIREMOS?

Después de recordar esto debemos meditar que un día también, nosotros santiaguinos niños, jóvenes o adultos de hoy seremos también ancianos. Y entonces ¿qué contaremos a nuestros nietos? ¿Tendrán



La estación Mapocho invadida de palomas.

nuestras anécdotas el interés que las cosas relatadas por los ancianos de ayer y de hoy han tenido para nosotros? Quedamos un instante en la duda, pero luego al recordar un grupo de hechos que hallamos pintorescos, estimamos que también los sabremos relatar con el colorido que se merecen. ¡Quizás!

Pasando, por ejemplo por la calle San Antonio diremos a nuestros nietos: "Un día de por allá del año 1923 o 26 una carroza fúnebre que precedía un cortejo chocó con un auto. Los caballos se espantaron y huyeron con la carroza la que dando saltos enor-

mes lanzó lejos la urna que al partirse dejó al muerto en medio de la calle. Cuadradas más allá los caballos desbocados chocaron con un carretón cervecero. Unas cuantas víctimas".

—¿Pero será la única vez que un cortejo fúnebre se accidenta? — preguntarán nuestros nietos.

Y nosotros agregaremos: "No. Una vez, como diez años antes de aquel suceso santiaguino, un tren que en un ramal de la frontera llevaba a un muerto y al cortejo fúnebre, se volcó con todos los carros y dejó un muerto y varios heridos entre los acompañantes".

HECHOS CURIOSOS

—¡Terrible! — exclamarán los nietos.— ¿Pero también

otros coches sin muertos se volcarían?

"—Claro. Un día al jefe de policía que hacía el recorrido de los comisarios de servicio, en 1923, en un viejo coche después de medianoche, se le espantaron los caballos. El cochero saltó lejos. El policial pasó por la ventanilla delantera al pescante en los momentos precisos que el coche se partía por la mitad y los caballos seguían corriendo solo con la parte delantera. De allí el policial saltó sobre los caballos y logró detenerlos".

Y cuando pasemos frente a la parte nueva de los Tribunales diremos a los nietos:

"Aquí existía un viejo edificio que ocupó en los últimos años la Biblioteca Nacional. Antes había servido de Tribunal del Consulado. Aquí se celebró la constitución de la Primera Junta de Gobierno el 18 de septiembre de 1810, y en una de sus salas abdicó O'Higgins. Antes estuvo allí la casa donde vivió el Padre Lacunza, famoso comentarista del Apocalipsis".

EN LA PLAZA DEL CONGRESO

Mirando la Plaza del Congreso o sea de los Tribunales, recordaremos que por aquí pasaban volando haciendo su distribución

de diarios en automóviles los suplementeros. Era un cuadro interesante el de aquellos muchachos en loca carrera con los diarios de la tarde y las revistas haciendo la distribución a sus agentes desde un automóvil en marcha.

Al pasar frente a la plazuela de la Moneda recordaremos entre risas aquel día del verano de 1932 cuando unos niños lustrabotas azotados por el calor del mediodía decidieron darse un baño en una de las pilas del paseo. El público se aglomeró a pesar de que era hora de poco tránsito.

El caso sin embargo no era nuevo en Santiago. Una noche de 1931 unos jóvenes que salían de uno de los alegres cafés conciertos de la plaza de Almagro decidieron nadar vestidos en la ancha pila del paseo.

Algo muy de nuestro tiempo en los relatos que haremos a los nietos será la libertad que los niños de toda clase social tenían para sus juegos en el parque Cousiño. Es probable que pasados los años la entrada allí sea cobrada como es hoy la del Santa Lucía. Y se admirarán nuestros nietos cuando le mostremos una vista de niños pobres que corren jubilosos por una de las avenidas del parque nombrado.

También será una vista curiosa la de la plaza de la estación Mapocho invadida de palomas. El futuro tránsito en la capital y ese afán de ir haciendo desaparecer todo lo que tiene aspecto de plaza hará difícil el paseo de las palomas por aquel recinto.

UN PUEBLO BAJO EL AGUA

Otra de las cosas interesantes que relatemos a nuestros nietos será la construcción del tranque Recoleta en la provincia de Coquimbo. Nos mirarán con incredulidad cuando les contemos que un pueblo desapareció bajo el lago artificial. Para que nos crean tendremos que mostrarles esa fo-



Aquí existió la vieja Biblioteca Nacional, que antes había servido de Tribunal al Consulado.

tografía en que aparecen las murallas sumergiéndose en la laguna.

Y volviendo a Santiago, habrá algo que les será difícil creer. El que un director de Sanidad, un gran director que actuó con brillo por allá por el año 20 y a quien la muerte acaba de llamar a su lado, tuvo la energía y la competencia necesaria, para terminar en meses con la epidemia de tífus exantemático en Santiago. Jamás permitió que algún caso quedara sin atenderse en el mismo día y, cuando faltaron ambulancias, hizo utilizar hasta las carretelas. Un día que en un hospital le pretendieron negar camas para los tíficos, dejó a los enfermos sentados en las puertas del hospital anunciando que iba por más. El escándalo fué enorme, pero nunca más faltaron camas. Y el tífus se terminó en pocos meses.

Lo que nuestros nietos no querran creernos será que en los años de que nosotros les hablaremos, el servicio de aseo domiciliario aun no era pagado. ¡Y nos tendrán después de todo por unos tremendos mentirosos!

Recordaremos cómo pasaban volando los suplementeros.



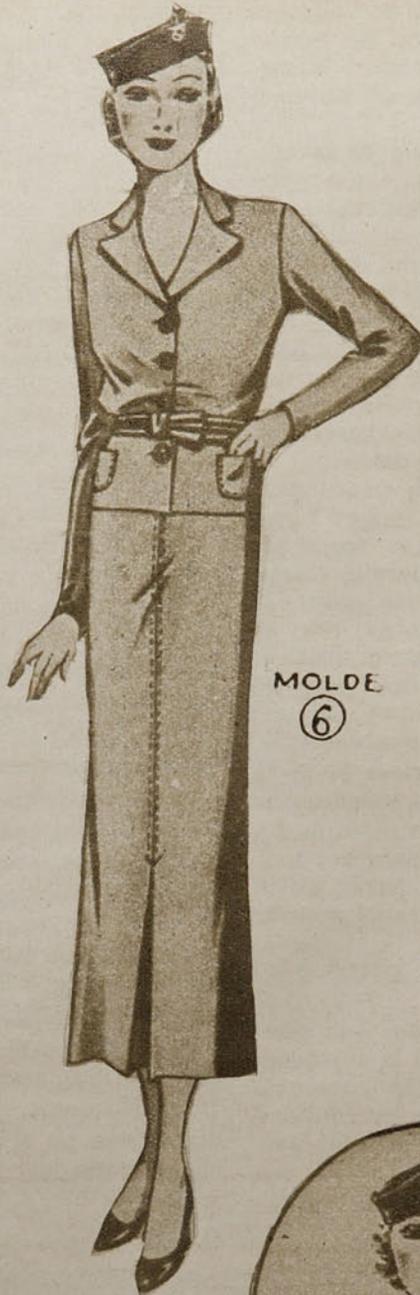
PARA IR A LA OCUPACION

Ofrecemos hoy a nuestras lectoras un conjunto verdaderamente práctico, sencillo y elegante, que les servirá para toda ocasión: El trajecito de dos piezas N.º 6 se puede confeccionar en lana del grueso que se desee o bien en jersey de lana grueso. Para completar la tenida está el abrigo tres-cuartos N.º 5 que se hará en una lana del doble de grueso que el traje. Puede hacerse el vestido en color beige o gris perla y el abrigo café, para el primer caso, y verde botella, para el segundo. Si usted tiene un cuello de piel del año pasado y puños, le quedará más confortable y elegante. Cada uno de estos moldes cuesta \$ 1.20 (\$ 2.40), si se trata de los dos. Son para la talla 44. Para pedirlos hay que enviar el cupón correspondiente en pág. 21.

La fig. 7 muestra el vestido con cuellecito vuelto.

A NUESTRAS LECTORAS. — Estamos verdaderamente agradecidos por el entusiasmo con que han acogido la SECCION MOLDES y que hemos despachado a vuelta de correo, como también por las palabras de felicitación y aliento para nuestra revista, que sólo trata de complacer a nuestros lectores.

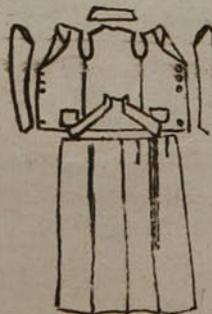
ROSINA.



MOLDE
⑥



MOLDE
⑤



MODELO



S DE YuJu

PARA LAS MAÑANAS

DE INVIERNO



ESTA blusa es especial para los deportes de invierno. Se hace en una gruesa lana de 6 hebras, suave y abrigadora.

Puntos empleados: *Punto de elástico doble:* 2 puntos al derecho, 2 puntos al revés, para el cuello, los puños y el cinturón. *Punto de rayas al sesgo:* primera corrida, alternativamente 2 p. al revés, 1 p. al derecho. Segunda corrida: se tejen los puntos como se presentan por el revés del trabajo. Tercera corrida: como la primera. Cuarta corrida: como la segunda. Quinta corrida: correr hacia la derecha el punto al derecho anterior, o sea, empezar por 1 p. al revés solamente, después, alternativamente, 1 p. al der., 2 p. al rev. Sexta corrida: se tejen los puntos como se presentan. Séptima corrida: como la quinta. Octava corrida: como la sexta. Se vuelve a correr nuevamente hacia la derecha el punto al derecho y se empieza otra vez con la cuarta corrida, etc. Las dimensiones y los puntos que damos aquí corresponden a una talla del 42 (84 cm. de contorno de pecho y 44 p. del hombro al bonde de abajo); pero, como siempre, aconsejamos guiarse por un molde cortado a las medidas de cada cual, para obtener un mejor resultado.

Delantero: Se empieza por abajo, con 72 p., y se tejen 16 corridas (6 cm.) en punto de elástico doble. Después se teje en el punto de fantasía, durante 22 cm. (42 corridas), aumentando 1 p. a la derecha y 1 p. a la izquierda, una vez a los 6 cm. de alto y 1 vez a los 12 cm. A los 22 cm. se ha llegado a la altura de los rebajes, para los que se cierran 7 p. al empezar la primera corrida y 7 al empezar la segunda. En seguida se disminuyen 1 p. a la derecha y 1 p. a la izquierda en la tercera, cuarta y quinta corridas. Después se tejen 13 corridas derechas. A esta altura hay que tener 30 cm., contados desde donde empieza el punto de fantasía. En la corrida siguiente se tejen solamente los 16 primeros puntos y se tejen 11 corridas sobre estos 16 p. En la corrida siguiente, partiendo del hombro, se cierran 6 p., se trabaja hasta el final del palillo y se vuelve sobre los 10 puntos; en la corrida siguiente, se cierran 5 p.,

se trabaja hasta el final del palillo, se vuelve sobre los últimos 5 p. y en seguida se cierran. Se vuelven a tomar los puntos en espera, se dejan en un palillo suplementario los 24 p. del medio, que se volverán a tomar cuando se haga el cuello de punto elástico, y, sobre los últimos 16 p. se urde el segundo hombro, que se trabaja en la misma forma que el primero.

Espalda: Se urden 62 p. y se hacen después 16 corridas a punto elástico doble y 22 cm. en punto de fantasía (haciendo 1 aumento a la derecha y 1 aumento a la izquierda, a 10 cm. de alto). Se empiezan los rebajes cerrando en seguida 4 p. al empezar cada una de las 2 corridas siguientes; después se disminuyen 1 p. a la derecha y 1 p. a la izquierda en la tercera corrida: quedan entonces 54 p., sobre los que se teje durante 27 corridas más o menos. Se cierran los 6 p. al empezar las 2 corridas siguientes y, después, 5 p. al principio de las cuatro corridas siguientes; los 22 puntos del medio se dejan para el cuello.

El cuello: Se teje en redondo, con 4 palillos. Se vuelven a tomar los 24 puntos del medio del delantero, tejiéndolos en 2 p. al rev. y 2 al der.; en seguida se urden, al lado de los puntos del hombro derecho, 12 nuevos puntos, respetando el trabajo de punto de elástico, después los 22 p. del medio de la espalda y 12 p. a la altura del hombro izquierdo. Sobre los 70 puntos se tejen 17 corridas y se cierran. El cuello se ribetea con 1 corrida de medio punto al crochet.

Las mangas: Se urden 32 p. y se tejen 16 corridas a punto elástico; en seguida se tejen 72 corridas (38 cm.), aumentando 1 p. a la derecha y 1 punto a la izquierda cada 5 ó 6 corridas, de modo que se llegue a tener 58 p. arriba. Después se tejen 23 corridas, cerrando 2 puntos al empezar las 4 primeras corridas; en seguida se hace 1 disminución a la derecha y 1 disminución a la izquierda, durante 11 corridas. Después se disminuye 1 p. solamente al empezar las 8 corridas siguientes. Se cierran los últimos 20 puntos. Se cierran las mangas y se las monta en los rebajes.

ROSALINDA.

CURSO PRACTICO DE CORTE Y COSTURA

(Continuación del número anterior) Contorno de brazo 42
Puño 15

LECCION N.º 3

Ya indicada en las lecciones anteriores, la manera de tomar las medidas, verificaremos ahora, aproximadamente las que corresponden a la talla 44, que es la más corriente:

Largo de espalda	35
Ancho de espalda	36
Contorno de cuello	36
Contorno de busto	92
Contorno de cintura	72
Alto de costado	18
Largo adelante	36
Ancho de pecho	36
Alto de pinza	20
Contorno de caderas	96
Talle	46
Largo total	115
Largo de mangas	60

Desarrollo de las diferentes piezas que componen un molde

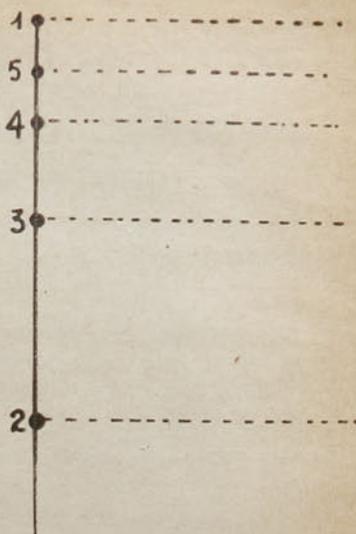
ESPALDA

Línea 1-2) A la izquierda del pliego de papel, se traza una vertical que representará la mitad de la espalda. Sobre esta raya se aplica el largo de la espalda, línea que queda representada por la distancia 1-2.

Línea 3) Este punto marca la mitad de la distancia 1-2.

Línea 4) Este punto marca la mitad de la distancia entre 1-3.

Línea 5) Marca la mitad de la distancia entre 1-4. En los puntos 1, 2, 3, 4, 5 se



levantan perpendiculares auxiliares de unos 25 cm. de alto. Así, para un mejor entendimiento, suponiendo que la persona a quien hemos tomado las medidas tenga talla 44 y sus medidas correspondan a las que hemos señalado para esta talla, el desarrollo de esta pieza, comenzaría en la forma siguiente:

La línea 1-2 tendría 35 cm. de largo.

El punto 3 estaría a 17,5 cm. de distancia del punto 1.

El punto 4 estaría a 8,7 cm. de distancia del punto 1.

El punto 5 estaría a una distancia de 4,4 cm. del punto 1.

(Continuará en el próximo número)

EXPLICACIONES PARA UTILIZAR LOS MOLDES DE «YUJU»

Los MOLDES que ofrecemos a nuestras lectoras están cortados sólo en la talla que se ofrece.

Cada MOLDE está cortado al justo; por lo que habrá que darle 1 o 2 cms, para cada costura.

En cada pieza del MOLDE vienen ciertos números que habrá que hacer calzar; así, juntar 1 con 1, 2 con 2, 3 con 3, etc., lo que irá dando la indicación para armar la costura. Cuando dice «doble» o «tela doblada» hay que poner el género doblado. En cuanto al largo, cada persona deberá tomar el largo de su traje para dar al MOLDE la longitud necesaria.

CUPON MOLDES DE YUJU

Figurín N.º Nombre

Dirección

Acompañar este cupón con \$ 1.20 en estampillas al hacer el pedido de cualquier molde y dirigirlo a Director de «YUJU», casilla 84-D., Santiago.

Curso sencillo de cocina práctica

LECCION N.º 3

TENGO INVITADOS A LA HORA
DE ONCE,

*nos escribe una de nuestras lectoras,
y no sé qué preparar.*

*Veremos, querida amiga, la manera
de sacarla del apuro.*

CHOCOLTE

(Cuatro personas)

- 1 litro de leche.
- 60 gramos de chocolate.
- 50 gramos de azúcar.

La leche se pone a calentar y una vez que ha soltado el hervor se agrega el azúcar y el chocolate cortado en trocitos o rallado. Se bate (con un batidor) hasta que se convierta en espuma, se deja hervir 10 minutos y se sirve.

TORTA ANGEL

(Once personas)

- 4 huevos.
- 260 gramos de azúcar.
- 240 gramos de harina.
- 1 y media tacita de las de café, de leche.



- 80 gramos de mantequilla.
- 3 cucharaditas de levadura en polvo.
- Ralladura de medio limón.
- 8 almendras amargas.

Se baten los huevos con el azúcar por espacio de media hora, se agrega la mantequilla derretida y fría, las almendras peladas y molidas, la ralladura de medio limón, la leche y por fin la harina cernida con la levadura. Se unta el molde con mantequilla y pan rallado fino, se vacía el batido y se coloca al horno por espacio de 40 minutos.

FLAN DE VAINILLA

(Cuatro personas)

- 70 gramos de harina.
- 2 huevos.
- 50 gramos de azúcar.
- 50 gramos de mantequilla.
- 1 cuarto de litro de leche.
- 1 cucharadita de azúcar de vainilla.

El azúcar cernida se derrite en una cacerolita de fierro hasta convertirla en un caramelo de color claro, se agrega un poco de agua hirviendo (cuidando de forrarse con un paño, la mano que revuelve) y se bate en una taza junto con los huevos, se agrega la mantequilla derretida, la harina cernida, la esencia de vainilla y por último la leche. Se vacía en un molde untado con mantequilla y se coloca al horno por 15 minutos.

Completará esta sencilla lista con tostadas con mantequilla y las frutas que desee.

LA COCINERA.



Entre nosotras



SE acusa de nerviosidad a las mujeres que vibran por un día hermoso o por un cielo gris. No soy de la opinión de los que así piensan. Mujer yo misma, he sentido a menudo la influencia del ambiente. ¿Se puede estar, realmente, tan alegre en un día triste, como cuando el sol brilla sobre las flores o sobre la casa? La mañana clara, ¿no invita a pasear hasta a las más perezosas? Y la noche que desciende más rápida, ¿no invita a la intimidad?...

He aquí el otoño dorado; pero, sin embargo, melancólico. Los ojos de las mujeres buscarán en el horizonte los hermosos sueños que hacen latir sus corazones, y estoy segura de que, muy a menudo, un suspiro nos dirá que recuerdan su alegría muerta.

No nos dejemos llevar demasiado por la melancolía. Es cierto que estamos esclavizadas por la tristeza que consume a las almas sensibles. Pero, ¿no es para encontrarnos mejor a nosotras mismas, para mejor acercarnos al infinito?

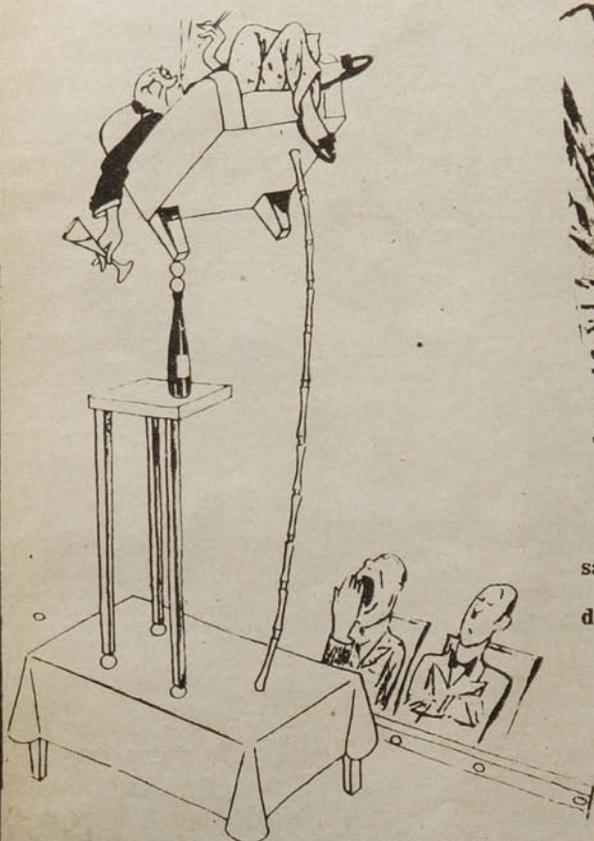
Tal vez las mujeres tengan el rostro más grave durante algunos meses, y esto se deberá, probablemente, a los recuerdos que las asaltan. ¿Por qué se sentirá tristeza, inevitablemente, al recordar el pasado? ¿Por qué evoca en nosotras, penas, alegrías incompletas o la verdad demasiado clara sobre los que hemos amado? ¿Por qué las risas tienen que ser una mancha sobre lo más bello que tenemos en nosotras mismas, nuestro fervor, nuestra ansiedad, nuestra generosidad?

¿Por qué nuestros recuerdos tienen que estar llenos de nostalgia, de arrepentimiento y nuestras esperanzas transidas de temor?

Recojámonos, como lo quiere el otoño, más silencioso. Pero no confundamos con la pena, lo que es una tranquila dulzura de nuestras sensaciones, de nuestros impulsos, una calma más grande ante la vida, una necesidad más grande de ternura.

MARIA NELLA.

BUEN HUMOR



ESPECTADORES RECALCITRANTES

—¡Bah! ¡Qué gracia! Nosotros podíamos hacer lo mismo en el suelo...



ABUNDANCIA DE NOVIAS

—¡Qué mala suerte!... Mi novia me escribe que se va de Talcahuano para irse a vivir a Valparaíso.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

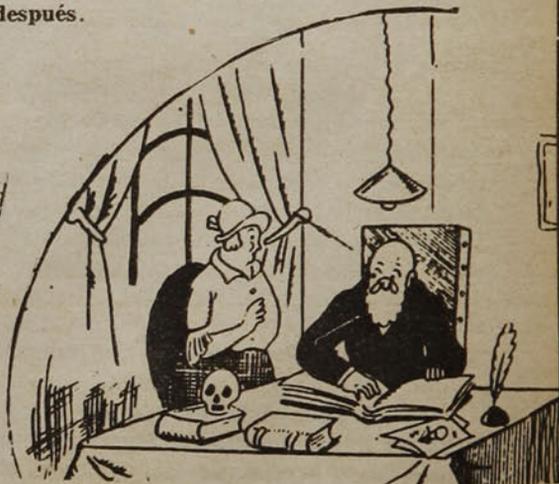
—Es que tengo otra novia en Valparaíso



POPULARIDAD

—Esta chiquilla me conoce mucho porque le salvé la vida el otro día.

—Puede ser... Pero yo le he salvado la vida después.



CONTAGIO

—Me he vuelto tan distraída como tú, querido. Fijate que salí a comprarte unos calcetines y me he comprado un sombrero...



UN CONSUELO

—Esta mañana estuve aspirando los olores de la comida de un gran restaurante.

—¡Psch!... Yo he estado viendo la salida de los ganadores de la Lotería...

EN LA ERA DE LOS SEDUCTORES

CUANDO no era necesario saber hablar inglés para vivir en París, se decía de una mujer hermosa: «¡Pero si tiene un encanto que enloquece!», y de un muchacho bien parecido: «Sí, es verdaderamente seductor». Hoy día se trata, ante todo, de saber si este señor o esta dama tienen el famoso «sex-appeal». Para las mujeres, esto es bastante simple, agradan o no agradan y no hay más que hacer. Poco importa que sean vedettes de cine, mujercitas de la vida u ho-

nestas amas de casa. Ellas se uniforman rápidamente, gracias a su facultad de adaptación, al gusto de los modistos y a los recursos financieros de sus admiradores. Pero para los hombres se trata de algo muy distinto. En la mayor parte de los casos su «sex-appeal» reside, no sólo en su físico y en el partido que de él sacan, sino en la profesión que ejercen. Y así podemos declarar sin temor de equivocarnos que el galán joven del cine es el prototipo del hombre que tiene «sex-appeal».

¿Cuántas esposas honestas, cuántas mujeres fieles han traicionado a un marido, buen hombre, en una sala de cine ante la imagen treinta veces más gruesa que la de un Adonis o de un Hércules, hechura de Hollywood o de Joinville. Es una verdad reconocida

la enormidad de cartas que reciben a diario Ramón Novarro, Jean Murat, Gary Cooper, etc.

Fuera de las mujeres casadas, desengañadas de su marido, los astros de cine hacen sus conquistas entre las muchachitas que creen encontrar en ellos al príncipe encantado de sus sueños. Recuerdo ahora la época heroica de «Los misterios de Nueva York». Si Perla White hubiera conquistado el corazón de todos los colegiales, Justín Clarel hubiera hecho verdaderos estragos entre las jovencitas de esa época. A decir verdad, todos nos habíamos enamorado de ese detective audaz. Era calvo, sin embargo, más bien gordo, y nada en él hacía pensar que pudiera agradar a las mujeres, aun cuando éstas fueran, como eran, muchachitas de doce a trece años. ¡Qué lugar ocupó durante me-



ses, en nuestra vida sentimental! Siempre había entre nosotras una que iba el viernes en la noche a ver el nuevo episodio del interminable folletín-cinema. Y al día siguiente volvía, orgullosísima de su superioridad sobre las otras, cargada de misterio, borracha de felicidad.

—Imaginense, que Justín Clarel salta sobre la sombra que hal detrás de la puerta. Entonces, en ese momento surge...

Nosotros escuchábamos ansiosas, martirizadas por el temor de que a Justín Clarel le pasara algo y la muerte de nuestro héroe, creado por nosotras, habría suscitado probablemente esta reflexión de los demás:

—¿Has visto ese viejo que no tiene un pelo en la cabeza: ¡Una bola de billar!

Todo su «sex-appeal» residía, pues, en el prestigio de la pantalla. Todas las mujeres, hasta las más inteligentes, han sentido ese prestigio. Yo tengo una compañera encantadora, fina, linda y espiritual. Le presentaron, no hace quince días, a un actor de cine que ha tenido una destacada actuación últimamente. Tenía en su contra un físico cualquiera y una reputación bien poco deseable.

Unas cuantas palabras, unas decididas miradas muy «primer plan», unos cuantos apretones de mano, y la deliciosa compañera se convierte en una chiquilla gruñona, caprichosa, que por todo llora y por todo ríe, que vive acechando los llamados telefónicos, esperando un día entero, apelotonada en un sillón un rendez-vous, de un hombre a quien ni habría mirado si se lo hubieran presentado como vendedor de tienda o como agente viajero...

El indiscutible «sex-appeal» de los actores de cine ha sucedido naturalmente al «sex-

Los astros de cine hacen sus conquistas entre las muchachitas que creen encontrar en ellos al principio encantado...



appeal» de los actores de teatro.

¡Ah!, los aturdidores éxitos del tenor de cuello de bull-dog y abultado vientre... ¡Ah!, las lágrimas de amor que hicieron correr a tantos ojos bellos los rugientes trágicos del Francés y de otros... ¡Y qué de conquistas hicieron los héroes de Bataille, de Bernstein, de Porto Riche, de Hervieu, con sus largos y terribles bigotes y sus vestones que parecían sobretodos demasiado cortos...

Entre los actores hay algunos con una particular figura de seductor profesional. Su manera de ser, de comportarse, de andar, de mirar, de vestirse; su voz, sus efectos y hasta su talento provocan conquistas con el automatismo de una máquina. Uno de los prototipos del género es M. Le Bary. ¿Qué mujer se ha atrevido a no enamorarse alguna vez de él? Las malas lenguas dirán que sus famosas corbatas entraban en gran parte en su seducción, pero es una abominable mentira. Yo fui a ver a M. Le Bary a su casa, hace algunos años. No era

muy joven ya y, lo que es infinitamente más grave, no trataba de parecerlo. No tenía puesta ninguna de sus famosas corbatas. Estaba, prosaicamente, con un chaleco de franela, lo que no puede considerarse como una tanda de un Don Juan en el ejercicio de sus funciones. Ante él, de pie, había una muchacha joven, distinguida, muy linda, muy elegante y que lo miraba con tal adoración que daba ganas de volver a cerrar discretamente la puerta y marcharse en la punta de los pies. Sin embargo, la actitud del dios no tenía nada de atractivo. Se maquillaba, frucía los labios, se pintaba las mejillas, avanzaba y retrocedía frente a su espejo, guiando los ojos como los pintores ante su cuadro.

—Maestro, suplicaba la encantadora visitante, no puede usted negarse a darme su retrato con una deicatoria. ¡Lo admiro tanto, maestro!... Si usted supiera... Es usted tan maravillosamente hermoso...

La dama daba muestras de un entusiasmo muy digno de ser retribuido. Pero M. Le Bary tenía muy hondo el sentido de la economía para que pudiera per-



que ella paga cara la aventura. Su recuerdo es la pesadilla y el martirio de su vida. Lo ve en todas partes... ¡Sierva supersticiosa! Yo sé lo que sufre, todos lo sabemos..., porque no ha podido ni podrá jamás borrar de su conciencia los ojos verdes del conde Sergio.

Todo eso triplicó mi interés. Vanda era como un imán que me atraía de un modo irresistible.

Bien, bien, como le dije, la conocí en su camarín del Coliseo hace siete años. Todavía batían palmas en la sala y vibraban las últimas notas de la Pastoral de Grieg que interpretara, cuando entró jadeante y sudorosa. Temblaba su cuerpo delgadísimo bajo la túnica de seda, única vestimenta. Se arrancó la vincha que oprimía su frente y sus cabellos rojos inundaron sus hombros. Fui presentado. Hizo un movimiento de asombro apenas perceptible.

—¿Escultor?...

—Sí, escultor.

—Tiene usted los ojos verdes... — dijo después, mientras se envolvía en un manto. Sonreí. Me miraba detenidamente, escrutando.

—Pero no brillan... — agregó.

Tres veces, durante la conversación que sostuvimos, clavó así en los míos sus ojos azules, desteñidos, casi grises, de una viveza única. Y al despedirme, cuando me prometió posar en mi estudio, tomando mis manos entre las suyas:

—Maravillosamente verdes sus ojos..., pero no brillan.

Durante un mes, todas las tardes, posó en mi estudio. Nunca estuvo mi ser más en contacto con el arte. A su lado gusté sensaciones insospechadas. Por fin, cosa natural, me enamoré perdidamente de ella. Sí, sí, fui como un corderito al matadero, esa es la cruda verdad. Un día, después de horas de trabajo ardoroso, se me acercó, casi hasta tocarme con sus labios, y puso sus manos en mis hombros. Me pareció que caía sobre mí la dicha del mundo.

—Voy a bailar para sus ojos — dijo—. Toque el armonium.

—¡Vanda!

—Sí, para sus queridos ojos...

Bailó. Después, abrazado a sus rodillas, no sé cuántas palabras de amor pronuncié. Cuando me alcé hasta sus ojos, había en ellos no sé qué turbia expresión de placer y de miedo.

—Brillan ahora... Y me miraba estremecida, con los párpados semicerrados.

—Es el amor...

—¡Bah!

Bueno, en lo sucesivo, hizo brillar mis ojos

cuantas veces quiso. Y pasaron los días. Luché en vano por hacer vivir en el barro el hechizo extraordinario que fluía de su cuerpo. Nada, nada conseguí. Formas sin calor, bocetos fríos, caricaturas. Y es que la tenía de tal modo medida adentro que embotaba mis facultades. Podía hacer de mí lo que le diera la gana. Y lo hacía... ¡vaya! Fui su esclavo ciego. Durante las poses me inmovilizaba sobre el barro polarrizada la atención por el amor de mirarla. Entonces iba hasta ella y siempre, luego de encantarme en su contemplación, pegado a sus ojos, concluía por doblarme hasta sus pies gimiendo y llorando como un idiota. ¡Qué cosa triste! Todo para que ella viera en mí la imagen de otro, temido hasta el horror y quizá... amado. Infame placer...

Mi situación era insostenible. Iba a naufragar mi vida cuyo dominio perdiera en absoluto. Se me ocurrió matarla. Así, simplemente, matarla. ¿Comprende? Y esa idea me absorbió por completo hasta obcecarme y, por fin, llegué a sentir la necesidad impostergable de matarla, único medio de librarme de ella. Alejarme era imposible, y aunque lo hubiera conseguido, sólo el pensar que ella vivía paralizaba mi libertad. Su presencia en el mundo interrumpía mi obra y eso, según mi lógica, me autorizaba a suprimirla. De manera que para salvarme tenía el derecho y el deber de matarla. Es muy claro... Por otra parte, fuera de esas razones, había otra cosa. Más que mi corazón, más que mis convicciones, eran mis manos, ¿oyes?, mis manos, las que tenían necesidad de matarla... Nadie se imagina lo que es sentir en las manos la ciega necesidad de ahogar a alguien. Todos los oscuros instintos del ataque y la defensa llevados a su más lacerada exacerbación, se me habían concentrado en ellas. Imposible vivir con unas manos así.

Lo que sí, le diré, hay después de todo eso una triste decepción. Usted no se salva... Lástima que esa decepción se encuentre después del hecho. El hombre que para salvarse debe matar a una mujer, por amor, como yo, no consigue nada matándola. Muy bien, la mata, pero se queda usted con un espectro que lo sigue hasta la muerte. Algún día le hablaré de mi espectro, el de ella, la muerta, que toma sus formas, perceptibles solamente para usted y que está siempre sobre usted, sobre su espalda, noche y día, usted materialmente lo siente pesar allí, sobre su alma, sobre su vida y sabe que se acostará con usted en su cajón... No vale la pena matar, no. Pero eso se sabe después. Ella también tenía su espectro. Yo

conocía el horror de su existencia. Sabía lo que eran sus noches y las locas pesadillas de sus sueños.

Bien, bien; evito por insignificante, el detalle de cómo una noche me escondí en el dormitorio de Vanda, detrás de un biombo, en un ángulo de la pieza. Me costó dinero, tiempo y astucia. También me costó horas de expectativa tan angustiosas que seguramente restaron años a mi vida. Llegaría sola, después de medianoche, según su costumbre. Del teatro volaba a su casa. Así fué. Por primera vez estaba yo en su alcoba. Temblaba hasta mis más pequeñas fibras. Fluía de las cosas una volutuosidad vibrante que me rompía los nervios. Sentí sus pasos... bien conocidos. Se iluminó una lámpara violeta sobre el velador, cuyos reflejos apenas violaron la sombra. Vanda estaba en medio del cuarto, inmóvil, pensativa. Parecía no decidirse a pasar sola esa noche, aniversario de su trágica aventura, que yo había elegido especialmente. Yo sabía y sé lo que son los aniversarios para quien lleva nubes en el alma. Están vivos, patentes los hechos. Y ella estaba sola, con sus recuerdos enroscados en la garganta..., como yo ahora... Se los veía. Seguramente brillaban como nunca en su conciencia los ojos del húsar. Poco a poco fué dando muestras de inquietud. Parecía presentir el acecho. Se desnudó. Envuelta en un peinador de seda que caía sobre su cuerpo, sin turgencias, como sobre una columna; frente a un espejo deshizo su peinado.

Yo hubiera gritado muchas veces Vanda, te adoro!...

Siglos para la ansiedad de mi expectativa fueron los minutos en que ella volvió a quedarse inmóvil, de pie con una rodilla en el borde del lecho. Al fin, con los brazos en cruz sobre el pecho, los ojos cerrados y la faz hacia arriba, murmuró una plegaria y se acostó. La luz permaneció encendida. No sé cuánto tiempo aquel cuerpo martirizado se revolvió entre las sábanas antes de aparentar el sueño. Salí de mi escondite.

Yo no respiraba, estoy seguro de no haber respirado durante el tiempo en que estuve inclinado sobre ella. En cambio, su pecho subía y bajaba inquieto y en sus labios se quebraba un gemido por momentos tan doliente, tan tierno, tan suave, que creía caer sobre ellos mil veces para besarlos con lo más puro de mi amor...

En ese instante mis ojos la miraron con tal brutal desesperación, que despertó. Estoy seguro de que la desperté con los ojos... estoy seguro. Bueno..., ya no podía retroceder, mejor dicho, no pude retroceder. Vi cómo su carne se erizaba de terror. Se dió

cuenta de que alguien estaba allí. Quedó como muerta... Gruesas gotas de sudor, seguramente helado, rodaron por su frente y sus mejillas. Y fué abriendo los ojos, despacio, como quien no quiere involuntariamente enfrentarse de golpe a la cosa más horrible. Y los abrió por fin, enormes, redondos... Se incorporó.

—¡Sergio!... ¡Ser... gio!...

Aquella exclamación debió limarle la laringe. ¡Quién sabe qué grito y qué palabras se ahogaron luego en su garganta, que vi saltar convulsa bajo la palidez de su piel.

Claro, sí, lo que yo esperaba. Ella vió en mí al conde Sergio Petrovich. Ella lo vió surgido de su pesadilla y la viveza de sus recuerdos. Arrancada de golpe de su sueño la mente ofuscada y sorprendida no podía reflexionar, y para ella, lo que tenía en frente, viva, era la trágica figura del húsar. Sus manos palparon mi cara, se enredaron temblando en mis cabellos y bajaron clavándome las uñas en los brazos. La saqué del lecho. Me paré y tomándola por las axilas, la alcé hasta mis ojos. Su cuerpo delgadísimo, largo, largo, colgaba de mis manos como una serpiente... Con las pupilas dilatadas, ¡de qué manera me miraba!

—¡Ser... gio!...

La solté, quedé parada. ¡Mis manos! Sentí como nunca en ellas el deseo de ahogarla. Por suerte en ese instante fué más poderoso que mi amor. Entonces le rodeé el tórax con los brazos. Pareció que no terminaba de cerrarlos, tan gado era su cuerpo. Debí sentir en sus costados mis bíceps como bolas de acero... Y empecé a apretar, y apreté, apreté. Hizo el esfuerzo más violento para gritar, pero no pudo..., sus pulmones estaban paralizados bajo la presión de mi brazo. Sentí crujir sus huesos, pararse su corazón... Un velo rojo cayó sobre mis ojos.

Murió tres años después, loca. Yo, yo me encontré un día gesticulando frente a un espejo, o mejor dicho, encontré a otra reflejada en el espejo, o mejor dicho aun, yo sostenía un espejo a la altura de mis ojos y otra persona que no era yo en él..., pero esa persona era yo.. después de una

noche de seis años de locura... ¡Hay que ver lo que es eso! Encontrarse un día a uno mismo, envejecido, distinto... Perderse a uno mismo y encontrarse un día, distinto, después de varios años que volaron en un segundo, no poder conocerse, no querer reconocerse y luego no tener más remedio que reconocerse... En fin, no vale la pena dar vueltas esas ideas...

Le repito, no he ganado nada con lo que hice. Fué una locura... Una locura...





Memorias del más audaz de los aventureros

III

COMENCE a comprender el agrado que había en ser buscado en los Estados Unidos por toda la policía, y al mismo tiempo publicar artículos en todos los diarios del mundo...

Como no me sentía seguro en casa de mi amigo, éste me buscó refugio donde un agricultor alemán en New Jersey, donde trabajé como peón. Pronto se dieron mis señas personales por los diarios, y todo el mundo me buscaba. Decidí alejarme del alemán, pero para ello necesitaba dinero, y se lo pedí a mi viejo, amigo, el redactor jefe del "New York American". El asunto no se pudo arreglar por carta, y tuve que ir personalmente a Nueva York.

Allá llegué en traje de obrero. El redactor llamó a todo el personal, que se rió bastante. Se me tomó una fotografía sensacional. Desde que traté el asunto de dinero, se concluyó la risa y no pudimos ponernos de acuerdo. Se acordó que nos volveríamos a ver en unos

días, durante los cuales él leería los artículos que le había llevado.

Volví donde el agricultor en cuanto llegué; los obreros se apresuraron a irse. Arreglo todo y me marcho...

Hasta la puerta solamente, porque, en el umbral, ocho manos me sujetan, me meten a un automóvil, y un cuarto de hora después estoy en el cuartel de policía. Al bajar del coche, hay por lo menos cien fotógrafos que me enfocan. Las escaleras, las ventanas, las aceras, estaban llenas de gente.

Supe después que el alemán me había traicionado...

BUSCO LA LIBERTAD

Estaba de nuevo en la prisión de Brooklyn, estrechamente vigilado. Se me suprimieron las visitas y no podía ni enviar una carta.

El gobierno británico urgía para que mi caso se juzgara inmediatamente. Corrían las historias más extravagantes. Se decía que

Me fui a ver al redactor del «New York American» y allá llegué en traje de obrero.

me había embarcado clandestinamente en el vapor "Rotterdam", que fué detenido en alta mar y llevado a Falmouth, donde se le registró en todos sentidos, sin poderme encontrar, como se puede suponer...

Todo eso estaba muy bien, pero no tenía la intención



El redactor llamó a todo su personal.

de quedarme aquí indefinidamente. Busqué entre mis colegas a uno de esos criminales de profesión, organizados en bandas, y que, por medio del dinero, hacen lo que se quiera. Entre los detenidos, me hice amigo de un miembro de la *Kelly Gang*, círculo muy bien organizado sobre bases casi feudales. Pude conversar con él y le dije:

—¿Cree Ud. que la *Kelly-Gang* sea capaz de ponerme en libertad?

Al comienzo me miró estupefacto, y me respondió riendo.

—Se puede hacer el negocio.

Desarrollé mi plan de campaña, mi golpe, el "hold up", como se dice en Norteamérica.

—Dos de sus hombres golpean después de las 11 de la noche en la puerta de la prisión. Placas oficiales de detectives. Vienen para encarcelar a alguien. Una vez entrados, matan al guardia, toman las llaves, abren nuestras celdas y todos huí-

mos en un auto que nos espera.

—No está mal, no está del todo mal. Pero, ¿ha hecho un plano para los amigos?

Todo estaba listo.

Tres días después, se me acerca:

—All right!... Mañana... 23 horas 10.

Las horas eran largas, espantosamente largas... Iba a llegar la libertad. No podía ni comer, en un estado de nerviosidad increíble.

¿Qué hora? Veo el reloj: las 11... Todavía diez minutos...

La prisión estaba tan tranquila que el silencio parecía pesar en los oídos... De repente... ¿Acaso me engaño?... Un auto, dos autos... Coches que hacen sonar largamente sus bocinas. Ya completamente vestido, me incorporo en el lecho. Siento rechinar los frenos... En seguida, nada... Miro otra vez la hora: 11.10.

¿Pasos? No, nada... ¿Habrá fracasado?... Vuelvo a sobresaltarme... ¡Ahora sí! La puerta se abre, irrum-

pe la luz. Delante de mí, apuntándome con el revólver mi guardián...

Me parece que el piso se hunde a mis pies.

—Vamos, acompáñeme a la dirección.

—Camino, tropiezo, sin comprender. ¿Qué había pasado

En la oficina encuentro a diez detectives, que me reciben con explosiones de risa.

—No será para hoy la fuga...

Me parece encontrarme en una pesadilla, pero pronto supe la realidad. Mi cómplice, que estaba expuesto a una condena de 10 años a trabajos forzados, había creído ganarse la indulgencia de los jueces, delatándome y tracionando a los miembros de su banda.

ENTREGADO A INGLATERRA

Los acontecimientos se precipitaron. Se concedió mi extradición. A fines de mayo de 1916, llegaron dos detectives de Scotland Yard. Me esperaban en Philadelphia para escapar a la curiosidad de los periodistas. A pesar de las precauciones, se supo que debía viajar en el "Camerunia", y, al embarcarme, había gran cantidad de ellos.

El viaje fué muy bueno y se me trató admirablemente. De Liverpool se me llevó a Londres, donde me encerraron en la cárcel de Brixton.

Allí conocí a un hombre interesante, uno de los más encarnizados enemigos de Inglaterra, Sir Roger Casement. Nos veíamos todos los días y me agradaba conversar con él. Un día no lo vi más... Lo habían ahorcado.

El 4 de julio se inició la vista de mi proceso. Me defendí como pude y quise probar al mismo tiempo que

había prestado grandes servicios al Imperio Británico. Pero, a pesar de todos mis esfuerzos, fui declarado culpable y condenado a tres años de prisión. Cumplí la condena en la prisión de Pankhurst, en la isla de Wight. En julio de 1919 se me trasladó a Londres, en la cárcel de Pentonville. A la expiración de la pena, dos detectives vinieron a decirme que iba a quedar en libertad y que sería llevado a Harwich. No tuve ninguna pena al dejar a Inglaterra, y, por otra parte, desde el 3 diciembre de 1918, se me había quitado mi carta de ciudadanía.

Pero mi partida fué retardada. El ministro del Interior dió como razón que, "vista la confusa situación del país natal de Trebitch-Lincoln, (era la época de la revolución bolchevique de



Al bajar del coche hay por lo menos cien fotógrafos...

Hungría) convenía mantenerlo a seguro en Inglaterra. Protesté violentamente contra esta arbitrariedad, pero sólo obtuve mi libertad quince días más tarde.

Me embarqué, pues, en Harwich. A bordo no iban más que prisioneros de guerra que volvían a sus hogares. Todos alegres, menos yo, que pensaba con odio en esta Inglaterra que había es-

tropeado mi existencia y mi honor, y que a mí y mi familia nos habían dejado sin patria...

Decidí seguir a Berlín, donde encontraría amigos que me ayudaran.

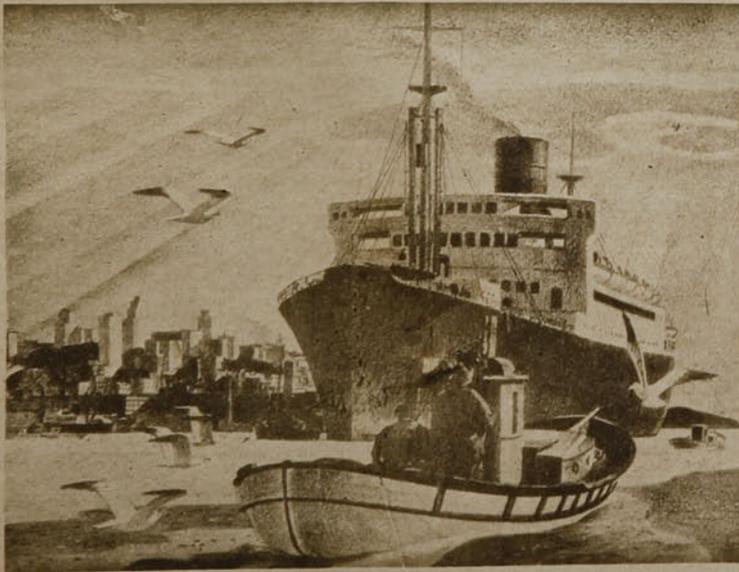
EN BUSCA DE AVENTURAS

No había podido encontrar a ninguno de mis conocidos. El banquero Laupenmülen, en cuya casa me presenté, había muerto, como también su hermano.

No conocía más que un medio de ganar dinero en poco tiempo: escribir artículos. Preparé algunos y empecé el recorrido de antesala en antesala, de redacción en redacción. Las más de las veces me rechazaban, pero al fin logré colocar un artículo en la "Deutsche Zeitung".

Fuí encontrando algunos amigos, con los que tomaba el aperitivo. Me había hecho

En el vapor «Camerunia» fui trasladado a Londres.



"YUJU" A SUS LECTORES

Nos es grato hacer saber a nuestros lectores que a partir del próximo número «YUJU» estará a cargo de una nueva dirección más en armonía con los propósitos que la crearon, es decir, que dentro del giro picaresco y espiritual sabrá guardar en el futuro, tanto en su literatura como en su parte gráfica la más refinada y artística selección.

LA DIRECCION



Se decidió que debiera ir a ver al Kaiser, para pedirle que renunciara al trono.

amigo de un funcionario de Relaciones Exteriores, del cual quería obtener ciertos datos.

En el café hablábamos de política, discutíamos acerca de revolución y contra-revolución, cuando un día insinué:

—A propósito, ¿por qué Alemania no cooperaría con Rusia, por una parte, y con China? ¿Por qué no se organizaría a China con ayuda de los técnicos alemanes, haciendo de ese país una base poderosa contra la dominación mundial de Inglaterra?

Me escuchaban. Desarrollaba yo mis planes: las potencias de la Entente habían causado muchos males al mundo: luchar contra ellas, barrerlas, era hacer una obra a favor de Dios.

El funcionario de Relaciones Exteriores me contestó:

—Jamás podrá conseguir hacer entender estas cosas a un gobierno como el nuestro. Pero voy a ponerlo en relaciones con el coronel Bauer.

Luego conocí a ese Bauer. Era el jefe de Estado Mayor de la Unión Nacional, partido que preparaba la contra-revolución en Alemania. Me pareció muy inteligente y se interesó en mis proyectos; diciendo:

—Mientras esperamos, deje de mano las historias chinas. Bien pronto tendremos trabajo aquí.

Y me habló del *putsch* que se proyectaba.

A pesar de su optimismo, yo no tenía confianza alguna en el éxito de tal aventura. Bauer me dijo que quería conversar conmigo más menudo y nos vimos casi todos los días, a partir de ese momento. Poco a poco fui conociendo a los otros jefes de la Unión Nacional: el general Ludendorff, Helfferich, el capitán Erhart, el comandante Stephani, el capitán Pabst. Debo decir que, en aquel tiempo, jamás se mencionó el nombre de M. Kapp.

A poco supe que el objetivo de todas estas personas era la restauración de los Hohenzollern, pero que titubeaban acerca de la elección del soberano, una vez restablecida la monarquía. Había casi unanimidad para oponerse al regreso del Kaiser, cuya conducta juzgaban severamente respecto a lo ocurrido cuando el derrumbamiento del frente alemán, y a quien reprochaban violentamente la fuga a Holanda. Unos querían llamar al

kronprinz, otros a su hijo.

Se decidió a continuación que uno de los miembros de la Unión iría a ver al kaiser para pedirle que renunciara al trono, en interés de la patria. Era ésa una misión bien delicada. Para un alemán era difícil explicar al kaiser que ya no contaba con la estimación del ejército, que... etc. De repente, alguien dijo.

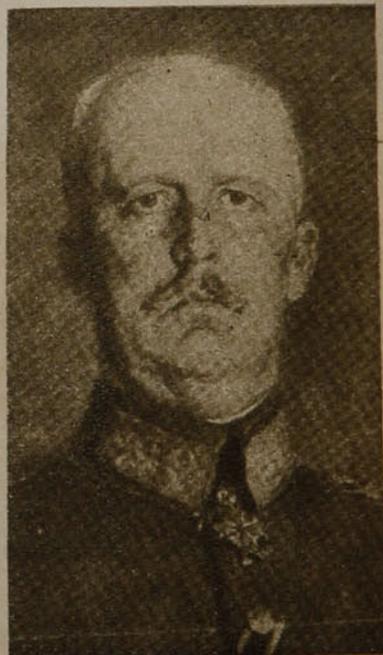
—¿Y Lincoln?

Me negué, hice objeciones, pero los argumentos llovían sobre mí:

—Ud. es extranjero... Ud. puede hablar con libertad... Se trata de una grande obra... Ud. debe sacrificarse...

Un día de septiembre partí, pues, hacia Amerongen, a casa del kaiser.

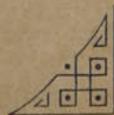
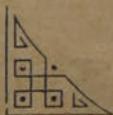
(CONTINUARA).



Fui conociendo a los jefes de la Unión Nacional, entre ellos al general Ludendorff.



*Con la astucia del zorro y con los ademanes del
avaro que muestra su tesoro, un viejo mer-
cader explota la vanidad y la pasión. Co-
mercio de todas las edades, antiguo como
el mundo y que sobrevive a pesar de to-
das las trabas en su contra. Y es
que en el fondo de una in-
mensa mayoría, hay
mucho de mercader
y cliente a la
vez.*





YUJU

Yo -

AÑO I NUM. 4



M. R.
Es propiedad.



\$0,60

UN RIEGO QUE NO REFRESCA.



El Maître D'Hotel. — Ud. conoce ya cuáles son los platos de sus clientes, ¿no es así?
El Garçon. — Si, señor, el ganso es para el pollo y el pollo para el ganso.

AÑO I

N.º 4

Redacción: Bellavista 069.
Casilla 84-D. Teléfono 82427**Yuju**APARECE
LOS MARTES

PRECIO : \$ 0 60

SANTIAGO DE CHILE, 18 DE JUNIO DE 1935

A nuestros lectores

CON ESTE número *Yuju* se orienta hacia el verdadero rumbo que motivó su aparición, pues el público nos había manifestado la necesidad de crear una revista espiritual y picaresca, al mismo tiempo que reducida de precio, para que estuviera al alcance de todos, ya que los magazines extranjeros de esta índole no son hoy día accesibles por su alto precio. *Yuju* interpretando el sentir de este numeroso público había sacado esta revista, pero viendo que los números anteriores no traducían su verdadero programa, en el sentido de ofrecer una lectura picaresca sin bordear lo grosero, y en su parte gráfica artística sin caer en lo inmoral, se ha visto obligada a cambiar su Dirección a fin de tener un personal que interprete más fina y espiritualmente nuestros propósitos.

Para la tranquilidad de ciertos lectores meticulosos les advertimos que no encontrarán aquí de hoy en adelante ninguna crudeza o chabacanería que pueda chocar o interpretarse como inmoral. En *Yuju* no habrá nada que no pueda figurar en las mejores revistas del mundo, ya que como ella hay muchas otras en todos los países. Creemos, no obstante, que algunos espíritus estrechos y llenos de prejuicios, censurarán nuestra revista, pero a éstos debemos observarles que no hay revista hoy día en Europa, en América ni en ninguna parte que,

mirada con tal criterio, no sea también digna de igual reproche. No nos referimos aquí a revistas como «*La Vie Parisienne*», «*Le Rire*», «*El nudismo americano*», «*El Cine ríe*» y muchas otras que, aunque se encuentran en nuestros quioscos como en todas las grandes ciudades, son mucho más censurables que lo que es y será la nuestra. Por otra parte, para ilustrar el criterio de nuestros críticos debemos observarles que aun en las revistas más serias, más distinguidas y aristocráticas de Europa y Norte América, como son «*The Sketch*», «*La Ilustración*», «*Britania*», «*Vogue*», etc., todas ellas serían igualmente vulnerables a la censura si fueran juzgadas con un criterio estrecho y sin el liberalismo que exige el arte en la pintura, escultura y literatura. La vida moderna, no hay que olvidarse, busca la naturalidad en todo y aun el desnudo es más ingenuo y más sano que la maldad revestida con el manto de la hipocresía.

LA DIRECCION.

Nota: Recomendamos ver el número que la revista «*The Sketch*» ha hecho con motivo del Jubileo del Rey de Inglaterra en que viene la reproducción de los cuadros adquiridos para la Royal Academy, los que *Yuju* no se atreve a reproducir por su desnudo excesivo. (Número del 8 de mayo de 1935).



DIAS pasados una señora amiga, un tanto alocada, pero muy especialmente simpática, nos contaba la desazón de una aventura que transmitimos a ustedes indiscretamente, según sus propios términos:

Iba yo por una de las calles del centro, más elegante que de costumbre, pues llevaba recostado sobre mis hombros un precioso zorro plateado, que ustedes saben lo que vale hoy día. Marchaba, pues, un tanto ufana, acariciando de cuando en cuando el lomo de mi zorro, con esa íntima satisfacción que siente toda mujer cuando sabe

que tiene encima de ella un animal de gran valor.

Al desembocar en la Alameda, advertí una gran muchedumbre y gentes que corrían para cerciorarse de lo que se trataba. Pensé que podría ser un accidente, y con la curiosidad innata a toda mujer, me acerqué al grupo. En realidad se trataba de un accidente sin mayores consecuencias. Saciada mi curiosidad y zafándome como pude de la apretura, hice un movimiento para arreglarle la piel, y cuál no sería mi espanto al constatar que la cola de mi zorro había desaparecido. Desesperada, comencé a gritar: ¡mi cola, mi cola!... La gente, posiblemente, pensó al principio que se trataba de una loca, pero yo, en mi desesperación, seguía gritando, sin más explicaciones: ¡mi cola, mi cola!



¿Han visto ustedes un hombre con mi cola?

A mis gritos llegó un carabinero que me preguntó:

—¿Qué le pasa, señora?

—¿No ve usted que han cortado con tijera la cola de mi zorro?

Y este fué el único que, en realidad, se interesó por mi cola, y comenzó a hacer trajines para encontrarla; pero todo en vano.

Momentos después, ya decepcionado, el carabinero se acercó y me dijo, con esa gentileza que les han recomendado para el desempeño de sus tareas:

—Señora, no encuentro nada; para otra vez tenga usted más cuidado: los pillos andan “ganosos” y le aconsejo que en las apreturas se asegure el zorro o, por lo menos se sujete la cola...

CUPIDO INTERESADO

EN LOS NEGOCIOS



CON este título publica una revista americana un artículo interesantísimo sobre las agencias matrimoniales en la América del Norte.

Una de estas agencias dice:

“¿Es usted un solterón?
¿Desea usted un ~~amante~~
~~amante~~ amor desinteresado o una novia acaudalada?
¿Está usted triste? ¿Neurasténico? En ese caso no pierda tiempo en ir al centro y buscar en las multitudes o en los salones o restaurantes, el compañero o compañera que le hace falta. Pasó la época de perder el tiempo en tales correrías; acuda usted a nosotros que nos hemos especializado para ésto. Mándenos diez pesos al “Sunshine Club” y nosotros, de acuerdo con sus deseos, le indicaremos la persona a quien debe dirigirse”.



Atraído con esto el lector accede a escribir a la revista indicada y algunos días después recibe una circular redactada en esta forma:

“Manifestamos a usted el placer que tendremos en ocuparnos de su caso. Usted tiene mucha razón depositando su confianza en nosotros; los tiempos modernos exigen el análisis de un experto para no ser estafado en la cuestión matrimonial, pues las más de las veces ocurre lo que con ciertas mercancías; ellas nos seducen en la vidriera y después con el uso nos falla la calidad y desgraciadamente no podemos devolver la mercadería”.

Algunos de estos clubes se han hecho famosos y la mayoría de ellos tienen un éxito fantástico.

Luego como dato informativo agregan:

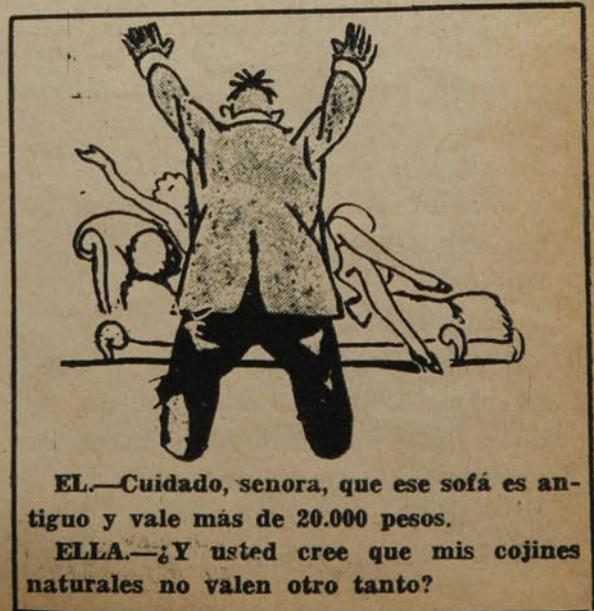
“Proporcionamos a usted el núme-

ro 19 para darle una idea de las cartas que recibimos:

“Linda chica; 18 años, no tiene nada que ofrecer más que un amor honesto; trabaja empeñosamente y le gustaría compartir su juventud con un hombre caballeroso y amante”.

“Yujú”, que no quiere quedarse atrás en el movimiento moderno social abre desde hoy sus columnas a la juventud romántica para contribuir al intercambio sentimental dentro de la más estricta seriedad y moralidad. Las cartas serán publicadas contra envío de \$ 5.—, recomendando el laconismo y precisión de la carta modelo adjunta.

Aunque tal servicio existe ya en otras revistas que lo hacen gratuitamente, creemos útil advertir a nuestros lectores que en nuestro caso será pagado para una atención más esmerada y evitar la correspondencia majadera o vulgar.



EL.—Cuidado, senora, que ese sofá es antiguo y vale más de 20.000 pesos.

ELLA.—¿Y usted cree que mis cojines naturales no valen otro tanto?

Un Reportaje Curioso



Y aquella otra.

UN osado repórter de nuestra revista fué en días pasados a visitar al más intrépido Don Juan, que existe en nuestra capital. Le cedemos la pluma para que nos narre su entrevista.

—Para cumplir mi cometido, tuve un gran trabajo en hallar su dirección, pues nuestro héroe la tenía muy callada para evitar ser molestado. No obstante, la descubrí y me trasladé de mañanita para estar seguro de encontrarlo.

Me recibió una chica bellísima que a las claras dejaba ver que era una de esas empleadas que no sirven para nada, porque sirven para todo. ¿Está el caballero?, le pregunté. A lo que después de ducharme con una mirada que me inspeccionó de arriba abajo, contestó: el caballero está en el baño.

—¿Podré esperarlo?

—Sí, espere usted aquí, me dijo, haciéndome pasar a un escritorio contiguo. En realidad, hube de esperarlo un cuarto de hora, como era de presumir.

De pronto mi ansiado personaje apareció por la escalera en bata y zapatillas. Era

alto y delgado, gran elegancia en sus movimientos y una mirada de cloroformo, como corresponde a un Don Juan. Al saludarme me preguntó: ¿En qué puedo serle útil? Le expliqué el objeto de mi visita, conocer algunas anécdotas relacionadas con sus éxitos, sus métodos de conquista y, finalmente, si no era indiscreción, su apreciación del alma femenina.

—Mi apreciación a este respecto es muy sencilla: el secreto del alma de las mujeres consiste en carecer de ella en absoluto. Ahora, con respecto a mis procedimientos de conquista, son infinitos y varían según los casos, pero puedo enumerarle a usted algunos. Los más corrientes son: Enamorar a su mejor amiga; de este modo ella se encarga de preparar el terreno por aquello de que nadie sabe para quien trabaja... Fingir que no me gusta hablar de cosas que no entiende. Explotar su vanidad asegurándole que la mujer tímida tiene un aire vulgar y provinciano. Si es gorda, diciéndole que el amor enflaquece; si es flaca que el amor engorda. El champagne también da grandes facilidades. En otras

ocasiones estudiando a fondo al marido y presentándome a ella con todos sus vicios y ninguna de sus virtudes. Asegurándole que con el refinamiento del amor moderno no se cae en la vulgaridad de tener hijos. Una audacia brutal es casi infalible. Confesándole cosas inconfesables. Diciéndole que me han asegurado que tiene unos lunares horribles, para que se apresure a demostrarme lo contrario. Prometiéndole llevarla a Hollywood y convertirla en estrella de cine para la América del Sur... Alternando la ingenuidad con el cinismo.

—Ve usted ésta, por ejemplo,— me dijo mostrándome un retrato sobre la mesa— pues ésta era una gran dama muy inclinada a hacer la caridad y hube de disfrazarme de mendigo y decirle: señora, no pido limosna en dinero, soy un soñador, pido una limosna de amor, porque no sé lo que es eso..., y la dama extremadamente caritativa creyó de su deber dárme-la.

Aquella otra, me indicó, en seguida, también fué un caso curioso. Era una viuda joven, próxima a la ruina, a causa de los embrollados negocios que había dejado su marido y que yo salvé como abogado. Entonces le pasé una original minuta que decía: Por mis servicios como abogado "un beso en la boca". Lo halló curioso, accedió y me pagó mejor de lo que yo esperaba...

—¿Y aquélla?, me atreví a preguntarle yo.

—¡Oh. Para aquélla conquisté primeramente al marido, regalándole unos sellos de Venezuela, pues era coleccionista; y cierta noche que el marido vacilaba entre marcharse al club o quedarse para pegar una colección, le dije:

—Váyase tranquilo que yo se la pegaré con Hortensia. La frase le hizo gracia a ella, y la convertimos en realidad.

—Es interesantísimo, le observé. ¿Me permite tomar algunas anotaciones?

—Proceda como guste, me dijo, pero lo

único que le pido es que no dé nombre alguno.

—Claro está, le dije. Y luego añadí, que me gustaría oírle algunos aforismos de su extraña filosofía amorosa.

Entonces atusándose el bigote y barriendolo la alfombra con una mirada despreciativa, continuó:

—¡Qué quiere que le diga, mi amigo! Entre tantas andanzas he llegado a la conclusión de que el amor, aunque no tiene nada de equitativo, es una equitación. Una joven honesta es una potranca chúcara;

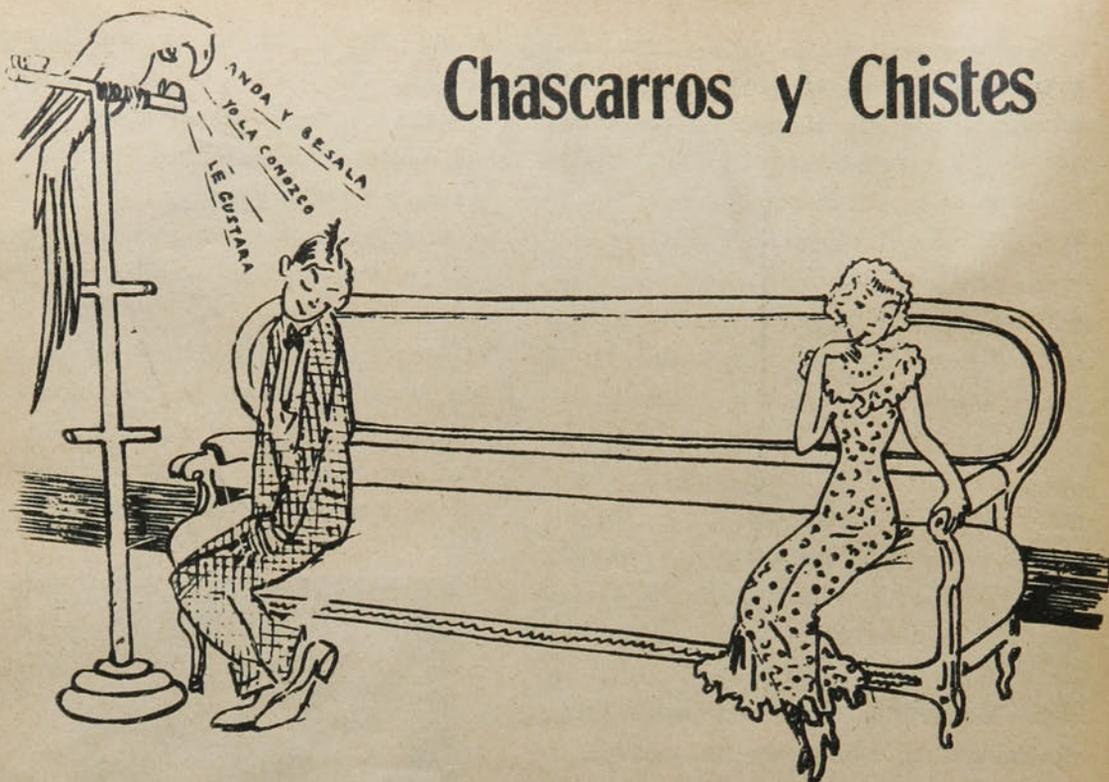


una mujer ligera, un caballo de carrera. Apostar a ella es arruinarse. Cuando un hombre suelta las riendas, la mujer se desboca. El amor apasionado es un galope. El amor romántico va al paso. No lo dude usted, el amor es una equitación, por eso ahora que empiezo a ponerme viejo, pienso que ya no estoy para estos trotes, y perdone usted que no siga mi charla, porque tengo que contestar ese montón de cartas que aun no he siquiera abierto.

Comprendí mi abuso, le agradecí y me marché.

(De la novela de E. J. P., adaptada para "Yujú").

Chascarros y Chistes



Los loros viven más de cien años, y por lo tanto, tienen mucha experiencia, han visto y oído mucho. ¿Qué de extraño tiene, pues, que este loro viejo aconseje en esa forma al galán tímido que aquí representamos?

Un examinador preguntaba un día a una alumna de liceo: recordando el caso de Andrés Chenier:

—Dígame señorita cuál fué el hombre que murió en el patíbulo diciendo: ¡Y sin embargo, yo tenía algo aquí!

La joven reflexionó un instante y respondió con una voz dulce:

—Abelardo.

En un "atelier" de artista acostumbrado a las visitas de Venus en traje de gala, tuvo lugar entre unas dos docenas de mujeres encantadoras, la elección del más bello desnudo.

Alguien había propuesto un cubre sexo, pero un humorista hizo notar que así no se vería de dónde vendría el "appeal".

Las concurrentes siendo jóvenes y bellas, el jurado puso muchísimo tiempo para decidirse.

Elegió, finalmente, una rubia, probablemente en recuerdo de Eva.

Después de la elección esta habría quizá tomado frío, no obstante los ojos ardientes de los espectadores, y corría inquieta de un lado para otro.

—¡Qué gracia para correr!, dijo uno de los jue-

ces. Parece Diana buscando a Acteón.

Fritz se encuentra con don Otto y lo invita a una fiesta.

—No puedo, dice don Otto, mi mujer tiene un chico de días.

—Trae también a Díaz, le dice Fritz.

Modernismo en Francia.

Un senador meridional se divorció y poco después su mujer estaba de novia con un diputado del norte, cuestión de cambiar de clima, sin duda. Poco des-

pués se vió con sorpresa al senador y al diputado conversar muy cordialmente.

Después que el senador se hubo retirado, el diputado explicó que su predecesor le había hablado con emoción de su ex mujer, agregándole que guardaba de ella un tierno recuerdo.

—¡Amela, terminó diciéndole, hágala feliz, ella lo merece!

Algunos diputados se rieron de esa indicación del senador a su sucesor, pero a este último la cosa le pareció muy natural.

—El conoce mejor que yo a mi novia, les dijo, puesto que ha sido su mujer; me da, entonces, algunas indicaciones sobre su carácter y sus gustos.

Quizá también sobre su temperamento.



¿Será esto un motivo de divorcio?



Enamorados



Novios



Casados



Te Amo

NADIE me enseñó esa palabra. La he sentido venir de las profundidades de mi carne, subir de mi sangre a mis labios y volar hacia tu juventud y hacia la fuerza fecunda que hay en ti.

La he sentido salir de tu boca con embriaguez.

Es un pájaro dorado que se posó sobre mis ojos, tan dulcemente al principio, tan pesadamente después, que todo mi ser fué sacudido.

Y nuestros brazos nos unieron.

La palabra que promete y que entrega, la palabra sagrada brotada de nuestra vida ardiente, planeaba sobre nuestras cabezas en un claro rayito de luz. ¿Te acuerdas?

Entonces vi pasar la hora, la hora única, que nos sonreía levantando en sus manos un guijarro blanco.

Sobre su túnica, una por una, lentamente, las rosas de su frente se deshojaban.

Vi todo eso a través de los párpados juntos, la mejilla apoyada contra tu corazón que marca los segundos deslumbrantes como un péndulo de rubí.





EVOLUCION FEMENINA

SI hay algo en donde todo razonamiento ha sido incompleto, que hasta hace poco no podíamos analizar, a causa de sus formas infinitas, era el corazón de la mujer. Hoy día este misterio ha desaparecido por una razón muy sencilla y es que el corazón de la mujer ha

desaparecido también. Sus sentimientos e inquietudes ya no residen en él. Y si hay una época en que esos sentimientos nos ofrecen la ocasión de un estudio especial, es la época actual. Hoy día el triunfo de la independencia individual y el egoísmo de nuestros afectos ha creado en la mujer

esta nueva filosofía que podríamos llamar filosofía de las glándulas que es la que ha imperado por sobre todo otro principio, descubriendo esta nueva arma de defensa que ellas llaman el derecho a vivir, el derecho a la felicidad. Este es el movimiento más impetuoso de filosofía que ha pro-

movido la inteligencia femenina, y sus razonamientos amenazan grandes tempestades en nuestra esfera social.

Por de pronto puede decirse que de esta tempestad hemos palpado ya los primeros rayos que empiezan a dejar ruinoso el vetusto edificio del matrimonio. Esta nueva faz del espíritu femenino, exige para ser juzgada, temperamentos contemporáneos que lleven dentro de ellos la fuerza de esta energía nueva y que hayan sentido la influencia de su poderío y sugestión. La nueva generación no acepta la tolerancia antigua, ni sus preceptos. La mujer ha conquistado los mismos derechos del hombre y por esta razón en muchos casos quiere ser hombre. El hombre, a su vez, al reconocerle este derecho, quiere tratarla como tal. De ahí que en los matrimonios modernos las riñas y golpes corran por parejo y no es siempre el hombre el que queda dueño del campo de batalla.

La vieja creencia de que el sexo débil había sido creado para la maternidad, ha sido defraudada por la "American Rubber Company", que ha suprimido, en gran parte, esta función femenina de la procreación para dejarle íntegro sus derechos de acción y de lucha. Los padres, a su vez, reconocen que ya no es posible, dada la carestía de la vida, dar esos grandes bailes de antaño para deshacerse de la hija casadera, pues se han convencido que en estos bailes, como

en las grandes partidas de pesca, sin carnaza, ni los bagres muerden el anzuelo.

Por su parte, las muchachas convencidas de la creciente demanda de hombres en el mercado social, se han decidido a hacer pequeñas diferencias, de una mala a otra, como en la Bolsa, tomando la utilidad o la pérdida, sea cual fuere, y sin esperar como antaño que algún cándido se haga cargo de ellas definitivamente. En resumen, han ganado en libertad perdiendo esa tiranía que las prestigiaba. De este modo, se sienten capaces de todo sacrificio en favor de sus ideales, pero de ninguna privación en perjuicio de ellos. Ya no aman por sugestión secreta; por ese no sé qué inexplicable que constituía antes el amor. Hoy día saben perfectamente que ese "que" es un simple apetito.

De ahí su deseo de ir a la boîte o a Gath y Chaves pues en la primera obtienen el pollo que buscan para su apetito y en la segunda lo que a éste desean pedirle.

No obstante se ven todavía muchos que se someten a la antigua tradición, uniéndose a la mujer que quieren, conforme a las normas matrimoniales. Pero éstos son a veces quizá menos sinceros, pues aceptan todo en la confianza de que ya nada significa. De esta manera el contrato nupcial ha pasado desde la guerra a ser algo así como el Tratado de Versalles; se le reconoce pero no se le respeta y todos siguen armándose para la guerra futura. Y si en los matrimonios modernos no habrá balas como en la guerra, habrá, por lo menos, como en las corridas de toros, más de alguna cornada.



**Todas fuman, y las
que no fuman nos
pitan.**



EN

LA

BOLSA

(Intercepción telefónica)

¡A LO, aló! ¿Hablo con el corredor C.?
—Sí.

—Usted habla con Sofia. ¿Se acuerda?

—¡Ah, sí, sí!

—Perdone que lo moleste; pero quería que me diera su opinión del mercado, y si es posible, que me sugiriera alguna combinación especulativa, pues, ¿creerá usted?, la que llevo puesta todavía la estoy debiendo.

—Con mucho gusto le daré mi modesta opinión; pero aunque, francamente,

paso metido en las combinaciones, como corredor activo, le ruego que no divulgue los puntos que le toque... ya sabe usted que toda opinión bursátil envuelve una gran responsabilidad.

—Descuide usted, yo no soy de las que culpan a nadie cuando pierden, pues ya estoy grandecita para saber los valores que puedo echarme al cuerpo.

—En el momento presente todos los corredores estamos al alza, por consiguiente, no le recomendaría descubrirse.

—¿Y cuál es la razón de esta solidez del mercado?

—Pues, la razón más inmediata es la depresión de nuestra moneda.

—¡Qué curioso! ¿Una depresión puede producir alza?...

—Ya lo creo, por otra parte, las negociaciones sobre la guerra del Chaco, que van llegando a su término con éxito, son también un factor de alza para los valores estañíferos de Bolivia, a la vez que el mejor precio de los metales en el extranjero. Naturalmente que en estas alzas suben los valores que tienen base y muchos otros que no la tienen; pero usted sabe la cantidad de procedimientos artificiales de que se valen para hacerlos subir.

—¿Podría usted decirme cuáles son estos valores?

—Perdone; pero contestarle sería faltar a la reserva que corresponde a todo

corredor y además podría herir intereses ajenos...

—¿No estima usted que Tocopilla está ya muy inflada para tres meses de alza?

En realidad empieza a sentirse cierto embarazo entre los tenedores; pero aun la inflación no ha llegado a término, cuando llegue, dificulto que puedan salir.

—Y entonces, ¿qué va a pasar?

—Será una operación difícil; pero la garantía se encargará del raspaje de tenedores febles. Con respecto al cobre, creo que se mantendrá alrededor de estos precios, según informaciones que tengo de Wall Street.

—¿Y qué le parecen las ganaderas?

—Estas estarán siempre firme, porque representan el seguro en oro que to-

do inversionista debe tener en un país de imprevistos como el nuestro. Además, usted sabe que ya no se aprovecha sólo la lana del animal, sino muchas otras cosas y que hasta hoy día los cuernos tienen un gran mercado...

—En resumen, ¿cree usted que es el momento para entrar a comprar?

—Le contestaré a usted como en la película de la casa de los Rothschild: Se puede entrar siempre que sea como a un baño frío, es decir, para salir inmediatamente. Pero no olvide, para terminar, que el mercado se halla hasta cierto punto como una desposada después de una larga noche de amor, es decir, un tanto fatigado con el alza..



SOL DE INVIERNO

¡QUE BELLO es el sol de invierno! ¡Qué bien hace husmear por los campos esa humedad olorosa que él evapora!

Pocas épocas son más propicias a los enamorados. Los campos se doran y se poetizan con mil tonalidades lánguidas; la tierra se humedece y se va cubriendo de un verde musgo. ¿Quién pudo decir que esta estación no era digna de la diosa de la pasión y la belleza?

La dulce tibieza del amor reemplaza ahora el calor vacilante del sol. Hasta el cierzo evoca cierta belleza en la abrigada habitación. La lumbre del hogar esparce una poesía que nada supera. Que llueva, que el viento sople tempestuoso, ¿qué nos importa? Es el momento en que el solo amor reemplaza las fuerzas adormecidas de la naturaleza. Si la escarcha está afuera, Cupido pone una brasa en el corazón.

Con cuánta razón los antiguos le hicieron entrar entre sus divinidades. ¿Qué quedaría a los hombres sin él? Las más grandes cosas se hacen en el mundo impulsadas por su secreto aguijón. Los poetas nos representaron a los héroes del pasado enredados entre los pliegues graciosos de las vírgenes de la Hélade, la tierra de Venus, y ellos fueron los que al poner así esa nota riente en la mitología, suavizando esos rudos comienzos, la vistieron de ese atractivo que le dió inmortalidad. Homero, el más antiguo, cantó los amores fáciles de todos sus héroes y les acordó pasiones hasta su más lozana vejez. Y esas pasiones han alimentado las artes, la poesía y la literatura durante tres mil años.

Al lado de Homero, Horacio nos parecía un niño, puesto que no hace sino dos mil años que su cuerpo fué reducido a cenizas por el despiadado Cronos; pero no es a esa ventaja que debe el haber quedado tan vivo en el espíritu de los hombres. No, si está presente entre nosotros, es porque fué el cantor del amor, de las praderas y de las fuentes; es sobre todo porque supo poblar sus paisajes de mil visiones voluptuosas que nos place evocar. ¡Qué artista ese

libertino! El vino, las flores, las mujeres, todo lo que sonríe, todo lo que seduce, todo lo que embriaga él lo cantó. Todo eso lo embargó en ese goce del vivir en que no desdeñó poner una pizca de perversidad...

«No te persigo para despedazarte, decía a Cloe, temblorosa, no soy ni un tigre feroz ni un león de Getulia, vamos, cesa de refugiarte cerca de tu madre, el momento ha llegado para ti de conocer el hombre».

Y ya no estaba joven el poeta de tantas célebres odas cuando daba ese consejo a Cloe apenas núbil, y eso no impedía a la tímida muchacha venir a juntarsele, asorochada, en su villa de Tibur.

Cuántas bellas Cloes desfilarían por ahí, y esos amores furtivos hicieron nacer sus bellas estrofas, y de todo aquello que fué grande y bello, pero se descompuso y pasó, no quedó más que el recuerdo de un deseo fijado en un verso inmortal. El y todos los poetas hubieran podido decir como el autor de "Las flores del mal":

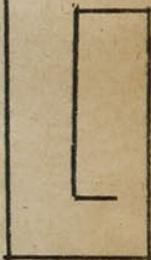
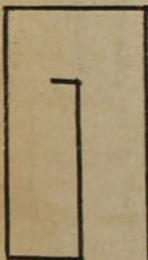
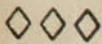
Et pourtant vous serez pareille a cette
[ordure

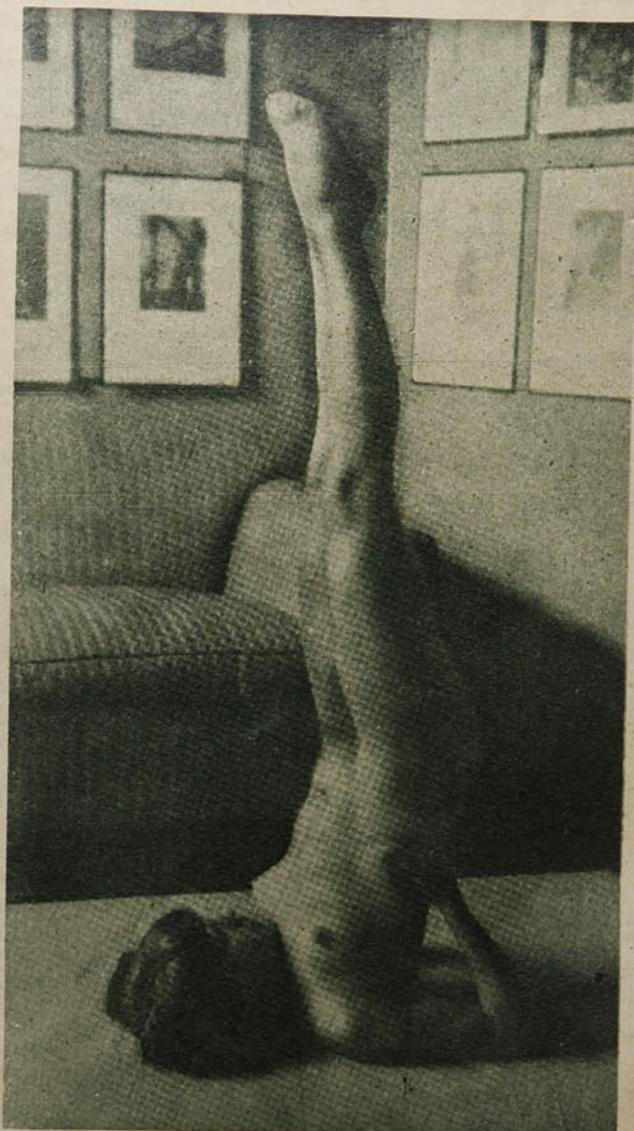
A cette horrible infection
Etoile de ma vie, soleil de ma nature
Vous, mon ange et ma passion.
Alors oh ma beauté! dites a la vermine
Qui vous mangera de baisers
Que j'ai gardé la forme et l'essence divine
De nos amours descomposés.

La humanidad no es interesante sino vista a través de la imaginación de los poetas. Lo que nos parece bello cantado por ellos no lo admitimos obrado por nuestros contemporáneos. Soñamos con Lidia y Cloe, las amamos, pero descueramos a las Lidias y Cloes de nuestros días. ¡Qué bello el amor sin complicaciones de otras edades! ¡Qué amargo lo hacemos en ésta!

Después de todo, quizá Horacio fué un puerco para la mayoría de sus contemporáneos. Pero ahora es un dios.

TRISTAN SHANDY.





Los ejercicios matinales de muchas chicas modernas para conservar la línea y los músculos, que les permitan defender sus intereses en los azares de los matrimonios de la época...

LA NOVELA DE PIERRETTE

ES triste el relato; pero es amable y simpática la historia. Es el viejo recuerdo de un viejo amor, sentimental, apasionado y loco de las primeras andanzas de mi juventud. Celajes felices de un sueño desvanecido por una de esas fatalidades misteriosas de la vida.

Había yo conocido en París, allá por el año 1908, en el novelesco barrio de Montmartre, una muchacha encantadora y bellísima, toda hecha de exquisiteces y diafanidades. Su cabecita pequeña de muñeca de porcelana finísima, envuelta en la seda de sus cabellos rubios, y sus grandes ojos azules adormilados, le daban la impresión de una de esas mañanas de otoño, de una luz tenue y suave en el cielo y de una gran dulzura en la atmósfera. Todo en ella era de una gracia adorable, y su rostro tenía una expresión profunda y significativa, de donde parecía trascender el secreto de su atracción infinita. Yo hasta entonces, jamás había visto un rostro de más delicadas



líneas con un colorido más puro, ni una sonrisa más dulce en una boca más pequeña.

Un día nos citamos para hacer un paseo a Versalles. ¡Ah, cómo recuerdo aquel día! ¡Estaba ella tan bonita! Bonita hasta el prodigio, y al lado de todas las transparencias de aquel ser luminoso, no obstante aquel día pálido y triste, yo sentía la primavera en el corazón.

Como nuestro paseo se prolongara insensiblemente y ella hubiera sentido una vaga sensación de cansancio, yo había enlazado su talle y acariciaba su cabecita pesarosa, que ella había apoyado sobre mi hombro con una suavidad felina. Caminábamos lentamente, en una abstracción absoluta de la vida. ¡Era tan grato aquel momento! Luego, junto a una cerca florecida del camino, tocado por la alegría entusiasta de su espíritu, cogí un puñado de rosas que esparcí sobre sus cabellos, en su cuello y en su pecho. Así, en un mutuo transporte de felicidad, insensiblemente llegamos a Versalles. Atravesamos la amplia villa desierta, tumba de los grandes romances imperiales; luego dimos una vuelta por el parque, por las largas avenidas, en la quietud apacible y confidencial, cómplice de pasados amores, paseando así la melancolía de nuestros primeros sueños insaciados. Luego ella, deteniéndose un momento, me dijo con una voz temblorosa y musical:

—Sentémonos aquí; no sé por qué estoy cansada.

Y por la primera vez observé que sus mejillas habían empaldecido y que su cuerpo había adelgazado, y viendo sus ojos nublarse como por un secreto sufrimiento, le pregunté:

—¿Qué tiene la pobrecita Pierrette?

—Nada, me aseguró con su sonrisa tiernísima.

Peró al volver, estuvo a punto de caer sobre mis pies. Yo la contuve al instante entre mis brazos, y su cuerpo nervioso lo



sentí estremecerse con el aleteo frágil de unaavecilla herida.

De vuelta ya a la ciudad, aquel mismo día fuimos a ver un doctor. ¡Ah, la terrible revelación! Aquel ser diáfano, lleno de vida y de color, tenía una de esas enfermedades hereditarias que son una sentencia de muerte.

Al salir, en el umbral de la puerta, mientras Pierrette arreglaba sus cabellos, el doctor me dijo, a media voz y con un acento trágico:



—¡Cuidado, joven; esta niña está a un paso de la muerte, y la más pequeña impresión moral o sensual podría abatirla de un golpe como herida por una bala! Evítele usted toda intensa emoción y sobre todo que no sepa nada de su mal.

Una sonrisa tuvo para ella, como una promesa de felicidad, y nos despidió.

¡Ah, qué inesperada sacudida de dolor tuve yo aquel día! La idea de que en

adelante sería preciso defenderse contra sus protestas, sus ruegos y sus caricias, cuando aquella misma tarde habíamos saboreado en secreto los halagos de un sueño en una realidad inmediata e infinita...

¡Ah! ¿Qué justificación imposible iba a ser necesario inventar para no ver llorar así a este ser, de desesperación, hasta la muerte?

Algunos días después empecé, con rebuscadas excusas, a explicarle la imposibilidad de nuestra unión. Le hablé de una carta que había recibido de mi familia y que me obligaba a regresar a Chile; pero no lograba convencerla, y su espíritu enfermizo sólo atinaba a pensar que ya no la quería, y en la inconsciencia de su afecto herido, invocaba las horas pasadas como deseando reconquistarme por la dulzura del recuerdo. Y así, fijando en mí las turquesas enfermas de sus ojos y con una voz acariciadora y musical, me decía:

—¿Te acuerdas aquel día en los cerros de Saint Germain, que estábamos tendidos sobre la paja dorada de los rastrojos y que por burlarte de mi debilidad te había yo cerrado a todas mis fuerzas contra mi corazón? Tú no podías ni respirar, mientras una dulzura infinita hacía palpar mi pecho, así como hoy al ponerse el sol y sintiendo el perfume de una gran rosa suspendida a mi corpiño que moría dándome su perfume. ¿Te acuerdas? ¡Me sentía tan feliz, tan feliz! ¡Ah! ¿Por qué ya no me quieres? Miénteme; pero déjame al menos la ilusión de que aun me quieres. ¿Verdad?

Insistía con sus ojillos lacrimosos.

—Claro está, alma encantadora, le aseguraba; pero puesto que es preciso separarnos, evitemos de encontrarnos solos, podríamos hacer una locura y eso nos costaría aun más lágrimas. Pierrette, le agregaba, separémonos así con la ansiedad de un sueño que no tendrá el eterno desencanto de todas las cosas de la vida. Guardemos cada uno este re-

cuerdo amable que será dulce al pensamiento y que más tarde hará ligeras con su perfume las horas de tristeza. El amor en su realidad absoluta, es una llamarada, un vértigo, una destrucción de toda fantasía. Dios te preserve de esa llama devoradora.

Y así, sofocando en mí la exaltación juvenil de mi alma y en ella el ardor espontáneo de su espíritu, trataba de disuadirla del gran sueño romántico que torturaba su corazón. Pero ella era demasiado apasionada y vehemente para escuchar una filosofía tan indiferente y fría, y abandonándose al dolor de su alma me suplicaba angustiada:

—¡Ah!, estoy perdida, perdida, sí, porque te quiero sin quererme tú; porque soy una chicuela desgraciada y ciega con la que se juega un rato y se desprecia luego y que se ha ligado a tus pasos sentimentalmente con el anhelo infantil de un ensueño loco. Pero tú has consentido en esta esperanza ciega y ahora que ella crece y brilla ante mis ojos como un miraje prometido que deslumbra mi corazón, tú quieres destruirla para la eterna desolación de mi vida. ¡Oh!, no, no, ¡por favor!, me suplicaba. ¡En nombre del cielo y de las bondades todas, sé humano, sé bueno y no hagas la desgracia de este ser que quizá ha de morir muy pronto!

Al oír estas últimas palabras en su boca temblorosa de dolor, me sentí sobrecogido por un remordimiento intenso y cruel, delante de aquellos ojos tristes, anegados por las lágrimas, delante de aquellos labios pálidos y de aquel rostro súbitamente cambiado por una expresión de infinita angustia que semejaba marchitado para siempre. Y volviendo en mí, sentí la ansiedad de no atormentar esa alma joven y sensible y de colmar de felicidad hasta los más íntimos repliegues aquel corazón vibrante y tierno que ignoraba la fatalidad de su destino. De este modo, arrastrado por



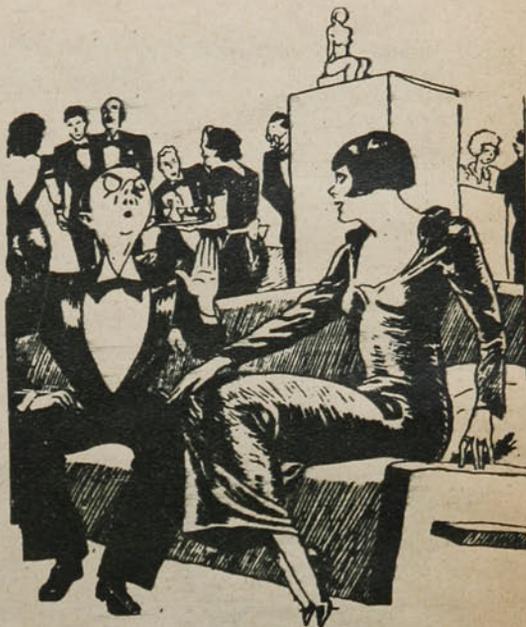
su dolor a la confesión consoladora de todas las reprimidas ansiedades de mi espíritu, la estreché en mis brazos y besé sus labios y sus ojos con delirio, murmurando a sus oídos, con toda mi alma, la infinita ternura de mi veneración. Tocada por el fuego de mis palabras, vi su rostro encenderse con los rubores de la dicha, y enervado en su propio regocijo, aturdido ante el contacto de aquel cuerpo tan divinamente modelado, una sugestión intensa embargó mis nervios y cediendo a la dulzura de aquellos ojos lacrimosos, concluí por revelar a la sensibilidad amante de su alma el secreto del eterno ensueño...

Aquel cuerpo tembloroso, en la dulzura de su afecto, se plegó convulso como una sensitiva y su cabecita rubia como un vellón de oro, la ocultó en mis brazos y un celaje de luz cruzó mi pensamiento... Luego, un recuerdo sacudió mi espíritu, tomé aquel ser plegado junto a mí, lo alcé ante mis ojos y un grito horrible se escapó de mi garganta, al ver un rostro de cera y un cuerpo inerte, que sin fuerzas para contenerlo, cayó como herido por el plomo de una bala. El fatal presagio se había cumplido

Días después, errante por las callejuelas de París, en la desolación de aquel drama horrible, un chico gritó a mis oídos: !"La Presse", dernières nouvelles du soir!, ¡avec le roman de Pierrette Fleury!

Aquel grito hirió mi corazón como un dardo envenenado; arrebaté el periódico y quise leer esas líneas que así profanaban el gran secreto de mi corazón; pero tan pronto vi aquel rótulo negro: "La novela de Pierrette Fleury", el periódico cayó de mis manos pasando por los ojos del recuerdo la memoria de aquella alma frágil, de cristal, encontrada una tarde de fiesta y que había pasado por mi vida como una nubecilla dorada de crepúsculo en el despertar de un sueño.

INTELECTUALISMO



—¿Encuentra justo que Pirandello se haya llevado el premio?

—No sé..., no voy nunca a las carreras.

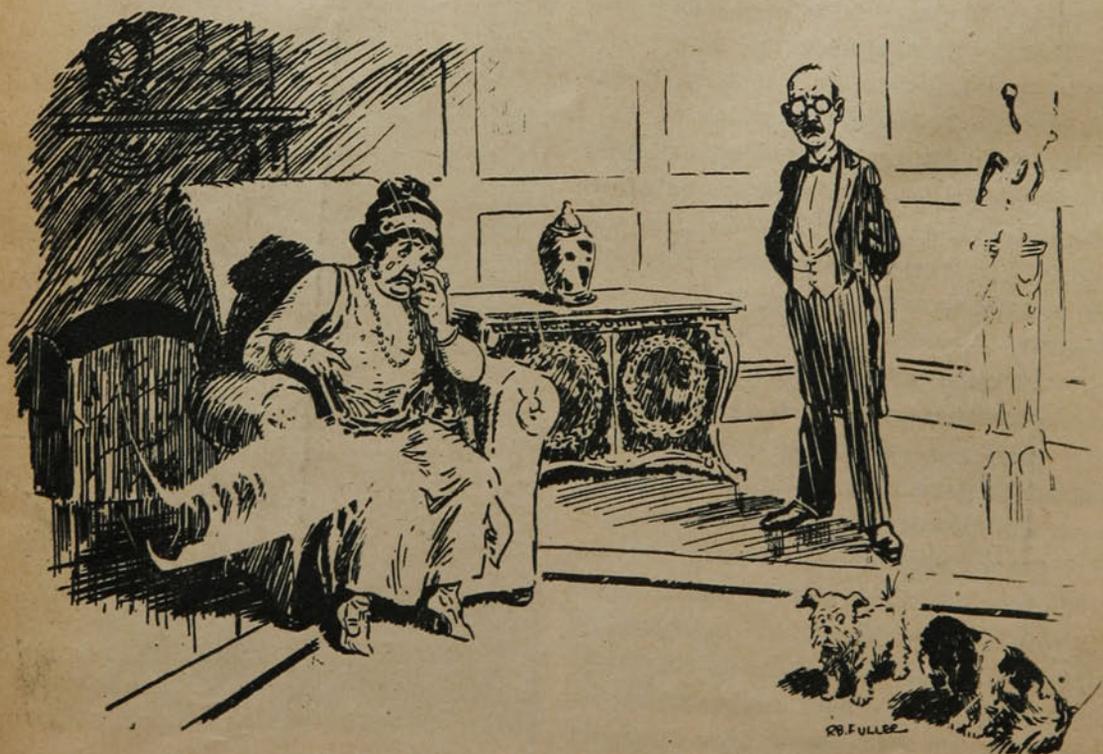
SACANDO SU SUERTE



1, 2, 3 una visita, 4, 5, 6 de un desconocido.



Sex appeal en 1824.



Decididamente, Lucrecio, no podemos divorciarnos. Es necesario que sigamos juntos para ver si llegan a entenderse.



Sex appeal en 1935.

Tardes de París

Traducido de Valmont.

I

París, ciudad de mil ensueños
Con sus tardes perfumadas,
Donde en lánguidas miradas
Se evocan hermosos sueños.

II

Sueños de plácida ventura
Que hechizan el pensamiento,
Poniendo en todo sentimiento
Aire de fiesta y de locura.

III

Parejas gráciles y amantes
Rien con juvenil ardor,
Almas bohemias galantes
Que aún ignoran el dolor.

IV

Por el deseo mecidos.
El amor nace con furia,
Y los hombres son vencidos
Con perfumes de lujuria.

V

Las muchachas ojerosas
Son flores de una quimera
Que el soplo de París deshoja
En la tibia primavera.

VI

Así la ola del querer
Remueve todo en su reposo

Y la lumbre del placer
Palpita en los rincones amo-
[rosos.

VII

Y va creciendo esa ola
De amorosa locura,
Animando la hermosura
Misteriosa barcarola.

VIII

Tardes de París,
Paraíso del querer
¿Quién no abriga un gran re-
[cuerdo
en tu seno de mujer?





LA SUERTE DE HORTENSIA

HORTENSIA era una chica encantadora, desde hacía algunos años casada, pero con toda la idiosincrasia de las muchachas modernas; por lo tanto, demás está decir que aquel matrimonio mantenía su armonía únicamente por la indiferencia de ambos. Gabriel era el convidado asiduo que animaba en parte la frialdad de aquel menaje un tanto desencantado.

Como es de suponer, nuestro invitado y la desencantada esposa congeniaban cariñosamente, tanto que Gabriel deseoso de corresponder infinitas atenciones de Hortensia, quería regalarle un precioso collar que había visto en una joyería. Su recelo estaba en que tal vez aquel regalo, dado su gran valor, podría despertar las sospechas del confiado esposo.

Pero un buen día ideó una espléndida argucia. Estando de sobremesa, con una naturalidad un tanto cínica dijo a Hortensia:

—¡Ah!, casi me olvido decirte que tengo para ti el boleto de un precioso collar de perlas de una rifa de caridad a beneficio de los chicos criados con biberón. Dicen que a la suerte hay que darle ocasión de pronunciarse; pues veremos si desea serte favorable.

Hortensia, que estaba de acuerdo con él, asintió:

—¡Oh, mil gracias, a lo mejor me lo sacó; tengo una suerte tan fantástica!

El marido desanimó un tanto la naturalidad de aquella escena, observando:

—Tienes tantas probabilidades como yo de ser ministro en Francia.

—¡Bah! Ya verás, se atrevió a insinuar

ella preparando el terreno. Luego, dirigiéndose a Gabriel, en el momento que le pasaba el boleto, le dijo: Prefiero que me lo guarde usted; ya me dirá qué suerte corre.

Al día siguiente de la fecha del imaginario sorteo, nuestro amigo Gabriel llegó agitado a la casa de sus amigos. En la puerta se topó con el marido que iba saliendo.

—¿No sabe Ud. la nueva?, dijo al marido estupefacto. Hortensia se sacó el collar y aquí se lo traigo.

—Hombre, ¡qué suerte!, observó éste, con la natural ingenuidad de todo marido engañado. Hortensia va a estar feliz; acaba de salir, pero volverá para la comida; démelo usted y véngase a comer, le daremos juntos la sorpresa.

—Encantado, pues, hasta la noche.

Gabriel entregó el collar y se marchó con una secreta sonrisa de satisfacción que resbalaba en sus labios.

A la hora de la comida llegó muy puntual. ¡Qué gusto va a tener Hortensia!, pensaba para sí, al llegar a la casa. Tocó el timbre.

El mismo marido salió a abrirle la puerta.

—¡Hola!, mi querido Gabriel, te tenemos una comida a tu gusto, ya verás.

—¿Y Hortensia?, indagó éste con una felicidad mal disimulada.

—Está arriba vistiéndose. ¡Ah! A propósito, agregó el marido bajando la voz y llamando a Gabriel a un lado.—Sobre el collar no le digas nada a mi mujer, porque se lo he obsequiado a mi amiguita.

Gabriel no atinó a decir palabra y un escalofrío intenso recorrió su cuerpo...



**Hortensia, una chiquilla
encantadora...**



El vigorizante aire de la primavera invita a Madge Evans, de la Metro Goldwyn, encarnación de la mujer moderna, a gozar de un paseo a caballo, para el cual no le faltará algún gentil acompañante.

**Robert Montgomery y Helen Hayes,
a quienes pronto veremos en la interesante película "Vanessa", de la Metro
Goldwyn Mayer.**

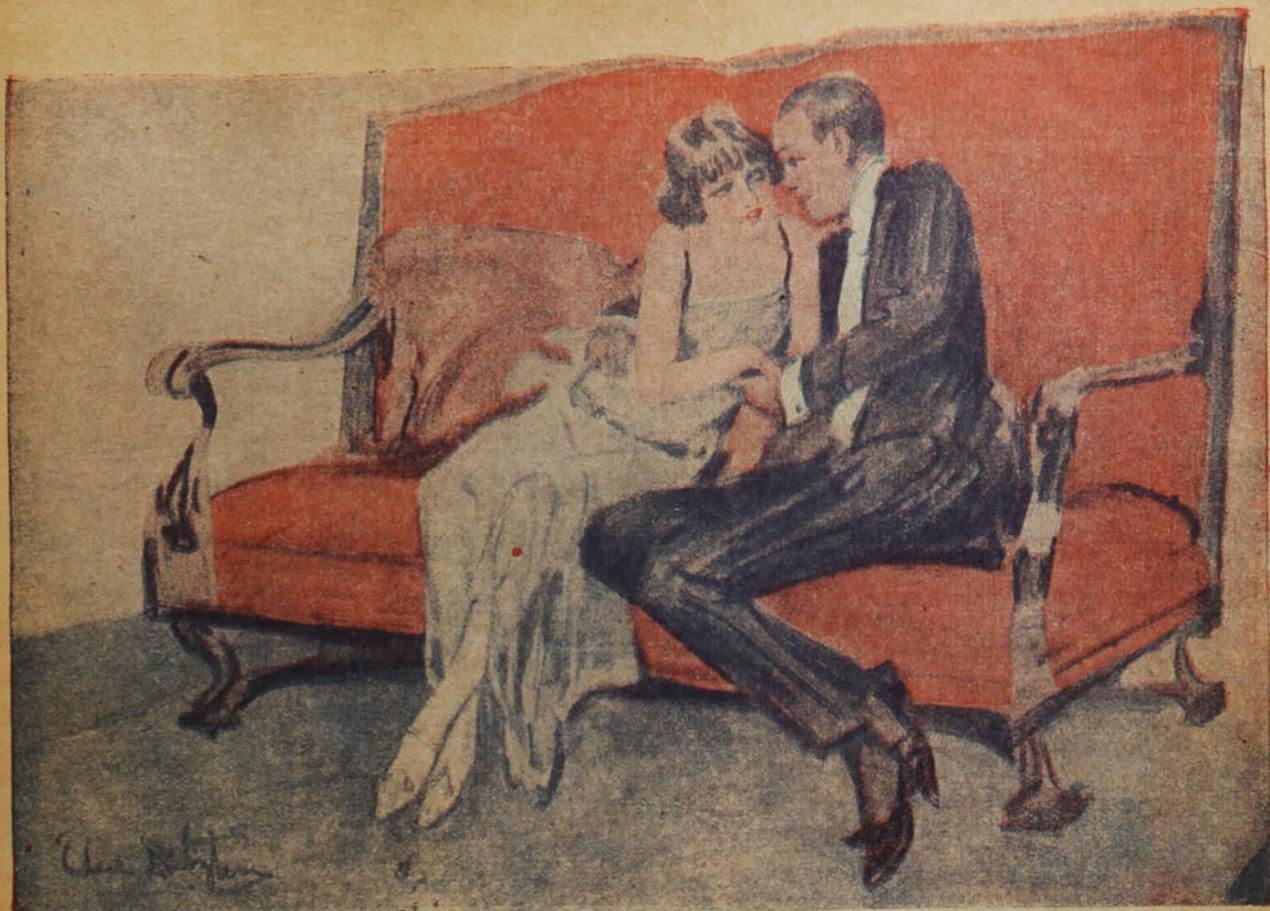


EN EL RESTAURANT NATURISTA



—¿Cómo decía usted que aquí no se encontraban más que vegetales, cuando ahí estoy viendo un ganso?

—No es un ganso, mi amigo, es un camote.



Inés.—¿Cuándo descubrió usted por primera vez que me amaba?

Ernesto.—

Piense usted una original respuesta para llenar esta segunda línea.

«YUJU» le acordará un premio de 50 pesos a la más chistosa respuesta referente a esta conversación. Estudie la situación de los dos, su carácter y sus expresiones y luego escriba la contestación que solicitamos.

Conteste en sobre cerrado, con su nombre y dirección, a «YUJU», Bellavista 069, antes del fin del mes. La contestación premiada saldrá en el primer número de julio.



El punto que perdió Sofía no lo perdió el cocinero.